

IV).- ANÁLISIS DE LOS ELEMENTOS DOCUMENTADOS

Sabemos que todo lugar de habitación o poblado, tenía un espacio donde enterrar a sus muertos, pero como venimos repitiendo, no es habitual conocer el emplazamiento de ambos: poblado y necrópolis y menos excavarlos y esta es la circunstancia que se ha dado en Arguedas y nos ha permitido documentar un importante número de datos que hemos descrito individualmente, y que ahora analizamos atendiendo a los apartados siguientes:

1.- El hábitat

Respecto al hábitat, poco vamos a añadir a lo ya dicho, recordemos que la secuencia ocupacional indicaba el inicio de la actividad en el lugar en la I Edad del Hierro, con perduración en la II Edad del Hierro y época romana. Carecemos de datos seguros tanto en lo relativo a la extensión que ocupó este asentamiento, como la distribución interna que tuvo. Los escasos testimonios recuperados, nos indican que las casas durante la I Edad de Hierro, se levantaron apoyadas en postes de madera que proporcionaba el entorno, olmos, y el alzado se completaba con adobes y ramas, marcando un espacio rectangular.

Tras esta primera ocupación, como decíamos, el espacio sigue utilizándose, la II Edad del Hierro, está escasamente representada por algunos fragmentos cerámicos, sin asociación a estructuras arquitectónicas. En época romana son pocos los datos relativos a estructuras de habitación, tan solo algunos tramos murarios que permiten establecer la existencia de compartimentos tal como queda reflejado en la figura 3, si bien en varios puntos pudo determinarse que estuvieron protegidas con estuco rojizo.

Las catas realizadas llevaron a sus autores, Blas Taracena y Luis Vázquez de Parga, a considerar que el lugar no tuvo murallas aunque quizás estuvo provisto de una torre de vigilancia, ya en época romana, pero la sencillez de los muros conservados, les hace dudar de esta afirmación, y creen que quizás se trata de una vivienda.

En definitiva a juzgar por el ajuar recuperado y las estructuras liberadas todo parece indicar que se trata de un pequeño enclave de escasa importancia que quizás fue algo más relevante en la I Edad del Hierro.

2.- Estructuras sepulcrales

En el área de enterramiento excavada se han contabilizado un total de ochenta y siete estructuras que fueron levantadas para contener los restos de otras tantas cremaciones. La distribución espacial de los túmulos es similar en las distintas áreas excavadas, volvamos de nuevo a las figuras 50 y 51 y comprobaremos también que no hay una planificación del espacio que obligue a realizar el túmulo en un lugar concreto o respetando una cierta distancia con el siguiente, sino que los enterramientos se realizaron unos junto a otros, guardando pequeñas distancias unas veces, tocándose



Figura 173.- Reconstrucción de un túmulo de la necrópolis de El Castejón.

otras, o superponiéndose. Todo parece indicar que era necesario economizar el lugar, pues apenas quedan huecos para incluir nuevos enterramientos, el resultado es un lugar muy bien aprovechado, con una concentración de enterramientos grande.

Esta densidad de túmulos parece responder a la realidad de un espacio limitado.

En el caso del enterramiento 33 del nivel C

y 1 del nivel D, se ha podido determinar la existencia de un suelo de separación entre ambas, como si se hubiese allanado el lugar para realizar la nueva incineración encima.

Pero en las estructuras excavadas, hay que destacar como rasgo común la uniformidad del conjunto, que se pone de manifiesto al observar las citadas figuras 50 y 51 aunque, un análisis más profundo de las mismas, nos permite establecer pequeñas diferencias. De los ochenta y siete lugares excavados, solo uno se encontró completo, la incineración 24 y parcialmente la 64 como vimos en el lugar correspondiente, el resto, queda reducido a los adobes y piedras que marcan en su base el espacio del depósito. Los datos registrados en los distintos enterramientos, permitieron determinar que el túmulo se formó por aproximación de hiladas de adobes tal como podemos ver en la figura 173.

De esta acertada reconstrucción se desprende que el túmulo llega a ser una auténtica caja o receptáculo, de tamaño no muy grande, levantado para guardar los restos de la cremación que se ha realizado en otro lugar. Estos consisten, junto a los escasos restos óseos, pues se aplica una combustión total, en los objetos personales del difunto, metálicos en su mayoría, y varias vasijas, de tamaño pequeño y mediano, que cumplían alguna función ritual.

Pero como decíamos, todos los túmulos no son iguales. En la uniformidad que presentan, podemos ver los distintos tipos diferenciados, figura 174: los más sencillos son simples focos de cenizas, documentados en diez ocasiones, algunas de ellas excavadas solo parcialmente, al estar el resto fuera del área seleccionada para intervenir. Presentan formas circulares y ovaladas, como en los enterramientos 44 y 11 respectivamente. En estos casos, la ausencia de elementos que delimiten el depósito, no quiere decir que no los tuvieran, sino que por motivos diversos, tales restos, han desaparecido. Hay casos de incineraciones en los que el círculo de adobes ha quedado reducido a la mínima expresión, tanto en el número de adobes como en su altura, debido a procesos de erosión o arrasamiento, tanto antiguo como actual. Esto hace que sepamos que algunas manchas de cenizas tuvieron círculo de adobes por la aparición de tenues indicios en parte de su perímetro.

La mayoría de los enterramientos fueron protegidos por un círculo de adobes, rectangulares o cuadrados. El diámetro del túmulo oscila entre uno y dos metros, con una tendencia a la forma poligonal en los más pequeños, debido a la colocación de los adobes, que al ser de gran tamaño, no caben bien en ese reducido espacio.

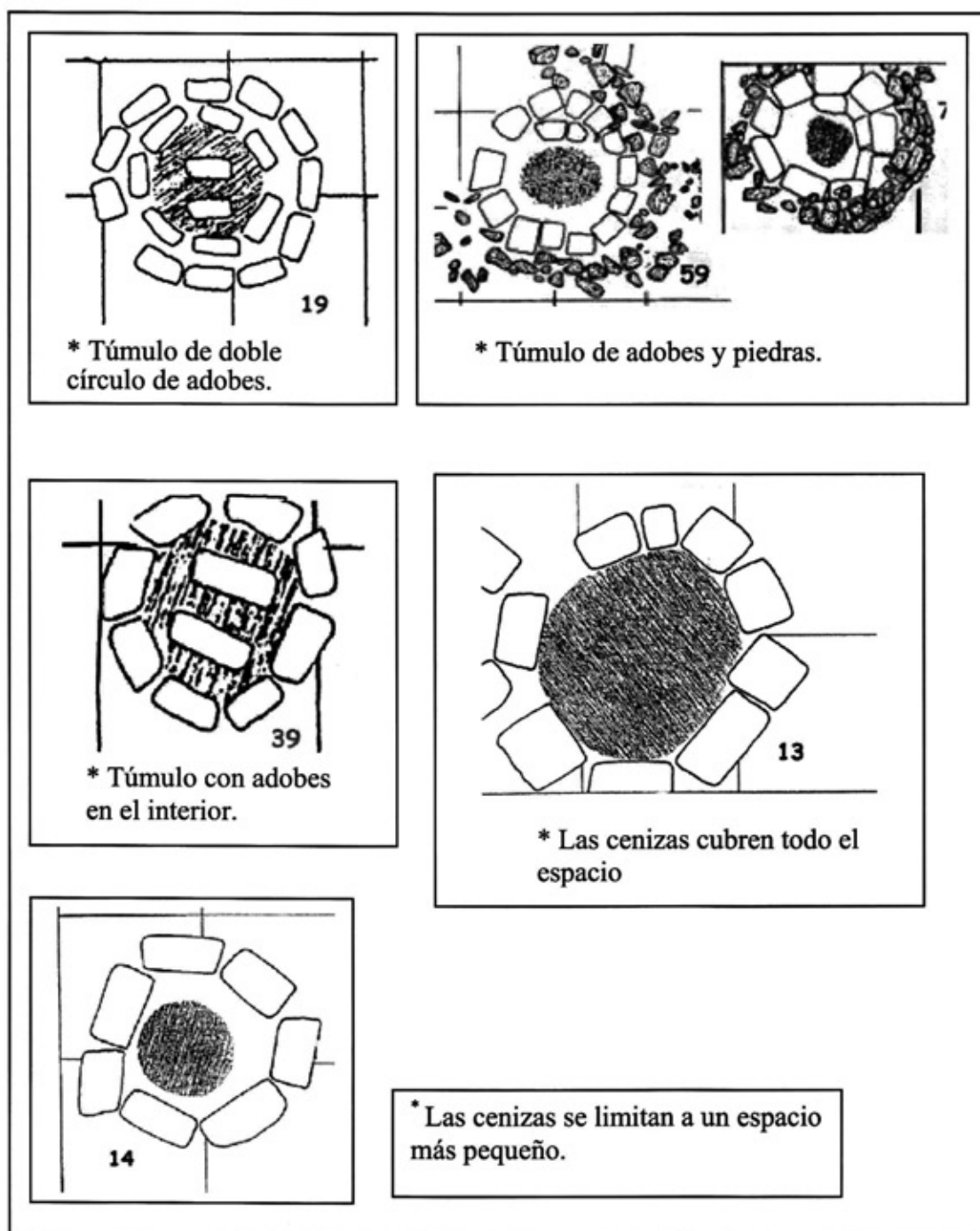


Figura 174.- Tipología de los túmulos excavados

Los más numerosos son los que tienen en torno a 1,50-1,60 metros de diámetro, resultan una excepción los que superan los dos metros, como el enterramiento

6 y 41 y en ambos casos, podemos advertir que el foco de cenizas ocupa todo el diámetro del túmulo, sino que queda reducido a la zona central.

En algunos casos como en el enterramiento 19, 59, 64 y 74 por ejemplo, el anillo que lo delimita es doble. En el enterramiento 19 se marca perfectamente un doble anillo de adobes rectangulares, estrechos y alargados mientras que en el resto el doble anillo es mixto, de adobes en el interior y de piedra el anillo exterior. Debido al arrasamiento de las estructuras, no sabemos si el anillo exterior, tanto de adobe como de piedra, cubriría totalmente el túmulo, o el de piedra formaría un pequeño zócalo alrededor de la estructura funeraria.

Como excepción, solo se ha documentado un pequeño túmulo formado por círculo de piedras de yeso, en el enterramiento 37. Algunas manchas de cenizas presentan piedras de yeso asociadas, que muy bien pueden ser el resto de un anillo de piedra arrasado.

En los enterramientos 19, 34, 35 y 39, del nivel C y 1 y 2 del nivel D, tienen en el centro de la zona de cenizas dos adobes paralelos, algo separados. También hay un solo adobe en los enterramientos 8, 27 y 71 en el nivel C. En estos casos, los principales restos de ajuar y los vestigios óseos correspondientes, se encontraban en ese espacio, como si hubieran querido hacer una pequeña cámara o proteger con los adobes los restos más importantes.

En cuanto a las posibles señalizaciones al exterior de los túmulos, solo se ha podido constatar la existencia de una piedra, a modo de estela, en el enterramiento 59. Se encontró partida, conservándose solo la parte inferior, clavada en el terreno. Es fácilmente identificable con una estela, por ser de dimensiones alargadas y estrecha, y haber sido elegida en un material totalmente distinto al utilizado en los anillos de los túmulos pues, mientras toda la piedra que aparece en la necrópolis ha sido cogida del entorno más cercano y es piedra de yeso, la de la estela es una piedra caliza, común en los montes cercanos, pero ausente en las proximidades.

Finalizado el estudio individualizado de los enterramientos queda patente que el tamaño de un enterramiento o el espacio que ocupa el túmulo con su mejor o peor ejecución, no está en relación con tener un ajuar más o menos rico, así vimos como el enterramiento 38 con un metro justo de diámetro, escondía un rico ajuar, figura 128, aunque muy castigado por la intensidad de la cremación, mientras que el enterramiento 59, con uno de los túmulos mayores con círculo exterior de piedra y el interior de adobes, contenía escasos fragmentos metálicos, figura 146.

Además no todos los enterramientos han conservado el ajuar, en la figura 175 podemos ver la proporción de unos y otros. El hecho de carecer de él no quiere decir que no lo tuvieran, sino que no se ha conservado, por los motivos que sean: así en el caso de los enterramientos 5, 6, 12 y 53, solo se ha excavado una parte de la incineración, la otra queda fuera de la cuadrícula señalada, razón más que suficiente para entender la ausencia de ajuar en ellos.

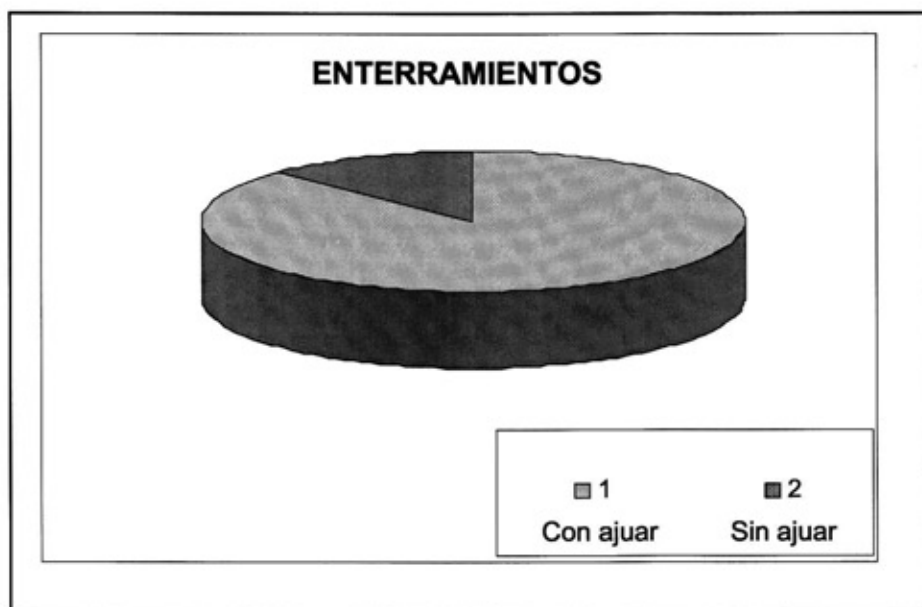


Figura 175.- Porcentaje de los enterramientos respecto al ajuar

En el caso de los enterramientos 37, 49 y 66, estaban muy destruidos y en el 33, estaba sobre la incineración 1, el resto: 13, 43 y 69, sus estructuras estaban bastantes completas pero no se recuperaron sus restos.

3.- El ajuar

En un estudio de este tipo, son muchos los elementos de ajuar que se llegan a documentar. Tenemos por un lado los procedentes del poblado y por otro los de la necrópolis. Ambos fueron generados por la misma la gente, que les daba usos distintos.

Los materiales procedentes del poblado, nos indican claramente que en ese lugar se sucedieron distintas culturas, la primera ocupación corresponde a la I Edad del Hierro. Proporciona esta etapa un rico ajuar, en exclusiva cerámico, que gracias a la restauración realizada en su momento, nos permite hoy en día conocer bien la variedad formal de los recipientes, su tamaño real y características técnicas.

Se recoge en una potencia estratigráfica que supera el metro de espesor mientras que el resto de las culturas diferencias, II Edad del Hierro y época romana, quedan constatadas en un espesor inferior y también en un reducido número de evidencias. De este hecho se puede deducir que el poblado tuvo su momento de apogeo en la I Edad del Hierro y que después, durante la II Edad del Hierro y la época romana, fue un enclave de menor relevancia.

La parte excavada de la necrópolis corresponde únicamente a la etapa más antigua del poblamiento, a la I Edad del Hierro. No sabemos, con los datos disponibles,

donde enterraron a sus muertos los que vivieron en El Castejón durante la II Edad del Hierro y los ya romanizados, pero si sabemos que no lo hicieron en el mismo lugar que los de la I Edad del Hierro.

El análisis del ajuar que exponemos a continuación se refiere al procedente de la necrópolis, pues el del poblado, quedó descrito en el apartado correspondiente; trataremos a continuación tanto de las piezas recuperadas en los niveles superficiales, A y B, que hemos descrito páginas atrás, como de las recuperadas en los enterramientos, cuyo contenido acabamos de concluir.

En las páginas inmediatas podemos ver unas tablas en las que queda reflejado el contenido del ajuar de los enterramientos estudiados. Los resultados evidencian que son más abundantes los restos metálicos que los cerámicos.

Analizaremos en primer lugar la cerámica, seguido del ajuar metálico en el que estudiaremos de manera detallada cada una de los grupos de piezas identificadas: collares, broches de cinturón, fibulas etc. y óseo, para referirnos por último, al lítico.

A. Cerámico

No es novedad cuando constatamos que la cerámica es el resto más abundante que recuperamos, pues se trata de lugares pertenecientes a un periodo que las generó en gran número.

Este hecho se ha puesto de manifiesto una vez más, en el poblado de El Castejón, pues casi todos los elementos de ajuar correspondientes a la I Edad del Hierro son cerámicos, mientras que en la necrópolis, son mayoritarios los restos metálicos en los enterramientos y ligeramente superiores los cerámicos en los niveles superficiales, en la proporción que reflejan las figuras 54 y 74.

Entendemos que la ligera superioridad numérica de la cerámica en los niveles A y B, puede responder a que los buscadores de tesoros no se llevaron los fragmentos de cerámica, les interesaba las piezas o fragmentos metálicos.

No es nuestra intención repetir aquí lo ya dicho al estudiar el poblado, remitimos a las páginas correspondientes y nos quedamos con la tabla de formas, figura 24 y otras piezas reproducidas en las figuras 25 a 38 que nos indican que la variedad formal que se modeló, responde a las necesidades que el habitat requiere; piezas de todos los tamaños y de distintas calidades: en cuanto al terminado de las vasijas, las pulidas, nos ofrecen una importante variedad formal, carente de decoración, salvo dos pequeños fragmentos, descritos en el lugar correspondiente, mientras que los de superficie exterior sin pulir, disminuye el número de formas modeladas, pero son frecuentes los motivos decorativos que las adornan, por otra parte propios de esta variedad, que consisten en motivos impresos e incisos, sobre cordones aplicados o directamente sobre la pared.

	Ajuar metálico													
Enterramiento														
Nivel C	Fíbula	Pulsera	Torques	Collar	Grapa	Arandela	Cuenta muelle	Trabilla	Broche cinturón	Disco	Botón	Pendiente	Otros	
1			+	+	+		+					+		
2	+					+								
3	+	+			+	+			+				+	
4	+													
5														
6														
7	+													
8														
9														
10	+						+						+	
11								+						
12														
13														
14														
15	+	+				oro							+	
16	+					+	+						+	
17		+	+							+			+	
18													+	
19	+	+				+	+	+	+		+		+	
20														
21						+	+	+						
22	+					+	+	+			+		+	
23						+	+	+	+				pinzas	
24	+2			+		+	+	+	+2				+	
25	+	+		+		+								
26														
27	+					+	+	+						
28							+	+					+	
29						+	+	+					+	
30							+						+	
31		+?					+	+						
32						+	+	+					+	
33														
34							+						+	
35			+											
36													+	
37														
38	+		+	+		+	+	+	+		+		+	
39				+										
40														
41	+	+											+	
42														
43														
44						+	++	+					+	

Enterramiento	Ajuar cerámico					Lítico				Óseo	
Nivel C	Forma	Fragmentos	Variedad clara	Sin pulir	Otros	Bolita	Colgante	Fusayola	Otros	Cuentas colgante	Diente
1	5	+									
2		+							vítrea		
3	5	+									
4	9										
5											
6											
7											
8		+									
9		+									
10		+									
11		+									
12											
13											
14		+									
15											
16											
17	9	+	+		trípode			+		cuentas	
18	12-4	+									
19	5	+	+			+	2		+		+
20	5										
21	9			+							
22	9-12	+		+						cuentas	
23	5-9		+								
24	5					+			afilas		
25	5	+		+							
26		+	+								
27	3-4-9		+	+					afilas		
28	5	+									
29		+								collar	
30		+									
31	5	+									
32	9-5		+							cuentas	
33											
34	12	+									
35											
36	5										
37											
38	5	+								cuentas	
39		+									
40	5-taza		+								
41	5	+							vítrea		
42											
43											
44	5	+								cuentas	

	Ajuar metálico													
Enterramiento														
Nivel C	Fíbula	Pulsera	Torques	Collar	Grapa	Arandela	Cuenta muelle	Trabilla	Broche cinturón	Disco	Botón	Pendiente	Otros	
45													+	
46													+	
47	+					argolla							+	
48		+												
49		+				+	+						+	
50							+	+						
51		+		+	+	+	+	+					+	
52		+				+					+		tubo	
53														
54	+	+	+			+	+							
55													+	
56	+						+							
57	+				+	+	+						+	
58	+					+	+	+					+	
59						+							+	
60						+	+	+					tubo	
61														
62					+	+	+		+				+	
63						+	+						+	
64	+		+		+		+		+				+	
65						+							+	
66														
67													+	
68	2	+		2	+	+			+	+			anillo	
69														
70	+					+	+			+			+	
71						+								
72	+												+	
73	+	+	+			+	+						anillo	
74		muchas				+			+				lámina	
Nivel D														
1							+	+						
2	+	+											anillo	
3						+					+		+	
4													+	
5	+	+					+							
6	+								+					
7	+					+								
8		+												
9													+	
10	+	+	+	+		+							+	
11													+	
12		+			+	+							+	
13													+	

Enterramiento	Ajuar cerámico					Lítico				Óseo	
Nivel C	Forma	Fragmentos	Variedad clara	Sin pulir	Otros	Bolita	Colgante	Fusayola	Otros	Cuentas colgante	Diente
45		+				+					
46		+									
47											
48	5	+								+	+
49											
50											
51	5	+									
52		+								cuenta	
53											
54	5								vítrea		
55											
56	5	+									
57	5										
58	5										
59											
60	5	+									
61		+									
62											
63											
64											
65	5										
66											
67											
68	5										
69											
70		+									
71	5										
72							cuenta				
73	5								vítrea		
74	5				+						
Nivel D											
1	4	+									
2	5	+									
3						+					
4											
5		+									
6											
7						+					
8											
9											
10	5										
11					+						
12											
13		+									

En la necrópolis la cerámica es de características técnicas semejantes a la del poblado, pero tiene una función concreta, y los recipientes se adaptan a ella. Es propio en los enterramientos de Campos de Urnas que uno de los recipientes contenga los restos de la cremación, mientras que el resto, forma parte del ajuar; cuando las vasijas son de un tamaño muy reducido, se consideran como “vasitos de ofrendas”.

En el caso de la necrópolis de El Castejón los restos de la cremación no eran introducidos en un recipiente, sino como venimos describiendo, lo hacían en el pequeño espacio delimitado por adobes, y los recipientes cerámicos, en un número reducido de piezas, formaban parte del conjunto, cumpliendo una finalidad concreta que desconocemos con exactitud. Están ahí, las recuperamos en la mayoría de los enterramientos, como podemos ver en las tablas adjuntas, y reparamos que tienen unas características formales concretas, como podemos ver en las figuras correspondientes, y en cada una de los enterramientos ya descritos. Son piezas singulares el trípode recuperado en el enterramiento 17; la vasija del enterramiento 2 del nivel D, y la taza del enterramiento 40 pero, desconocemos la función concreta que desempeñaron.

Los recipientes que encontramos son en su mayoría de tamaño mediano-pequeño y corresponden a: ollitas, escudillas y tapas preferentemente, son más escasas las vasijas muy pequeñas, las que en otros lugares se consideran como vasitos de ofrendas por su reducido tamaño.

De los ochenta y siete enterramientos estudiados, hay cerámica en 55 de ellos y de estos, en 37 casos hemos podido determinar la forma del recipiente, como algunos enterramientos tienen más de una vasija, las reconocidas han sido 43 y la proporción formal es como podemos ver en la figura 176 claramente a favor de la Forma 5 con un 63%, seguido de la Forma 9, que supone un 15%, la Forma 4 con un 9%, y la 12 un 7% mientras que la Forma 3 y la taza, es un 2 %.

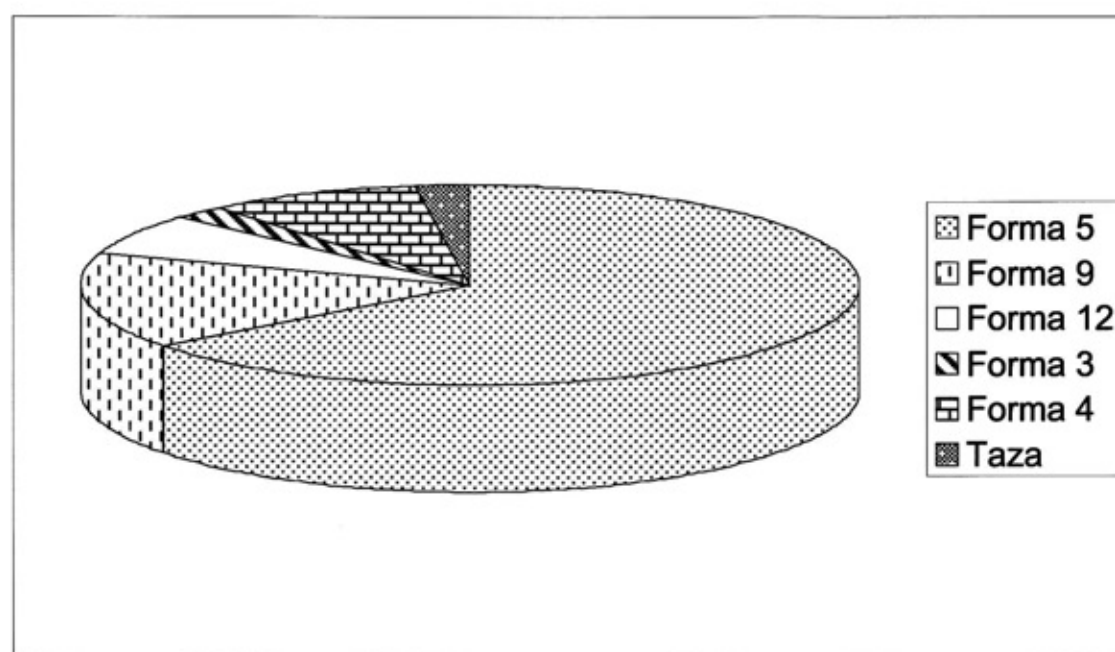


Figura 176.- Porcentaje de las formas cerámicas identificadas en los enterramientos, según la tipología de A. Castiella, 1977.

Recordemos que seguimos en este estudio la tipología de A. Castiella, y en su aplicación, hemos dicho que la Forma 5 es la más frecuente, pues se ha podido identificar tanto en los niveles superiores como en más de la mitad de los enterramientos estudiados y creemos que aún pudo ser mayor el número de estos recipientes, pero dado el reducido tamaño de muchos fragmentos, no los hemos considerado, sino en aquellos casos que era seguro.

La Forma 5 corresponde a una pequeña ollita de borde vertical, pared suavemente redondeada y fondo plano o ligeramente umbilicado, como los ejemplares reproducidos en las figuras 177 y 178.

Es una forma muy frecuente en los yacimientos de esta época tanto en los de habitación como en las necrópolis. En el poblado de El Castejón está muy bien representada y advertimos que se modela en tamaños diferentes como podemos comprobar en las figuras 25, 26 y 27.

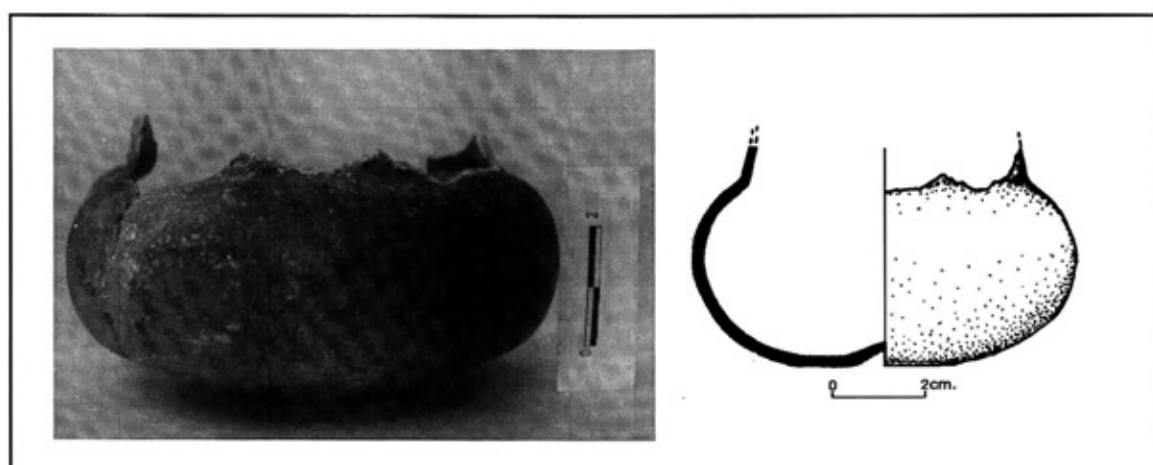


Figura 177.- Ollita de la Forma 5, nivel B, nº inventario 209.

Es una forma sin decoración, bien documentada en numerosos yacimientos navarros, que ofrece pocas variantes en su galbo. El mayor número de ejemplares se documentan en el poblado II b de el Alto de la Cruz, al que se le atribuye un fecha entre el 650-550 a.C. (Castiella, A. 1977, 242).

De todas las vasijas correspondientes a esta forma, tiene un interés especial la que reproducimos a continuación. Como podemos ver en la figura 179,1, el perfil de la vasija es el habitual de esta forma, salvo la base del recipiente que semeja al remate de una tapa, tanto que de no haberla recuperado completa, esa hubiera sido la interpretación que probablemente le hubiéramos dado a esta parte, pero al estar la vasija entera no hay dudas en la interpretación.

Al contemplar la vasija nos resultaba bastante extraño el que tuviera una base tan inestable, era evidente que requería un apoyo. Encontramos la solución al estudiar el ajuar del enterramiento 17, donde habíamos inventariado una pieza poco habitual, un

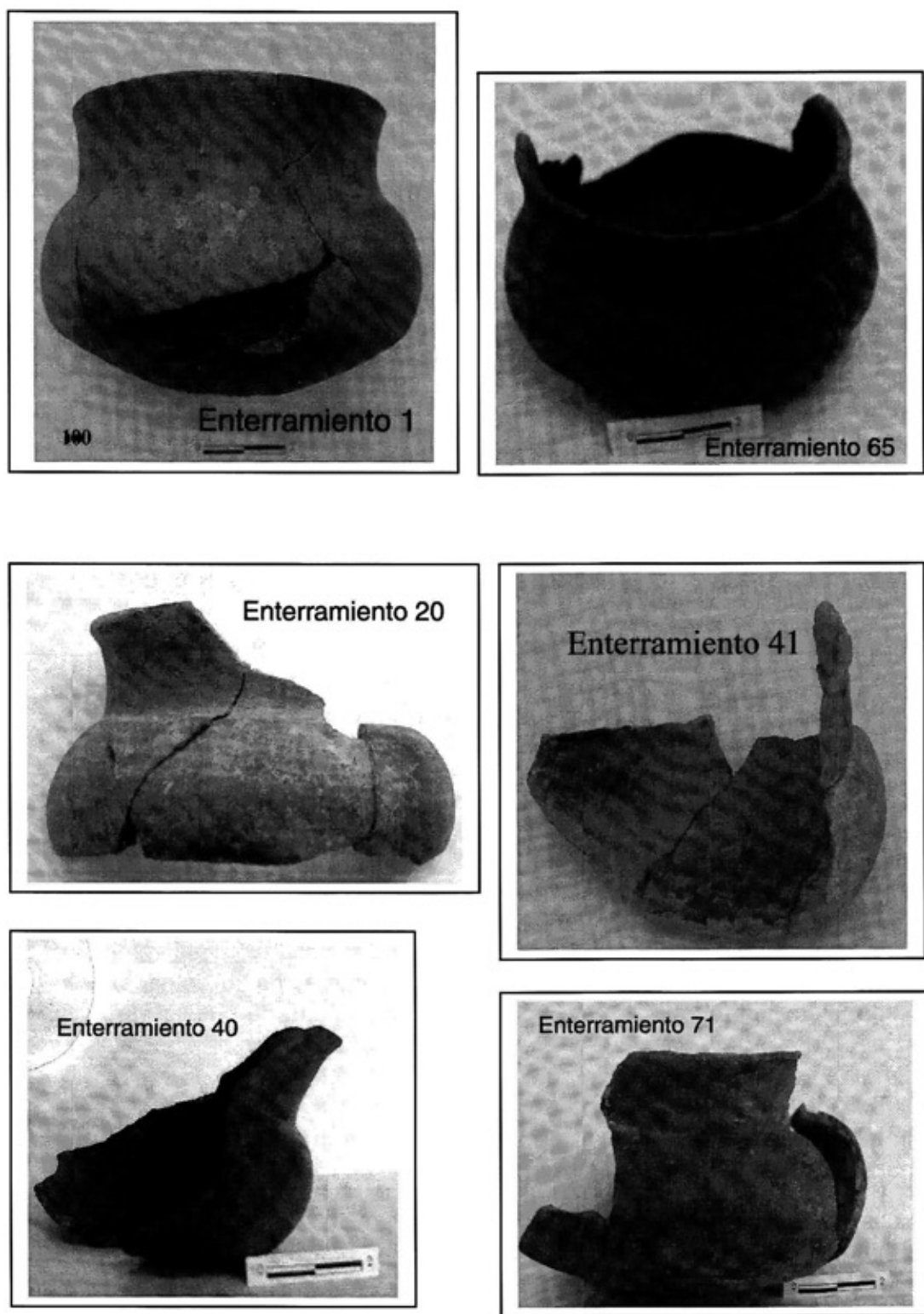


Figura 178.- Algunos ejemplos de recipientes de la Forma 5 recuperados en distintos enterramientos.

trípode de cerámica, figura 103 y 179,3, y pensamos que esta pieza, podía ser el soporte del recipiente que ahora estudiamos, y en la figura 179,2 tenemos el resultado. Además, observada con cuidado, advertimos que esta vasija conservaba en algunas zonas restos de la capa de engobe rojizo que la debió de cubrir.

Dada la situación de los enterramientos, la ollita del enterramiento 2 del Nivel D y el trípode del enterramiento 17 del nivel C, es muy difícil pensar que sean del mismo ajuar, aunque el tamaño de las piezas sea coincidente. Esto quiere decir que debió de haber más de un enterramiento con este tipo de recipientes, por otra parte poco habituales en la tipología conocida y que esconden algún tipo de ritual, propio del lugar donde se encuentran. En estos casos parece que estamos ante piezas propias o exclusivas de los enterramientos.

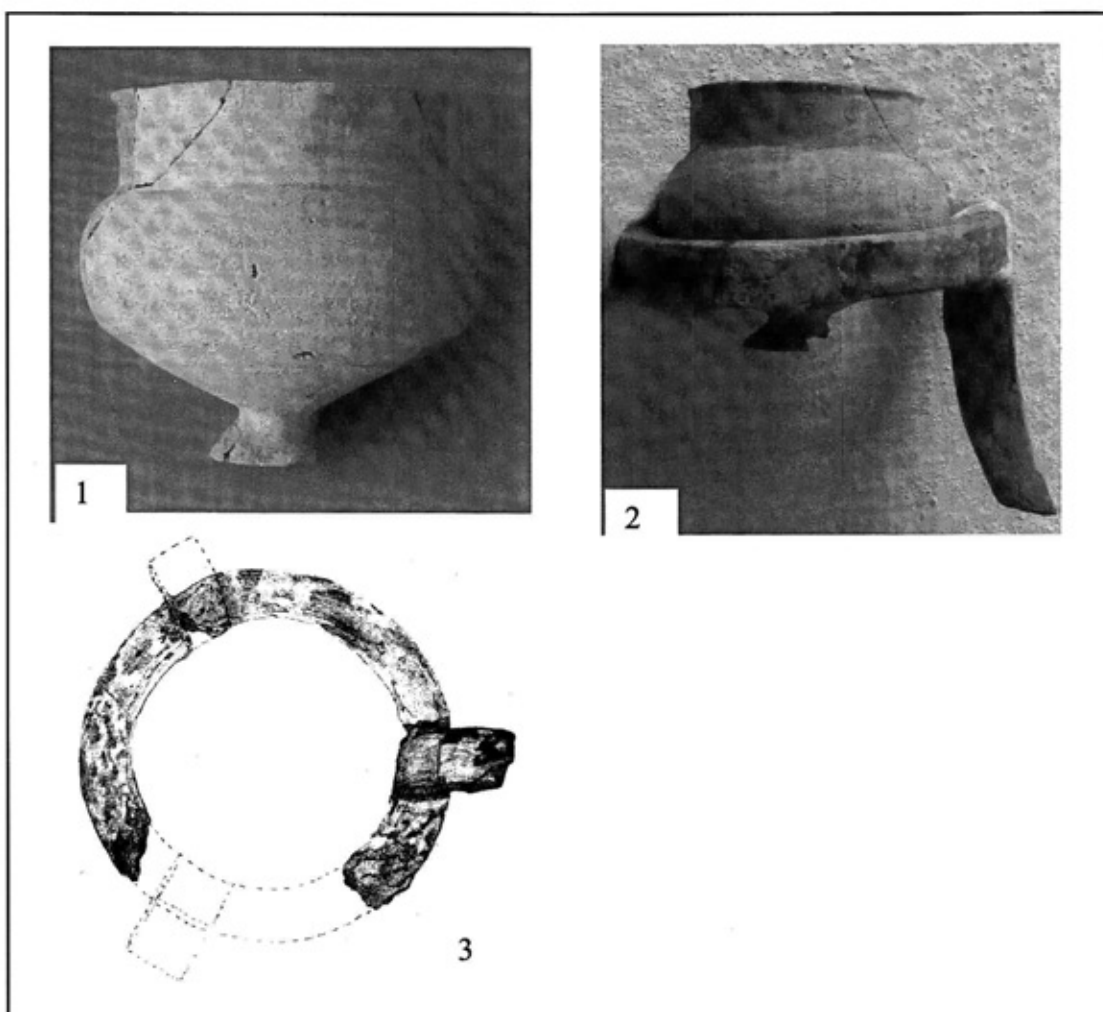


Figura 179.- Ollita de la Forma 5 con terminación peculiar que requiere un trípode para su uso, como el recuperado en otro enterramiento.

Sigue en importancia numérica en cuanto a su utilización en la necrópolis la Forma 9 o escudilla. Con toda seguridad su uso fue más frecuente que en el porcentaje que ahora manejamos, pero su identificación se hace especialmente difícil cuando se trata de fragmentos tan pequeños como los que disponemos, ya que se confunden con

tapas, o sencillamente con otros recipientes y solo consideramos los fragmentos que sí permiten su clasificación con seguridad.

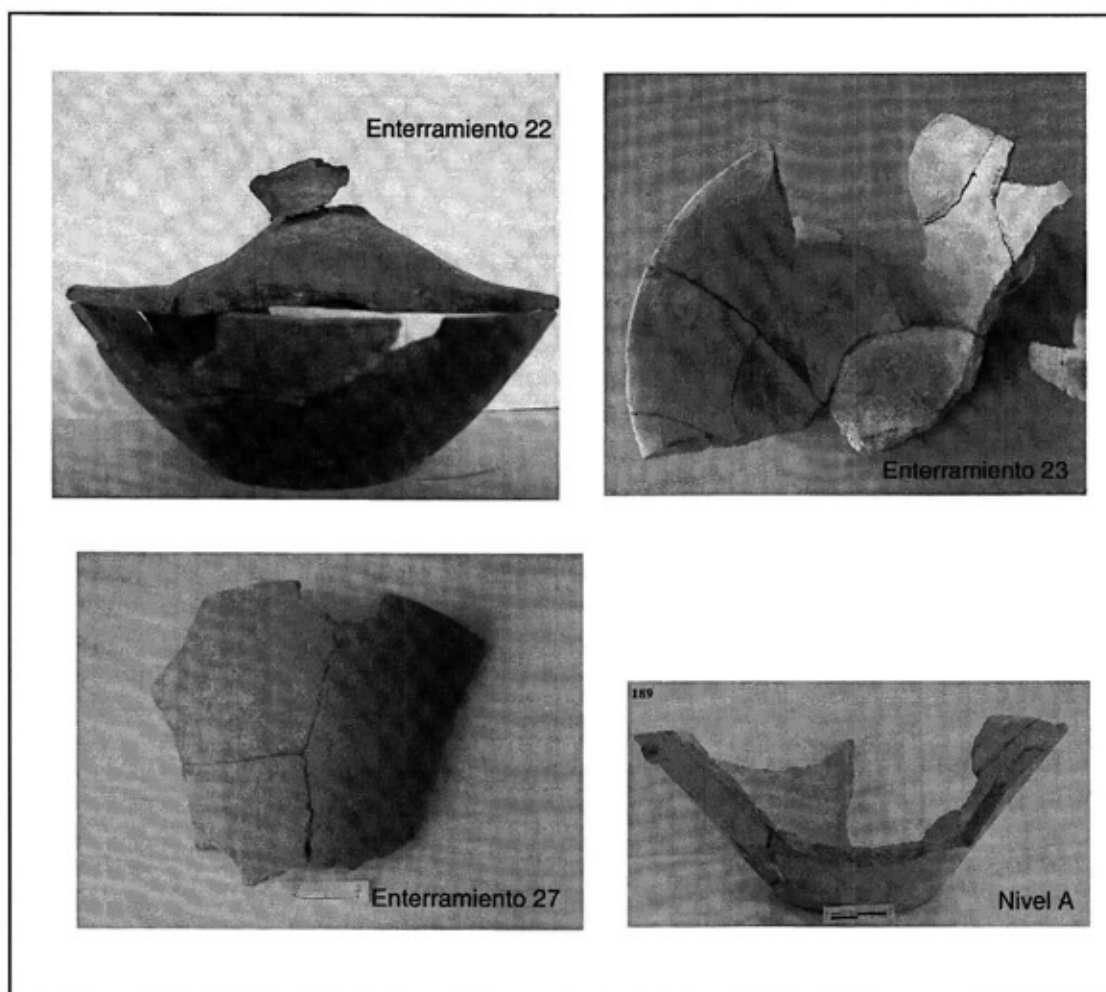


Figura 180.- Escudillas, Forma 9.

En la figura 180 hemos reunido algunos ejemplares cuya similitud en el diseño resulta evidente. Es especialmente interesante el primero, por la armonía de ambas piezas, escudilla y tapa; se recuperaron en el enterramiento 22 y formaban con toda probabilidad, un conjunto. Estas piezas no suelen tener decoración, pero el terminado de su superficie exterior presenta un pulido laborioso que le da al recipiente una relevancia especial. La diferencia más notable estriba en el fondo que puede ser plano como el de los ejemplares de la figura 180, o con pie desarrollado, tipo copa, semejante al fragmento que reproducimos en la figura 61,4. Es un perfil muy frecuente en los poblados de esta época, en El Castejón está muy bien representado, como hemos dicho, y podemos ver en la figura 26.

Como venimos diciendo la confusión de tapa y escudilla es un hecho en un material tan castigado como el que ahora estudiamos y solo cuando el fragmento es de un tamaño lo suficientemente grande que permita su identificación clara, lo consideramos como tal. En los niveles de superficie, A y B, se recuperaron varias tapas como hemos reproducido en las figuras 62 y 63 que nos indican los distintos modos de aprensión que usaban, también las hemos detectado, aunque en menor número, en los enterramientos como podemos ver en la figura 181.

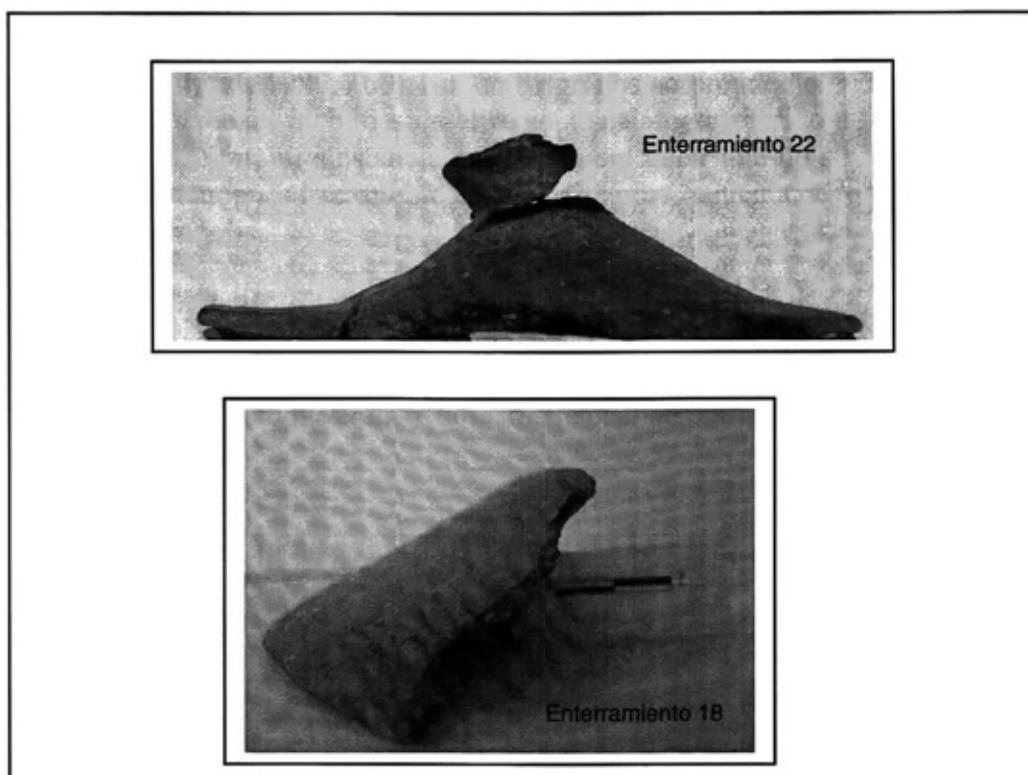


Figura 181.- Tapas, Forma 12 según la tipología de A. Castiella.

La función de este recipiente le hace ser imprescindible en el ajuar cerámico por eso no es extraño encontrarla entre las piezas restauradas procedentes del poblado unas veces con un claro asidero, figura 26 y 28 y otras con una perforación central, figura 29, y en la necrópolis, donde protegían el contenido de determinados recipientes dentro de un rito que no llegamos a descifrar su significado.

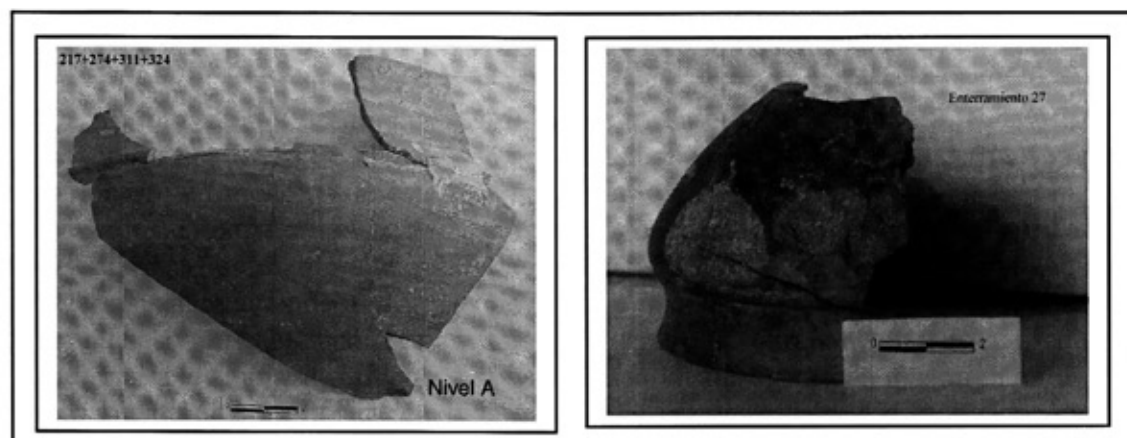


Figura 182.- Recipientes de la Forma 3.

La Forma 3 es un recipiente de boca amplia, elaborado por lo general con una pasta muy bien decantada y una superficie perfectamente pulida; su galbo se caracteriza por llevar un baquetón, en la zona media-alta del recipiente, como el ejemplar recuperado en superficie que reproducimos aquí, figura 182,1, y los fragmentos del enterramiento 27, figura 182,2, en los que la acción del fuego le han hecho perder parte

de la superficie. Es un galbo poco frecuente, en los ajuares de los poblados navarros estudiados y se considera propio de los momentos iniciales de la I Edad del Hierro (Castiella, A, 1977, 239), por tanto no debe extrañar el reducido número de ejemplares que aquí encontramos.

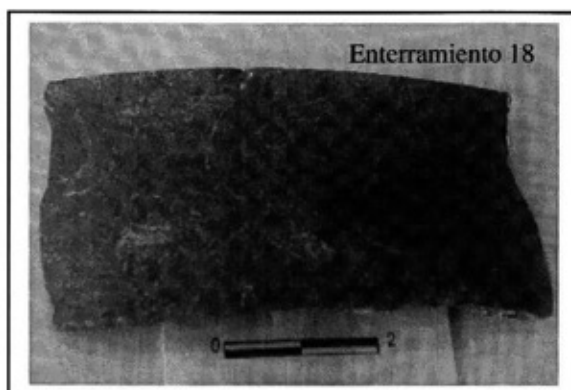
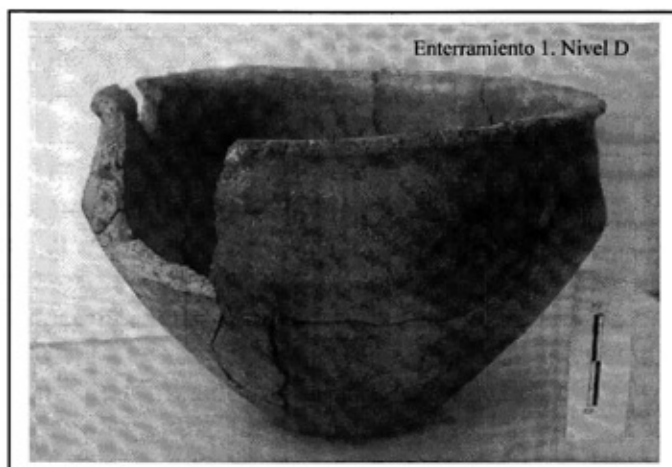
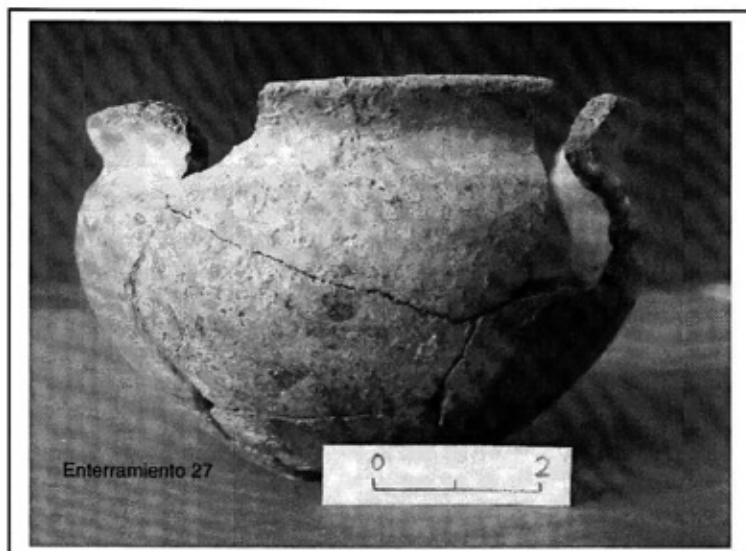


Figura 183.- Vasijas correspondientes a la Forma 4.

Correspondientes a la Forma 4 identificamos una serie de recipientes que se caracterizan por el perfil suave y fondo plano o ligeramente elevado. Este sencillo diseño, como podemos ver en la figura 183, se realizó con una arcilla de color claro, menos decantada, que presentan las paredes algo más gruesas, respecto a los rasgos atribuidos a la Forma 3, con el resultado de recipientes algo toscos, no tanto por el tratamiento de la superficie exterior, que en ocasiones es pulido, como por la pasta empleada y el grueso de las paredes. En otras ocasiones, figura 59, las paredes son más finas y el tratamiento de las paredes es el propio de la variedad pulida, en ningún caso los ejemplares identificados tienen decoración. Ejemplares similares se han localizado en las necrópolis de La Atalaya y La Torraza así como en otras necrópolis y poblados próximos a El Castejón, pues es un perfil de diseño fácil que se modeló con frecuencia, dando lugar a numerosas variantes (Castiella, A. 1977,239). Estas circunstancias dificultan su datación aunque en el caso del ejemplar del enterramiento 27, está asociado al recipiente de la Forma 3, que acabamos de considerar, propio de los momentos iniciales de la I Edad del Hierro.

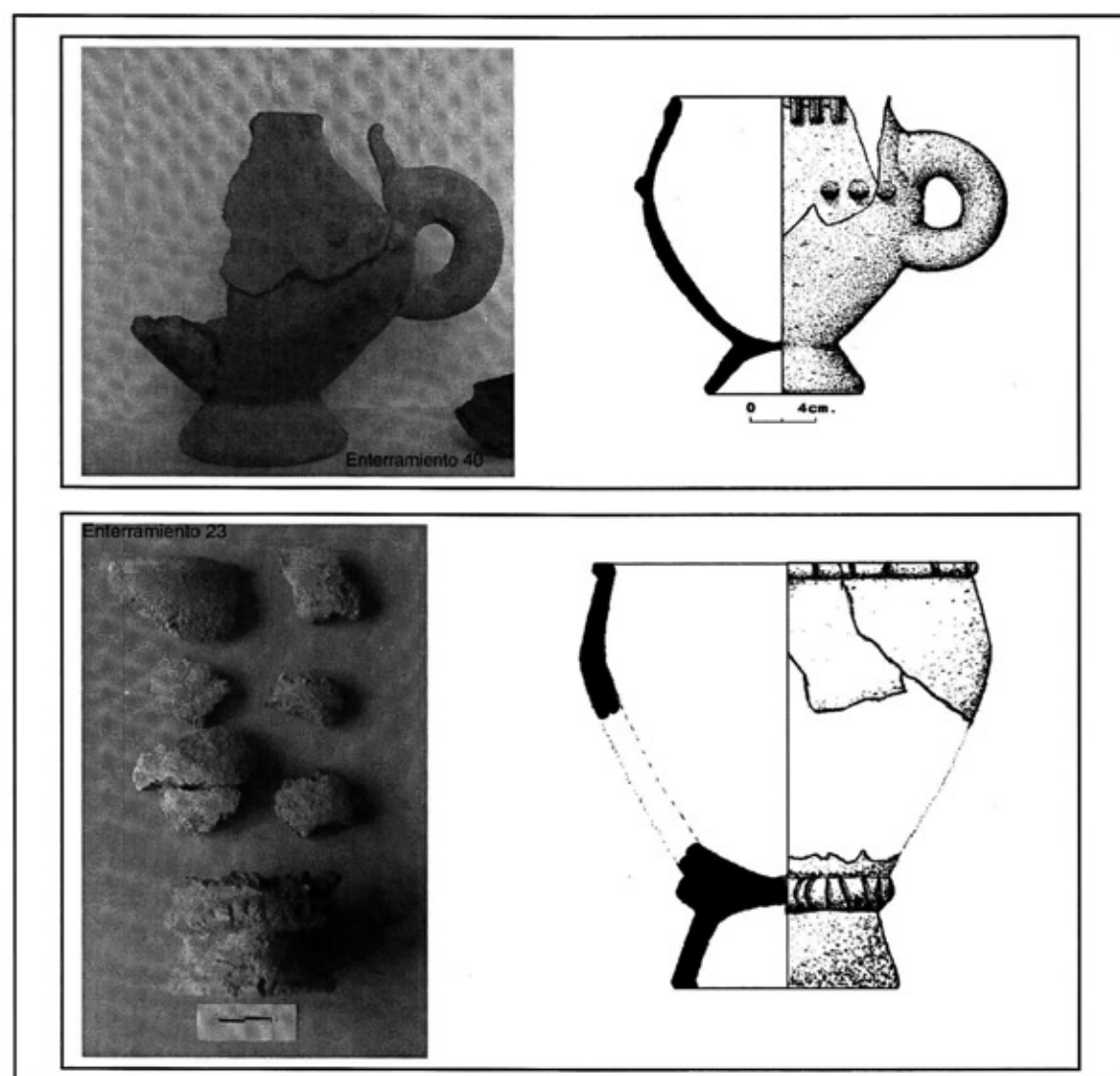


Figura 184.- Taza con pie recuperada en el enterramiento 40 y pieza asimilable del enterramiento 23.

De características técnicas similares a las atribuidas a la Forma 4, son las de esta taza, ejemplar único en la necrópolis, recuperada en la totalidad de su galbo. Como podemos ver en la figura 184,1, nos ofrece un diseño ingenuo, con un fondo de pie desarrollado, tipo copa; está provista de un asa que tiene una proporción desmesurada. La pieza está decorada en el borde con un motivo de pequeños mamelones alargados, y en la zona media de la pared con pequeños mamelones, de forma circular, en grupo de tres. En el enterramiento 23 se recupera en varios fragmentos otra pieza cuyas características técnicas, tamaño y perfil son similares, pero le falta el asa, parte del recipiente que define a la forma, por eso la incluimos con las reservas correspondientes para considerarla una taza. En la tipología de A. Castiella, la taza se identifica con la Forma 11 pero los diseños incluidos no corresponden al que ahora estudiamos ya que son recipientes profundos y con fondo plano o ligeramente umbilicado.

En otros casos tampoco encontramos equivalencia a las formas estudiadas por A. Castiella, nos referimos a los fragmentos reunidos en la figura 185, que como podemos comprobar, están muy castigados por el fuego. A pesar de la escasez de la muestra, parecen corresponder a un recipiente de tamaño mediano-pequeño, de boca ancha, que en el ejemplar primero, figura 185,1, presenta un doble baquetón: en el borde y debajo del borde, y en la zona del máximo saliente del recipiente lleva en grupos de tres mamelones alargados. El segundo de los fragmentos, figura 185,2, parece similar al primero pero la parte conservada no tiene los correspondientes mamelones, por último reconocemos un pequeño fragmento con gruesos mamelones circulares que se disponen en el espacio marcado por dos cordones con incisiones, figura 185,3. No son recipientes habituales en el ajuar cerámico de El Castejón, pero si encontramos ciertas semejanzas con algunos de los recuperados recientemente en la cercana necrópolis de El Castillo, en Castejón (Faro, J. A. 2002, 203).

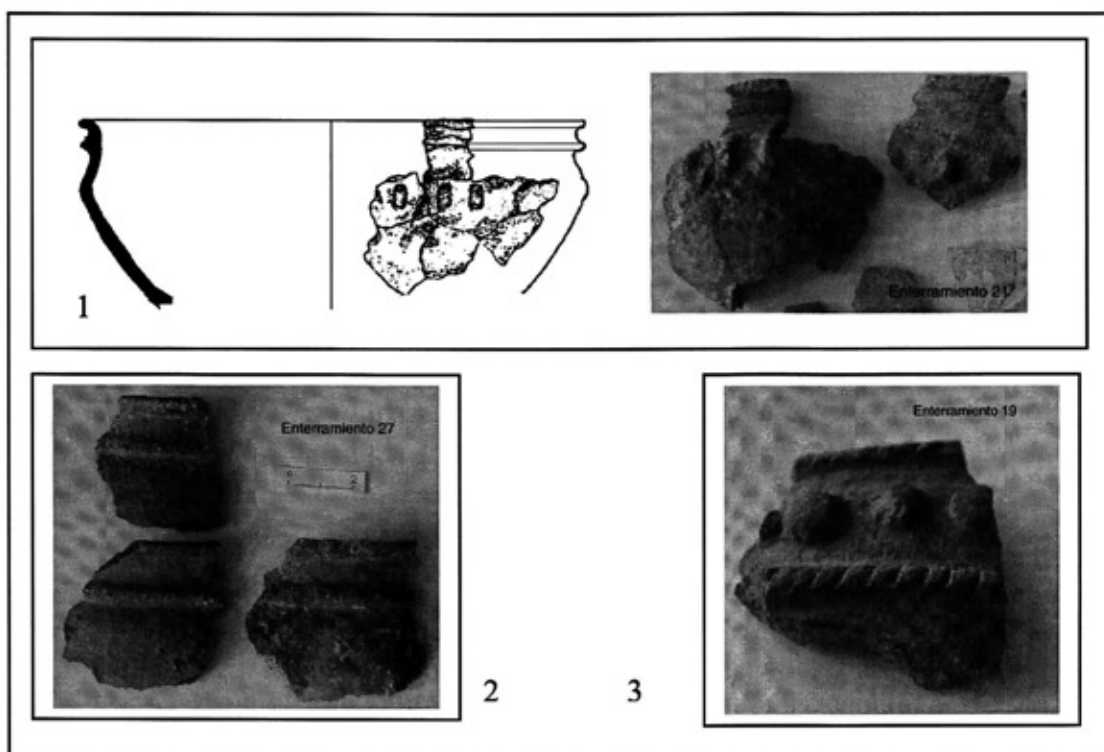


Figura 185.- Fragmentos de vasijas de forma no identificada.

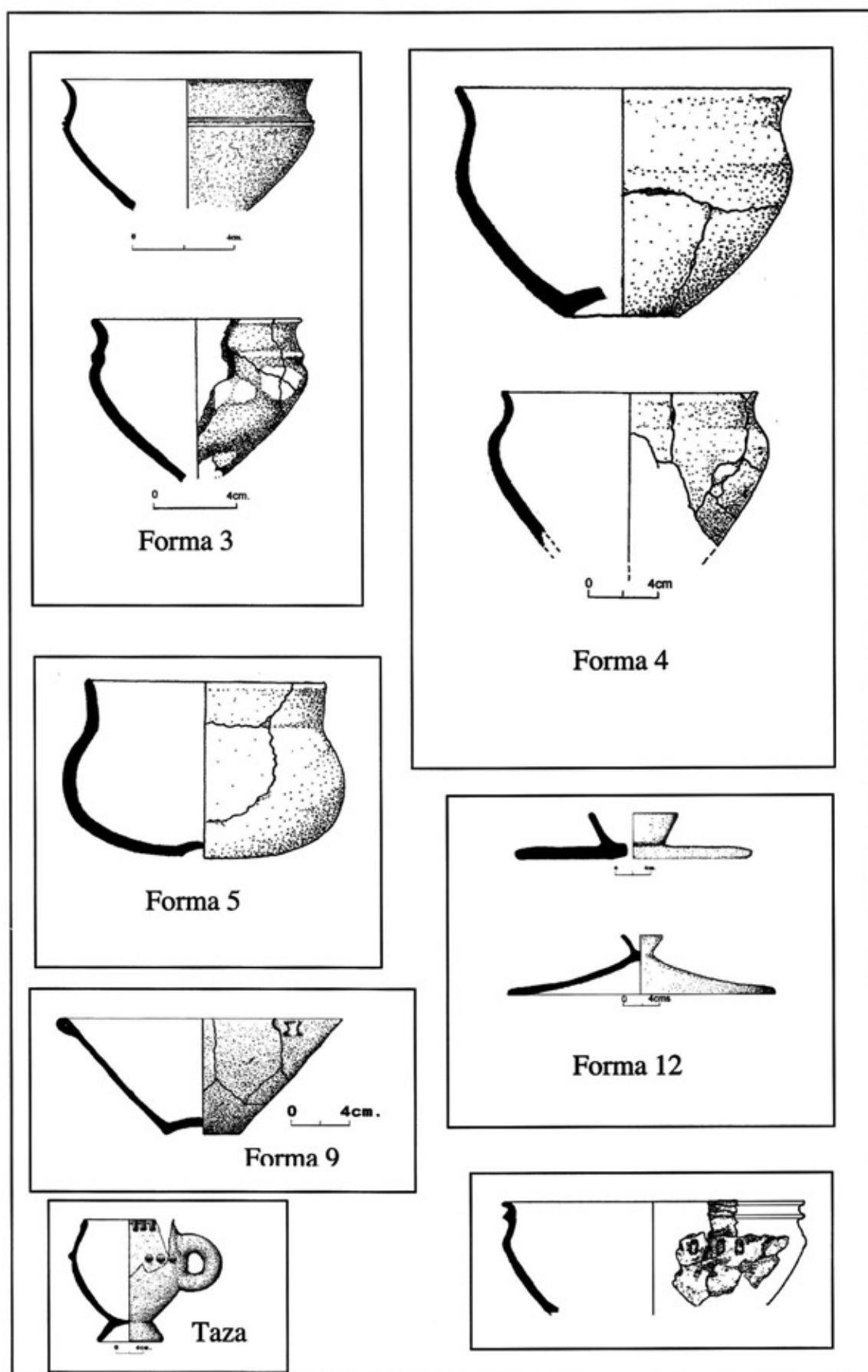


Figura 186.- Tabla de formas localizadas en la necrópolis.

Por último nos referiremos a los recipientes de menor tamaño, los que realmente podemos considerar como vasitos de ofrendas, que han sido detectados en pocas ocasiones: en el enterramiento 25, que podemos ver en la figura 115, y en el enterramiento 41, como reproducimos en la figura 131.

Una vez analizadas de manera individual cada una de las formas localizadas en la necrópolis, podemos concluir que la cerámica utilizada es, atendiendo a las características técnicas y formales, un conjunto homogéneo. Rompe esta armonía formal los ejemplares únicos: trípode; olla de base reducida y taza, que con seguridad cumplían ritos específicos del enterramiento, quizás no muy difundidos, o realizados en otros enterramientos con recipientes de perfiles más habituales. El resto de las vasijas, modelan perfiles sencillos como pequeñas cazuelas: Forma 3 y 4, o la habitual ollita, Forma 5, que junto a la escudilla y tapa, Forma 9 y 12, completan el conjunto.

Otra característica propia de esta cerámica es la casi total ausencia de decoración pues esta se reduce al baquetón de la Forma 3 y de otros fragmentos de forma no identificada, figura 185; los pequeños mamelones, que en grupo de tres, ostenta la taza y el referido recipiente, y las pequeñas incisiones del recipiente de la figura 184,2.

Es precisamente esta ausencia de decoración en la variedad pulida la que nos indica que podemos estar en el momento final de esta producción, propia de la I Edad del Hierro, “momento” difícil de precisar, pues vemos, atendiendo a otros elementos de los enterramientos estudiados, que fueron varias las generaciones enterradas a lo largo de varios decenios.

Comparemos por último este conjunto cerámico con el del poblado, a sabiendas que en este caso nos enfrentamos a un importante lote cerámico en el que se aplicó una selección al recoger el material, pero del que disponemos de un buen número de vasijas que vimos como fueron restauradas en fechas inmediatas a la excavación, junto a un lote de fragmentos mayoritariamente correspondientes a bordes y fondos que responden a las mismas formas; es en este grupo de fragmentos donde podemos ver las cualidades técnicas de las vasijas, pues en las restauradas, han quedado ocultas por el tratamiento recibido, y en ellos advertimos la similitud de ambas producciones.

Las formas responden a los galbos habituales en las variedades pulidas y si pulir de la I Edad del Hierro y otro tanto podemos decir en cuanto a la decoración, en este punto destacamos dos pequeños fragmentos con motivos acanalados, figura 31, que nos muestran la perduración, en este conjunto, de un modo de decorar los vasos, ya perdido.

Del estudio global de la cerámica podemos considerar que la del poblado y la necrópolis son contemporáneas, aunque estemos comparando conjuntos con finalidades bien distintas, y a las vasijas del poblado se les haya ofuscado su aspecto originario, pero hechas estas salvedades, es evidente que la cerámica del poblado y de la necrópolis pudieron estar hechas por los mismos artesanos, y las diferencias formales obedecen a las distintas funciones que cumplieron y a los cambios que se producen por las modas que las van imponiendo.

B. Metálico

El ajuar metálico es si duda el más abundante y representativo de esta necrópolis. Se trata en exclusiva de piezas de adorno, no hay herramientas ni armas. Este hecho, junto al tamaño de las piezas, que como veremos al analizarlas despacio, son siempre de tamaño pequeño, de medidas apropiadas para la mujer, nos lleva a considerar que podemos estar ante enterramientos femeninos.

Como es frecuente en piezas procedentes de una necrópolis de incineración, se encuentran en la mayoría de los casos muy destruidas por la acción del fuego a la que se vieron sometidas y salvo raras excepciones como el torques procedente del enterramiento 35 que estaba intacto, el resto, en mayor o menor medida, acusan este hecho junto al deterioro normal que sufre el metal. Todas estas circunstancias impiden en numerosas ocasiones, que podemos identificar los fragmentos que nos encontramos; a veces se trata de masas informes otras de pequeñas placas que sugieren piezas, pero no es fácil asegurar su correspondencia.

En su descripción describiremos las piezas identificables por grupos sin que el orden tenga valor alguno.

B. 1.- Broches de cinturón

Los broches de cinturón son piezas habituales en la vestimenta de esta época y los usaban tanto los hombres como las mujeres. Entre el ajuar estudiado, hemos podido recuperar diez ejemplares, no siempre completos, nueve en sus respectivos enterramientos y uno en el nivel superficial. Además hay una parte hembra, de tipo serpentiforme de un broche que no se encontró, procede del enterramiento 24 y está bastante bien conservada como podemos ver en la parte superior izquierda de la figura 187.

En todas las piezas queda constancia, con mayor o menor intensidad, de la acción del fuego a la que se vieron sometidos, pero a pesar de esta circunstancia, hemos podido identificarlos. En el conjunto de las piezas que vemos en la citada figura, se advierte una similitud en cuanto a los tamaños, no en la morfología, que pasamos a continuación a analizar.

Esta pieza, por muchas razones, ha sido motivo de atención y estudio por parte de distintos profesionales. En la bibliografía correspondiente son referencias obligadas para nosotros, el trabajo de E. Cuadrado en 1961 (E. Cuadrado, 1961), y años después el de M^a L. Cerdeño, en 1978, que de alguna manera marca un punto de inflexión en el estudio de esta pieza al proponer una tipología para la misma, diferenciando los tipos célticos, de los ibéricos y tartésicos (M^a L. Cerdeño, 1978).

A medida que los descubrimientos y estudios han ido en aumento, se han ido perfilando algunos matices que tienen que ver con la zona en estudio. Los broches de tipo céltico de Cerdeño son los localizados en el área celtibérica, área que gracias a las



Figura 187.- Conjunto de los broches de cinturón y una pieza hembra, recuperados en distintos enterramientos cuyo número señalamos.

investigaciones de autores como Alberto Lorrio y Francisco Burillo va estando mejor perfilada su extensión y características. Veremos que estos modelos definidos primero como célticos por Cerdeño, son ahora considerados como celtibéricos por Lorrio, pues se localizan en el área celtibérica, y son con los que nuestras piezas presentan una mayor afinidad.

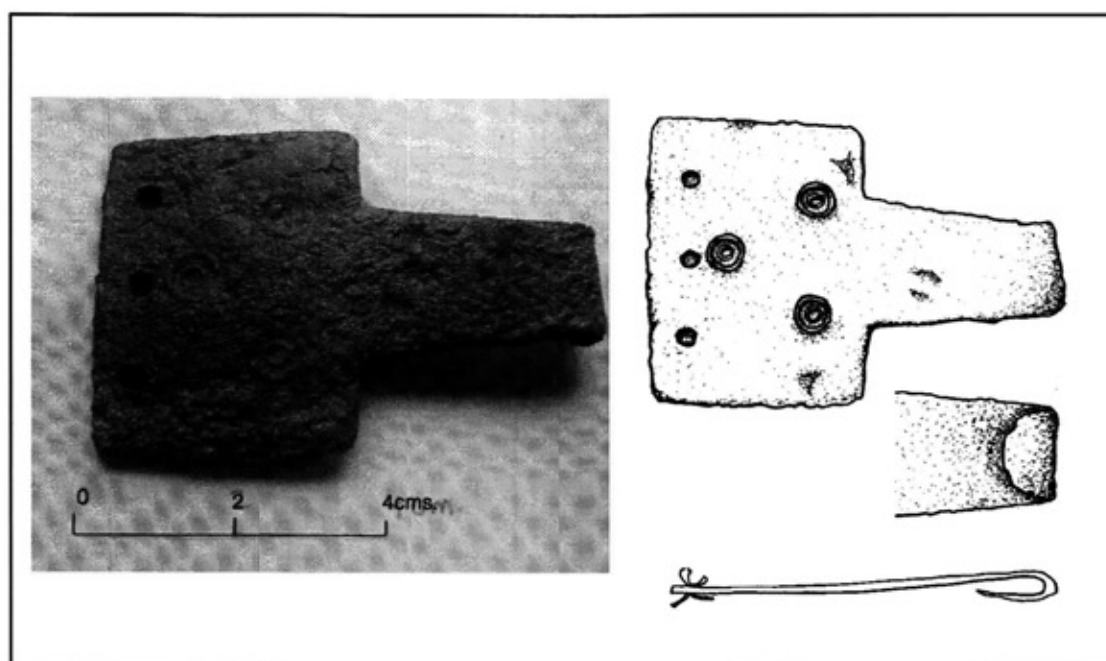


Figura 188.- Broche procedente del enterramiento 23.

De placa cuadrangular. Es el grupo más numeroso y presentan en su diseño una placa cuadrangular, con un solo garfio, más o menos desarrollado con las peculiaridades concretas en cada uno de ellos, que analizamos a continuación:

El ejemplar de la figura 188, tiene algo más de 6 centímetros de largo, y 4 de anchura, procede de la incineración 23, y como podemos apreciar es evidente la sencillez de su diseño y decoración a base de tenues círculos concéntricos en disposición triangular; el garfio, bastante desarrollado, termina en forma redondeada. Son claros los tres agujeros sobre los que irían los remaches, conservado en un caso, que unían el broche al cuero, como señalamos en el dibujo.

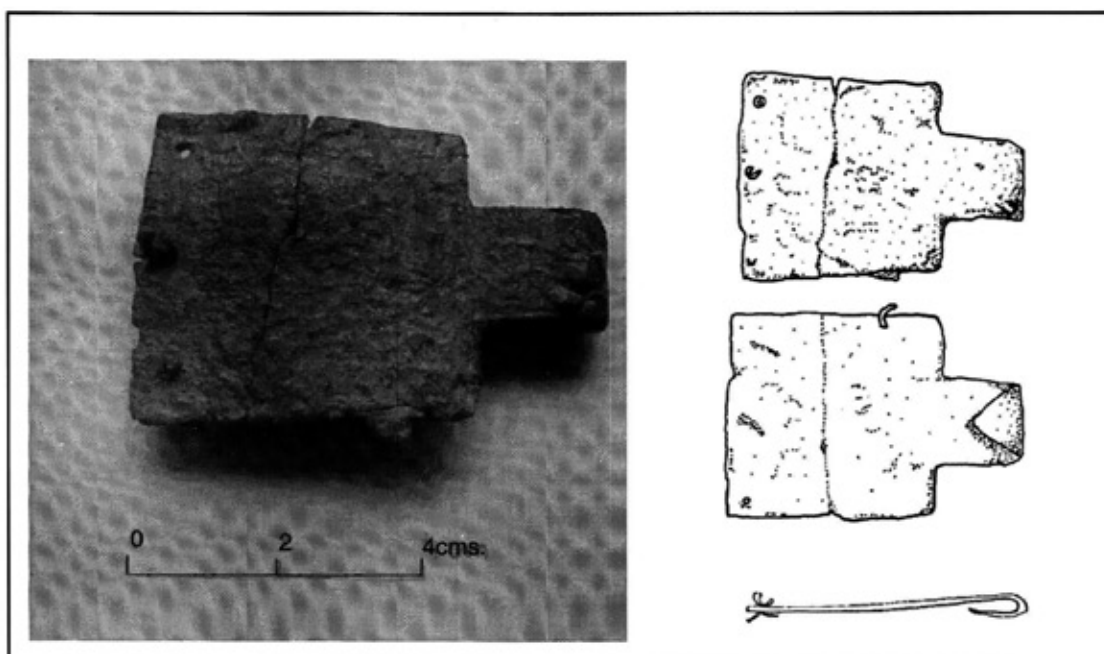


Figura 189.- Broche recuperado en el enterramiento 38

El broche representado en la figura 189 es muy similar al que acabamos de describir, las diferencias vienen marcadas por la ausencia de decoración en este caso y el menor desarrollo del garfio. Este ejemplar conserva los remaches que indican, como en el caso anterior, que se trataba de pequeños vástagos que unían el cuero que también estaba taladrado y a modo de grapas lo sujetaban. El anverso del garfio presenta en este caso una terminación en forma triangular.

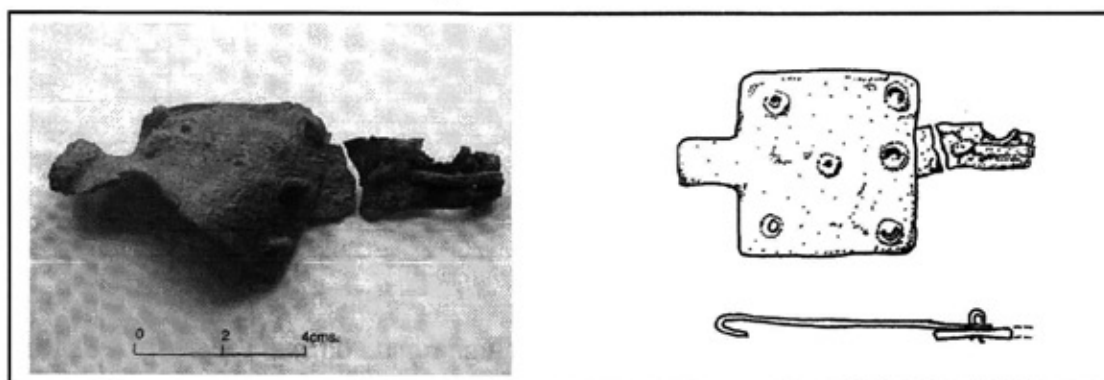


Figura 190.- Broche de cinturón del enterramiento 3.

En peores condiciones está el broche encontrado en el enterramiento 3, figura 190, que evidencia los rigores del fuego que le retorcieron la placa. A pesar de todo podemos apreciar que esta pieza, está decorada de manera similar que el ejemplar del enterramiento 23 y tiene también el mismo modo de sujetar el cuero con pequeños vástagos que actúan como grapas y en la superficie exterior quedan como si fueran pequeñas arandelas.

Como dato a destacar en esta pieza, vemos que el lado opuesto al garfio lleva sujeta en la parte central, una tira metálica de una cierta longitud, es la parte correspondiente al cuero, pero en este caso no se entiende muy bien como lo haría, quizás es la placa de refuerzo que algunos ejemplares tienen y que en este caso puede estar desplazada.

Por último este broche, recuperado en el enterramiento 68 cuyo estado de conservación es muy lamentable y tan solo nos permite determinar que se trata de un posible broche de placa cuadrangular, con un modo de sujeción como podemos ver en la figura 191, similar a los descritos con anterioridad, pero no sabemos si tuvo o no decoración o cualquier otra característica.

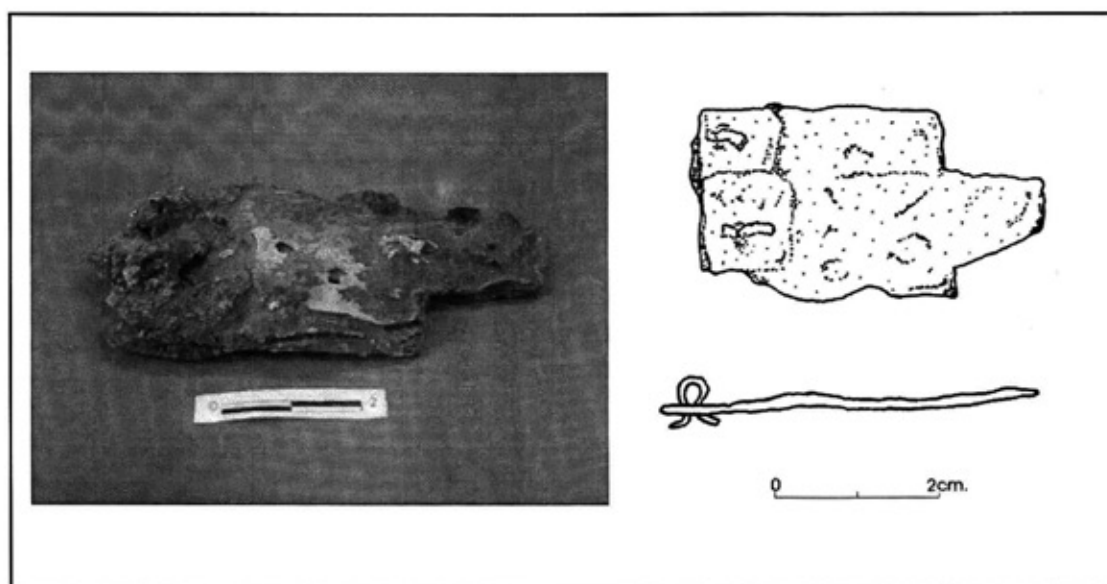


Figura 191.- Broche muy afectado por el fuego recuperado en el enterramiento 68.

De placa triangular. Dos ejemplares han sido clasificados como de placa triangular, el primero de ellos, que podemos ver en la figura 192, se recuperó en el enterramiento 64 y nos ofrece una placa ricamente decorada. El motivo es de líneas en zigzag, enmarcadas en gruesas bandas lisas, con el resultado de una pieza calada, como podemos ver en la citada figura. Es un motivo que nos recuerda al reproducido en las vasijas excisas y también en algunas piezas metálicas y obliga a fijarnos en los modelos europeos. La sujeción al cuero se hacía gracias a una pequeña placa perforada por la que se introducía el remache que la sujetaba al cuero.

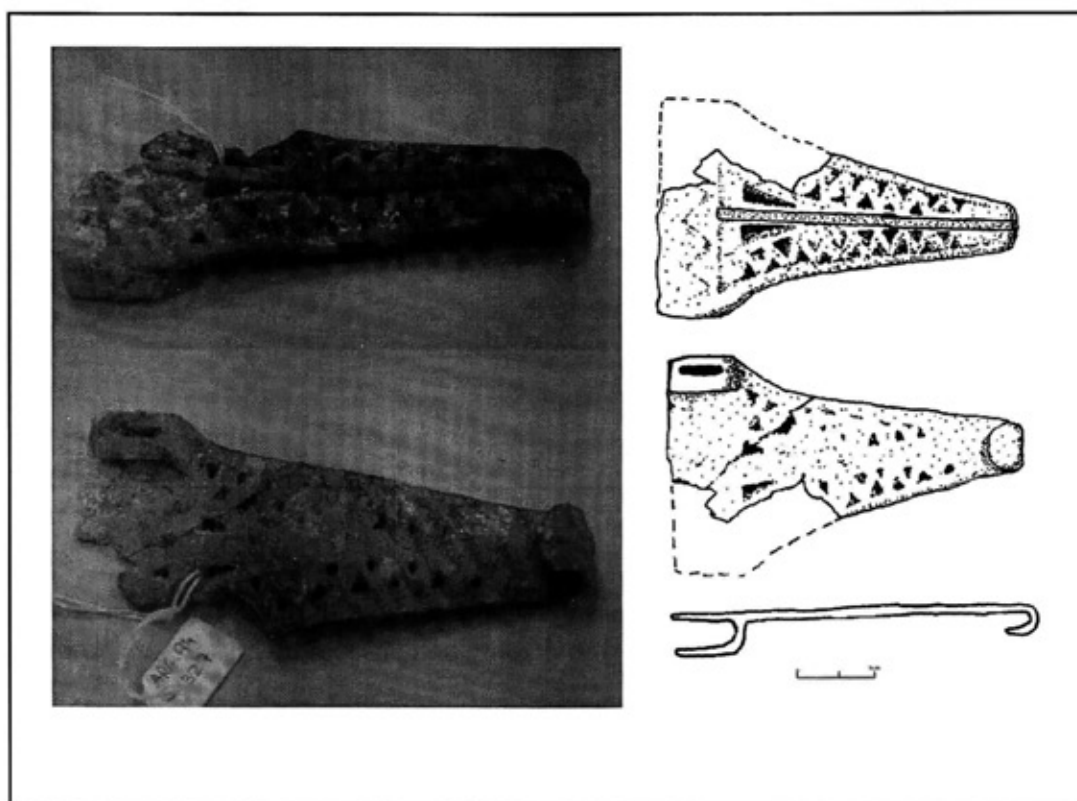


Figura 192.- Broche del ajuar del enterramiento 64.

El fragmento de broche reproducido en la figura 193, a pesar del deterioro que presenta, creemos que corresponde a una pieza similar a la que acabamos de describir, aunque más sencilla en la decoración realizada. La placa, que admitimos pudo ser triangular, estaba decorada con las bandas lisas, bien marcadas y el resto parece que fue liso. El modo de sujeción es similar al modelo de la figura 192 y en este caso el lugar de los remaches están marcados por círculos concéntricos.

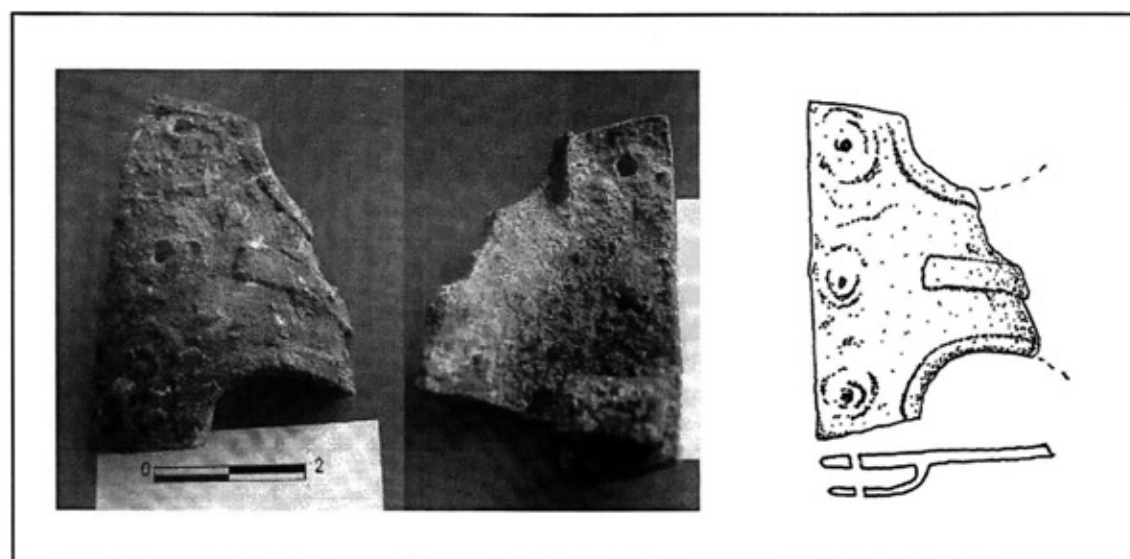


Figura 193.- Fragmento de broche recuperado en el enterramiento 74.

De escotaduras cerradas, de un solo garfio. En el enterramiento 19, se recupera muy fragmentado, este broche de 8,5 cms. por 5,5 cms., en el que se puede restablecer la totalidad de su diseño como podemos ver en la correspondiente figura 194.

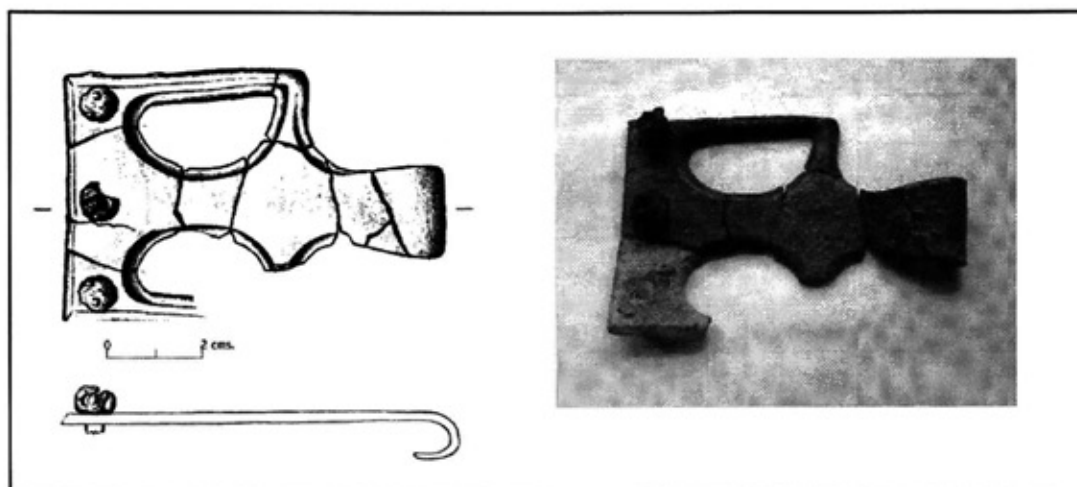


Figura 194.- Broche de escotaduras cerradas recuperado en el enterramiento 19.

Forma parte de uno de los ajuares más completos excavados. Su ejecución es muy buena y sencillo el diseño que ostenta pues, las escotaduras cerradas, están dibujadas con un fuerte bisel en el que es evidente su rigurosa ejecución. La sujeción a la correa se hacía gracias a tres potentes clavos de hierro como podemos ver en la correspondiente imagen.

También de escotaduras cerradas fue esta pieza procedente del enterramiento 6, nivel D, de la que tenemos dos fragmentos, y como podemos ver en la figura 195, se encuentra bastante deteriorado. El modo de sujeción al cuero, fue también a partir de clavos, en este caso parece que solo en número de dos y no parece tener decoración alguna, como no fueran los propios remaches. De nuevo estamos ante una pieza de tamaño no muy grande, en la que los efectos del fuego ha dejado su impronta y no nos permite ver como fue en realidad su diseño completo.

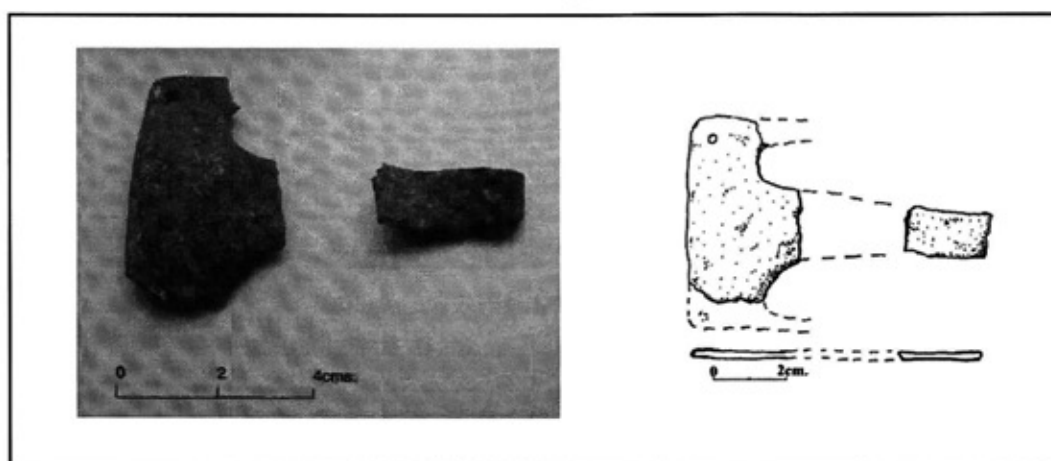


Figura 195.- Fragmentos de broche de cinturón del tipo de escotaduras cerradas, enterramiento 6, nivel D.

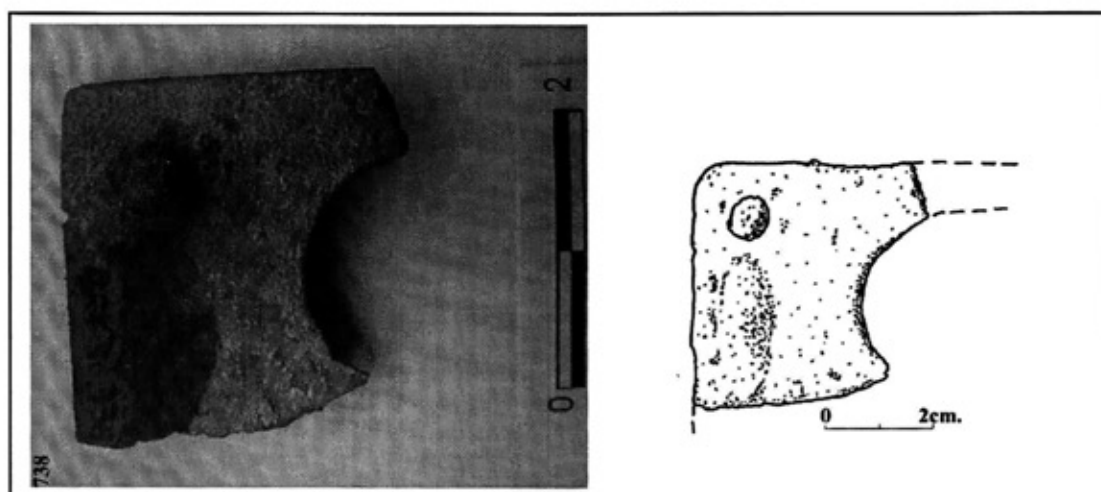


Figura 196.- Fragmento de broche recuperado en el nivel superficial.

A pesar del reducido tamaño de este fragmento, figura 196, parece que se trata de un broche de escotadura cerrada, de morfología similar a los otros ya descritos.

De escotaduras abiertas, de un solo garfio. A este grupo corresponde una pieza completa, como podemos ver en la figura 197, recuperada en el enterramiento 24.

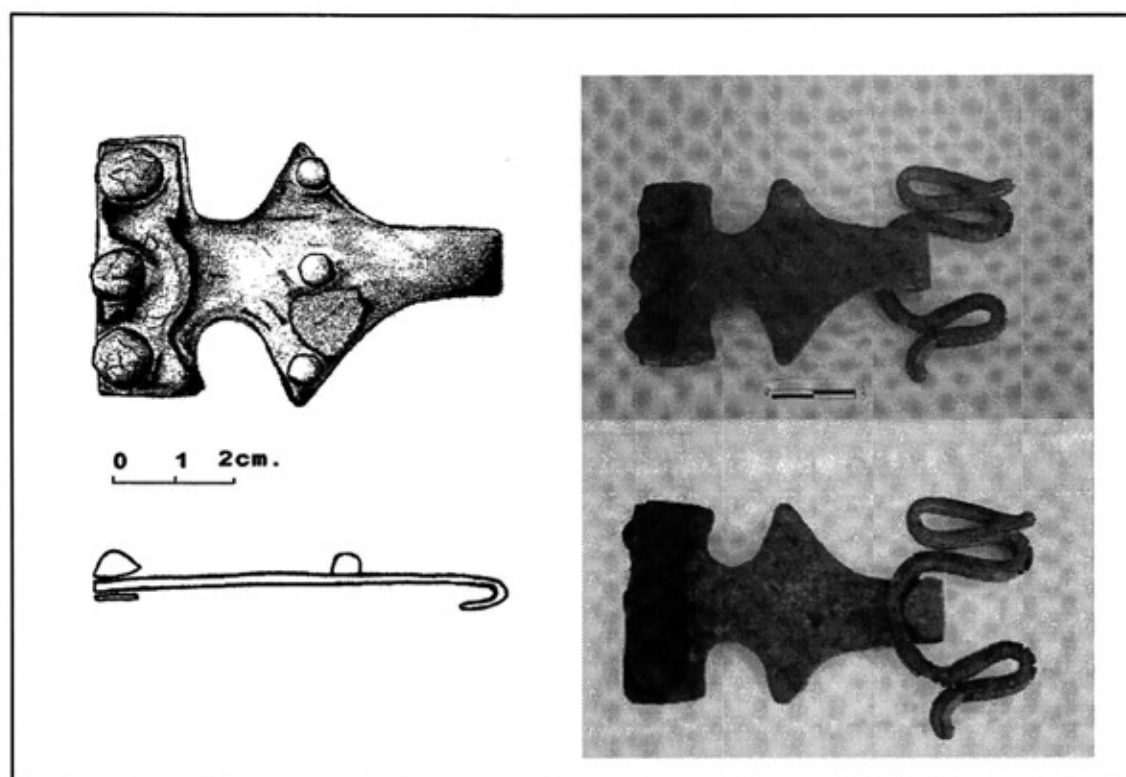


Figura 197.- Broche completo de tipo de escotadura abierta con la parte hembra correspondiente, enterramiento 24.

Su ejecución fue buena y dado su estado de conservación, no parece que sufriera los efectos de un fuego prolongado, por ello podemos ver su sencilla decoración a base de

tres remaches en el talón, que sirven al mismo tiempo para la sujeción al cuero y otros tres, algo más pequeños, en la zona media, como complemento decorativo, el resto de la placa no tiene ningún tipo de ornato; la parte hembra responde al modelo serpentiforme habitual en este tipo de broches. En el reverso podemos ver una pequeña plaquita de refuerzo en la zona de los remaches.

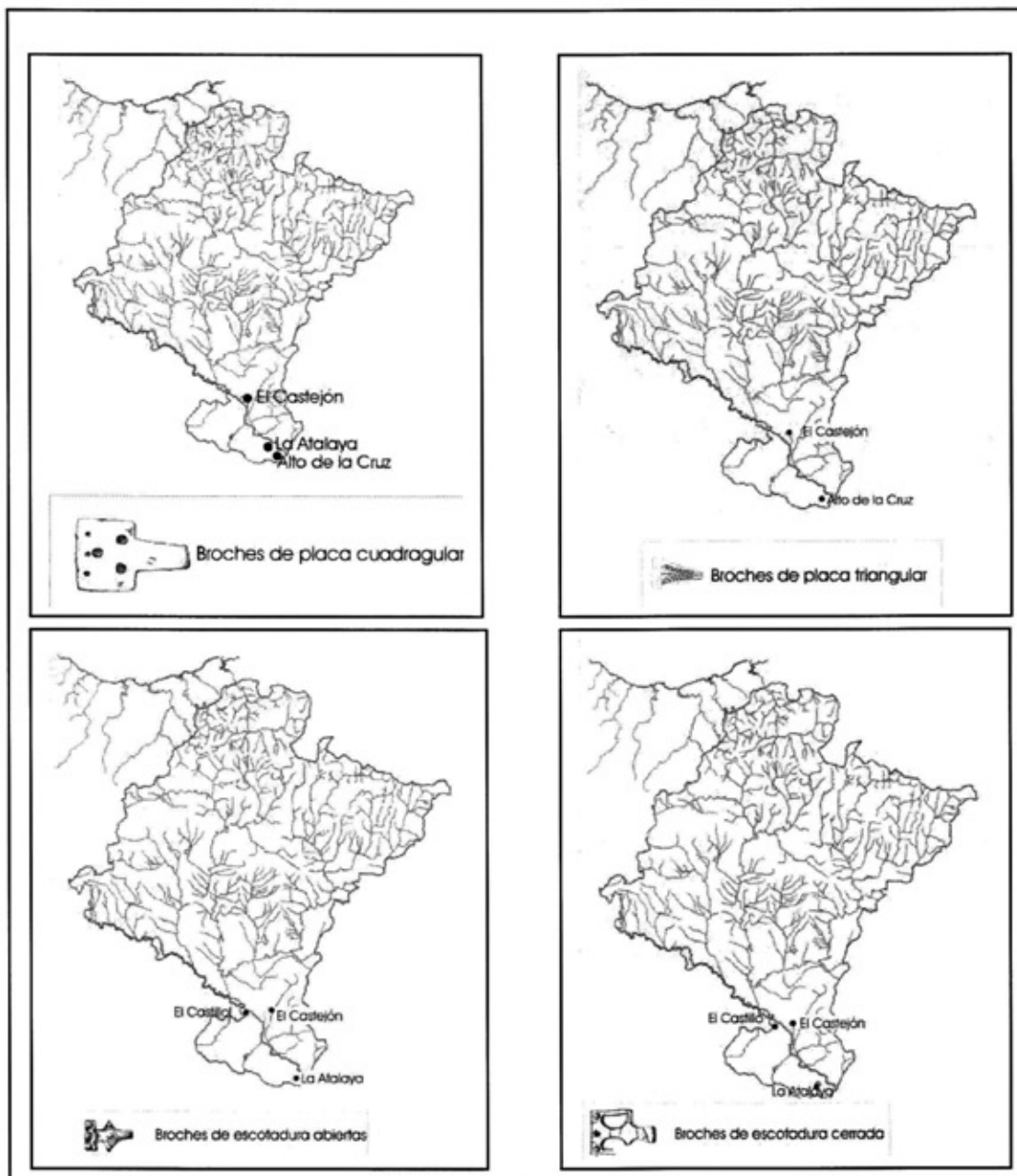


Figura 198.- Tipos de broches y su localización en Navarra.

Hemos podido comprobar que las piezas ofrecen una gran uniformidad, todas son: de tamaño pequeño, oscilan entre los 6 y 8 cms.; de un solo garfio, y salvo el ejemplar de placa triangular con decoración calada, o no tienen decoración, o esta es sencilla: se trata de pequeños círculos concéntricos que se disponen en los ángulos de un triángulo, o los propios remaches que resaltan en la superficie lisa.

En cuanto a la ejecución podemos decir que es similar y buena, aunque esta calificación requiere algunos matices, que están en relación, en parte, con el grado de conservación de la pieza.

Los cuatro tipos diferenciados: de placa cuadrangular; placa triangular; de escotaduras cerradas y de escotaduras abiertas, estaban ya identificados en Navarra cuando años atrás, Enríquez estudió los objetos de adorno de la prehistoria en Navarra, aunque les asignara otra denominación (Enríquez, J. J., 1982).

Se localizan en yacimientos cercanos a El Castejón, como podemos ver en la correspondiente figura 198, y también en otros más alejados, pues no son exclusivos de esta zona. En estas páginas, nos referiremos a los paralelos más próximos.

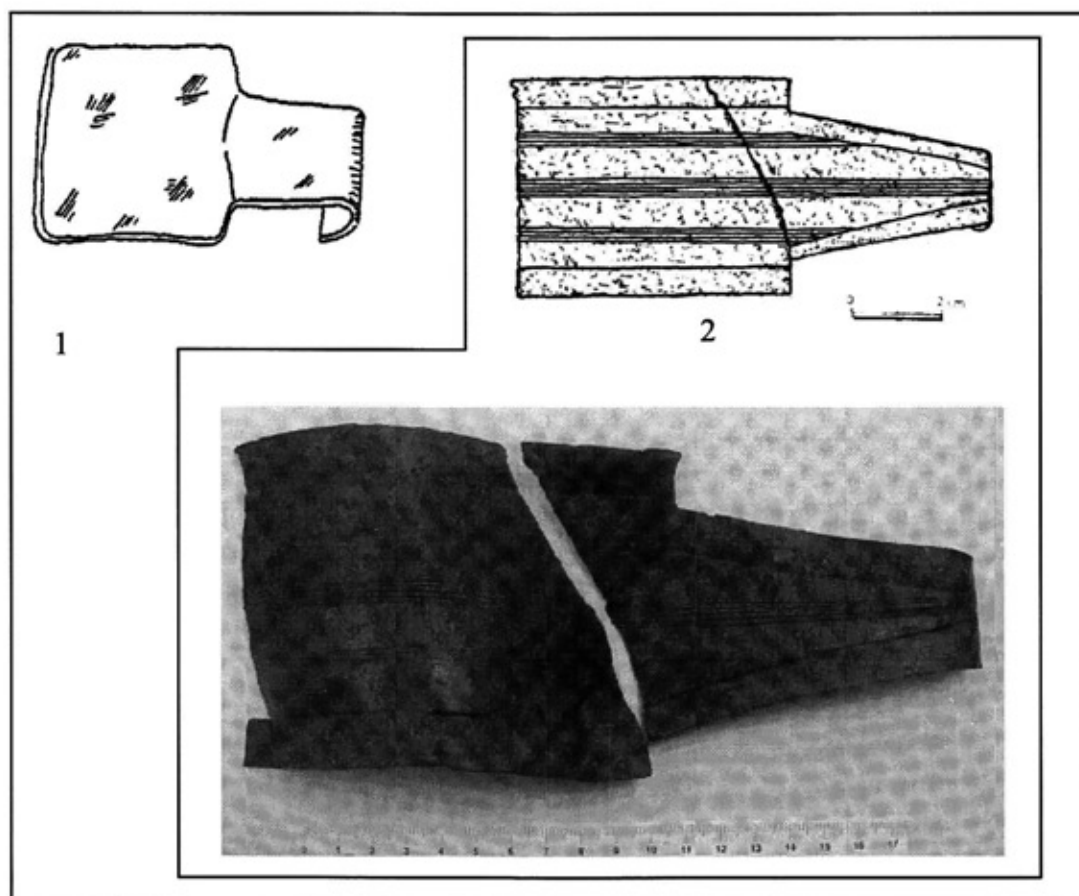
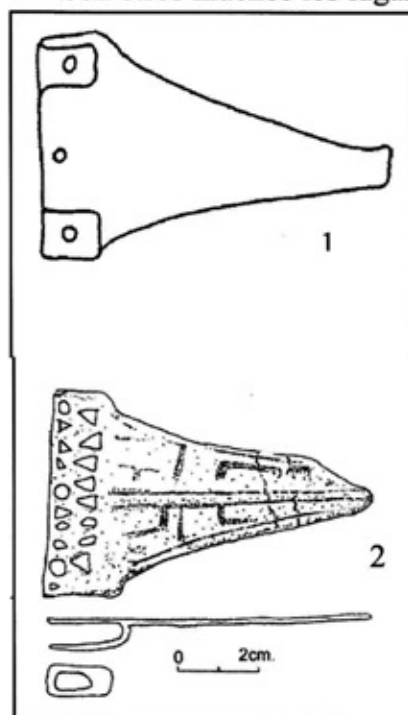


Figura 199.- Broches de tipo cuadrangular procedentes: nº 1 del poblado de El Alto de la Cruz, Cortes y nº 2 de La Custodia, Viana.

Los de placa cuadrangular están bien identificados en el poblado II a del Alto de la Cruz de Cortes, como podemos ver en el ejemplar reproducido en la figura 199,1, tomado de la publicación correspondiente ya que no hemos podido identificarlo entre el material que, con esta procedencia, se encuentra en el almacén del Museo de Navarra. Se les asigna una fecha que oscila entre el 850 y 700 a. C. (Maluquer de Motes, J.1958, 29). Otro ejemplar de diseño asimilable a este tipo, procede de La Custodia en Viana. Según la escala incluida en el dibujo correspondiente, la pieza tiene unos diez centímetros y dada la similitud del diseño, nos pareció oportuno incluirlo como paralelo a las piezas que estudiamos. Pero hemos tenido ocasión de verlo y fotografiarlo en el Museo de Navarra, y advertimos que se trata de una pieza de 24,5 cms. de longitud por 10 cms. de anchura, por tanto esas medidas lo alejan de las piezas de El Castejón, de tamaño notablemente inferiores, aunque sea un diseño similar. Recordemos que La Custodia es un enclave que se encuentra en el otro extremo de la Comunidad Foral, cuando el Ebro se interna por la Rioja y Álava. En fechas recientes se ha estudiado el material procedente de este lugar, no recuperado en excavación arqueológica, pero la riqueza del mismo ha motivado un profundo estudio por parte de su descubridor. Por lo que se refiere a este tema de los broches de cinturón estudia un total de quince piezas, catorce pertenecen al tipo ibérico y una al “céltico”, ejemplar al que ahora nos referimos y que reproducimos en la figura 199,2, pero es evidente que responde a otros criterios de uso de la pieza que nada tiene que ver con los ejemplares de El Castejón (Labeaga J.C.1999-2000, fig. 148).

Son otros muchos los lugares próximos, fuera de la Comunidad Foral de Navarra,



en los que encontramos este tipo de broche cuadrangular, y no es de extrañar, pues es un diseño fácil de ejecutar que se expande entre los primeros modelos europeos, y vemos que llegan hasta el sur de la península, donde se aclimatan y desembocan en los tipos propios de la cultura tartésica. Los ejemplares del sur de Navarra, es de suponer que llegan como un elemento más del ajuar que compone el bagaje de las gentes que desde zonas de

centroeuropa, alcanzan la península Ibérica y ocupan este espacio del valle medio-alto del Ebro, a lo largo de la I Edad del Hierro.



Figura 200.- Broches de placa triangular de El Alto de la Cruz: nº 1, según Maluquer de Motes; nº 2, los autores.

Los de placa triangular los encontramos en el poblado del Alto de la Cruz, en un nivel del Poblado I a, fechado entre el 500 y 350 a.C. y podemos comprobar en la figura 200,1, tomada de la correspondiente publicación, que aunque en este caso no tenga

decoración, la manera de sujetarse al cuero es similar a los ejemplares recuperados en El Castejón de Arguedas (Maluquer de Motes, J. 1958, 145). Al revisar el material de esta procedencia en los fondos del Museo de Navarra, nos encontramos con la grata sorpresa de que la pieza había sido restaurada probablemente después de hacer el inventario, y se trata como podemos comprobar en la figura 200,2, de una pieza decorada al modo de la recuperada en El Castejón, es de espesor inferior, pero la semejanza en la técnica decorativa es evidente.

El tipo de placa triangular, como decíamos, es un modelo considerado centroeuropeo, propio de los Campos de Urnas, que en el caso del ejemplar de El Castejón, figura 192, y del Alto de la Cruz, figura 200,2, nos ofrece una rica decoración similar a la utilizada para decorar los recipientes cerámicos cuando aplican la técnica de la excisión. Pudo ser también de placa triangular el fragmento recuperado en el enterramiento 74, figura 193, que ostenta una sencilla decoración de estrechas bandas en las escotaduras y parte central.

Pero los modelos más abundantes en las necrópolis navarras que conocemos hasta ahora, son los de escotaduras cerradas y abiertas que están representados en El Castejón por tan solo cuatro piezas, una de escotaduras abiertas, y el resto cerradas que formaban parte de los ajuares de distintos enterramientos.

En la necrópolis próxima de La Torraza no están registradas estas piezas, pero si las encontramos en buen número en La Atalaya y en palabras de sus autores, es *“una de las piezas más abundantes entre los ajuares de La Atalaya, que en número de varias no faltan en ninguna sepultura, aunque reducidas a fragmentos o a masas informes de metal fundido, en la gran mayoría de los casos”*. Un estudio detenido del inventario que acompaña a la memoria, pone de manifiesto que esta pieza esta documentada en tres

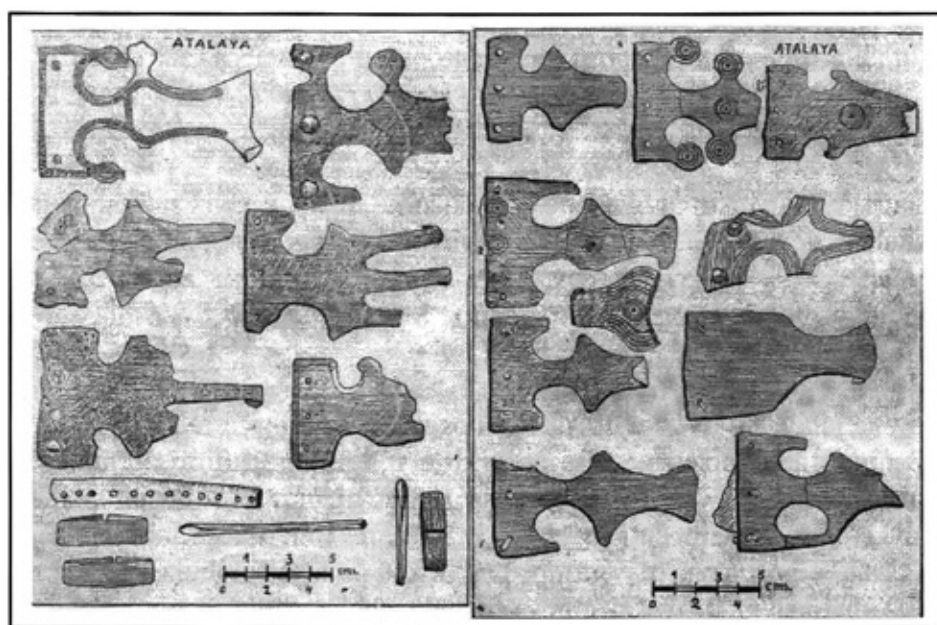


Figura 201.- Broches de cinturón de escotaduras abiertas y cerradas, recogido en La Atalaya. Según Maluquer de Motes.

enterramientos de la Atalaya Alta, de los 16 que se excavaron y en 17 enterramientos de la Atalaya Baja, de los 54 que se excavaron. Hacemos esta observación para dejar claro que la “abundancia”, a juzgar por esos datos, no parece que sea tanta; el resultado es similar a la proporción de lo recuperado en El Castejón.

Los tipos corresponden, como podemos ver en la correspondiente memoria y en la selección que de los mismos recoge la publicación correspondiente y reproducimos en la figura 201, al tipo de escotadura abierta o cerrada con un número de garfios de uno a tres. Su tamaño oscila entre los 5 y 10 centímetros y por lo general es una pieza poco decorada y cuando lo está, se trata de simples círculos y líneas incisas que indican una buena ejecución técnica.

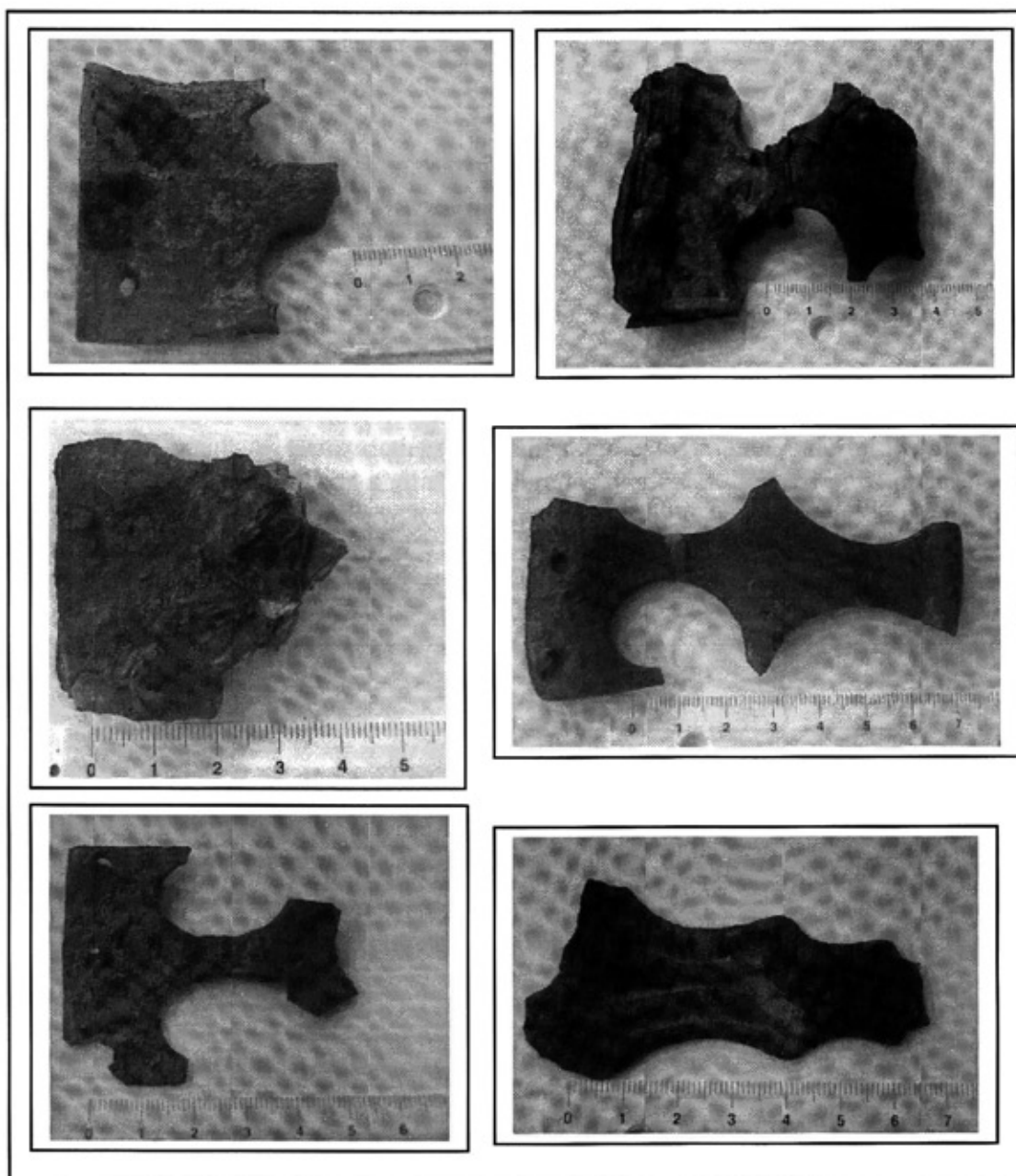


Figura 202.- Fragmentos de broches recuperados en La Atalaya.

En la revisión realizada sobre los materiales de esta necrópolis, hemos podido comprobar que sí fue una pieza muy frecuente pues efectivamente es raro el conjunto estudiado que no dispuso de un broche aunque en muchos casos, los restos conservados son simples fragmentos de la placa que en muchos casos resulta muy difícil su identificación, (quizás por eso no se incluyeron en el inventario) en otros, aunque hayan sido muy castigados por la cremación, es más fácil su identificación, como podemos ver en la figura 202, son ejemplares alguno de ellos inéditos que constituyen un claro testimonio de la similitud formal y técnica con los recuperados en El Castejón.

En la reciente excavación de la necrópolis de El Castillo en la localidad ribera de Castejón, (1998 -2001) se han recuperado entre las piezas de su ajuar, varios broches de cinturón de escotaduras abiertas, con uno y tres garfios como los que reproducimos del catálogo, recientemente publicado, en la figura 202. La similitud del diseño con los estudiados en El Castejón y La Atalaya, es evidente, y ponen de manifiesto, que pudo haber un taller común de producción, y esto, nos lleva a considerar donde estaría ese taller que realizaba estas piezas, siguiendo los modelos habituales en el ámbito celtibérico.

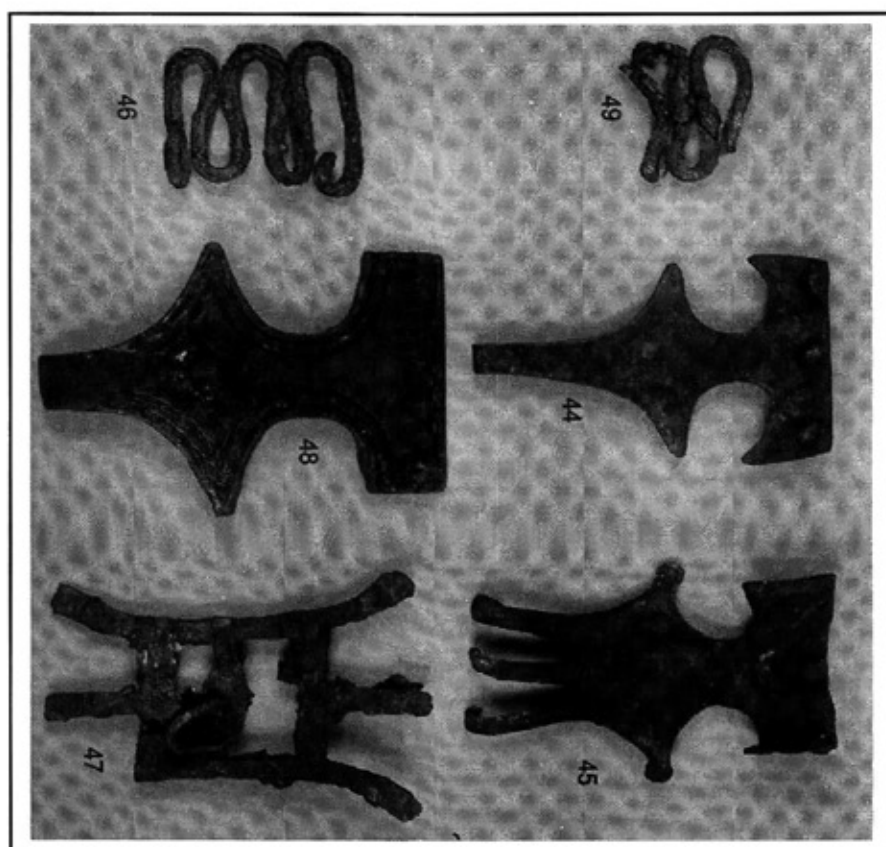


Figura 203.- Broches de cinturón recuperados en la necrópolis de El Castillo, Castejón. Según catálogo. (Faro, J. A. 2002, 212).

No podemos decir que los broches de cinturón sean piezas de uso frecuente entre las gentes enterradas en El Castejón, pues las hemos podido documentar en diez enterramientos de los ochenta y siete diferenciados, pero su presencia es muy interesante y nos permite hacer algunas consideraciones: proceden de enterramientos con otros elementos de ajuar que en todos los casos podemos calificar de ajuares ricos o

muy ricos, son en realidad los conjuntos mejores de la necrópolis, salvo el ajuar del enterramiento 6 del nivel D que se reduce a los fragmentos del broche y de una fibula. El enterramiento en sí, como podemos ver en las figuras 50 y 51, no tienen ningún rasgo específico pues se localizan tanto en enterramientos importantes desde el punto de vista estructural caso de los nº 64 y 74, que son los túmulos mayores con círculo de adobes y piedras, como otros menores, enterramiento 19 de doble círculo de adobes y otros más pequeños como el caso de los enterramientos 3, 23, 24, 38 y 68; sobre la distribución espacial de tales enterramientos tampoco podemos sacar conclusiones al respecto.

En cuanto a los tipos de broches diferenciados, cuyos paralelos más próximos hemos descrito, podemos considerar que los más antiguos pueden ser los de placa cuadrangular pues así lo indica su diseño y lo corrobora la cronología establecida en el Alto de la Cruz que estaría entre el 850- 700 a. C. si transferimos esas dataciones a las piezas de este tipo encontradas en El Castejón, que son las procedentes de los enterramientos 3, 23, 38 y 68, nos encontramos tal como decíamos y podemos comprobar en las figuras correspondientes, que son enterramientos con conjuntos de ajuar importantes: el enterramiento 3, como reproducimos en la figura 95, junto al broche, se identifica el puente de una fibula, una posible pulsera, varias grapas, junto a otros fragmentos difíciles de identificar por tanto, es el broche la única pieza que podemos fechar, ya que la fibula carece del rasgo morfológico que permita determinar el tipo correspondiente. El enterramiento 23, cuyo contenido podemos ver en la figura 113, contiene además del broche, unas pinzas y fragmentos de cuentas y de vástagos apuntados de hierro. De nuevo es el broche el elemento que nos ofrece una mayor seguridad cronológica. El enterramiento 38, vemos su contenido en la figura 128, se nos muestran otras piezas interesantes como un fragmento de torques, un bello collar formado por gruesas cuentas, el remate sencillo de una posible fibula de pie vuelto y botones de difícil datación, es de nuevo el broche la pieza que mejor puede datar el conjunto. En el enterramiento 68, como podemos comprobar en la figura 154, pudo haber dos magníficos collares además de un anillo de tipo cinta o lámina, el puente de una posible fibula de pie vuelto y el fragmento de pie y parte del puente de una fibula de bucle, entre las piezas reconocibles. Este conjunto estaría pues más cercano a las fechas propuestas para las fibulas de bucle, es decir a mediados del siglo VI a. C.

A los conjuntos con broches de tipo triangular, podríamos atribuir según este planteamiento, una cronología entre el 500 y el 300 a. C. Corresponden a los enterramientos 64 y 74, figuras 151 y 159 respectivamente donde no encontramos elementos de ajuar que contradigan esas fechas.

El ejemplar de escotaduras abiertas, enterramiento 24, figura 114, está asociado a dos fibulas de pie vuelto, modelo navarro-aquitano que como más adelante analizamos tienen una cronología clara en esta I Edad del Hierro.

De los tres broches de escotaduras cerradas, el ejemplar completo del enterramiento 19, está asociado a un rico ajuar, figura 107, que como podemos ver contiene un ejemplar de fibula navarro-aquitana, de los otros dos; uno es del nivel superficial y el otro del enterramientos 6, nivel D, con escaso ajuar. El ejemplar del enterramiento 19 está asociado a una fibula navarro-aquitana, por tanto podemos considerarlo propio del tercer periodo de Mohen, entre el 540-450 a.C., cuando el tipo está ya bien definido

Del análisis de esta pieza podemos deducir una diferencia cronológica que cabe aplicar a los enterramientos correspondientes permitiéndonos establecer, de una manera genérica esta seriación: entre el 800-700 a.C. se encontrarían enterramientos 3, 23, 38 y 68, que son los que tienen broches de placa cuadrangular; entre el 500-300 a.C. los enterramientos 64, 74, con broches de placa triangular y por último en fechas similares, entre el 540-450 a.C. se incluirían los enterramientos 19, 24 y 6 del nivel D, con ejemplares de escotaduras abiertas y cerradas. De ser estas fechas aceptables, tenemos unas diferencias de 200 a 300 años, espacio de tiempo en el que quizás estuvo en uso esta necrópolis.

2.-Fibulas

La fibula, por el hecho de su funcionalidad, a la que hay de añadir el ser un elemento de adorno, es un vestigio muy frecuente en los ajuares de la época que estamos estudiando.

Sabemos que va evolucionando para atender a esas dos prioridades, la práctica y la estética. Los modelos surgen en centros de producción y se expanden hasta llegar a puntos más o menos alejados. Los tipos que hemos encontrado en el ajuar de las gentes de El Castejón, son en su mayoría los habituales en este momento y área geográfica pero, como reseñamos a continuación, hay también algunos modelos menos frecuentes.

Hemos contabilizado, procedentes de distintos enterramientos, un total de 27 fragmentos / piezas que podemos ver en la figura 204. Según este dato, debemos reconocer que no resulta una pieza muy frecuente, pero quizás el número que manejamos se ve mermado por que la pieza ha sufrido mucho con la acción del fuego y no siempre resulta fácil su identificación, podemos asegurar que había más de las que ahora consideramos como tales.

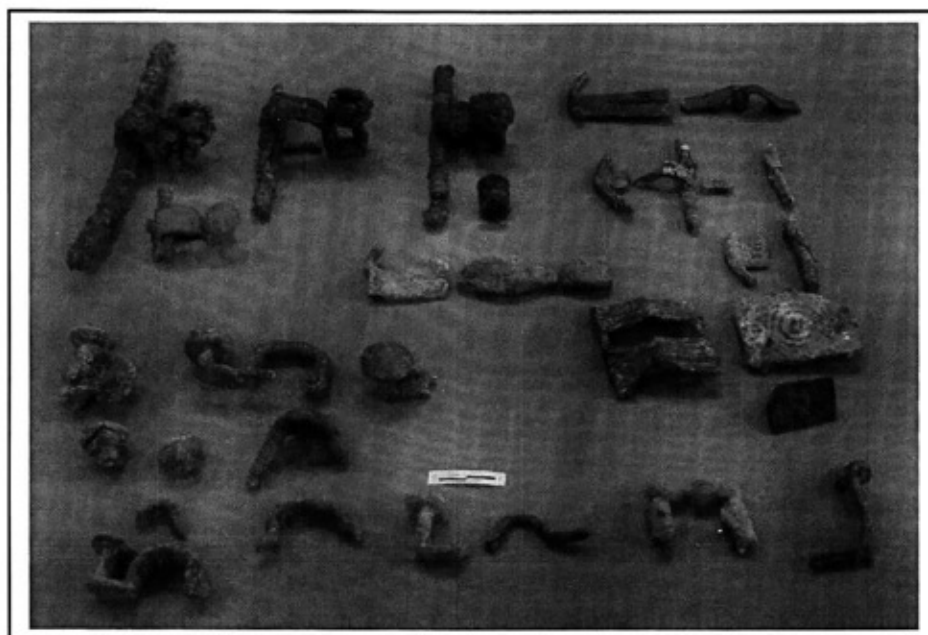


Figura 204.- Conjunto de las fibulas recuperadas en la necrópolis.

De doble resorte. Este tipo ha sido estudiado por numerosos autores y gracias a las distintas aportaciones hechas, podemos comprobar que es un modelo ampliamente representado en buena parte de los lugares correspondientes a este ámbito geográfico: valle del Ebro, llegando al sureste de Francia y cuencas altas del Duero, Tajo y Jalón, a lo largo de la I Edad del Hierro. Fue un diseño bien acogido, de posible origen itálico-mediterráneo que su perduración en el tiempo genera las consabidas variantes. Los primeros ejemplares son sencillos y como suele ocurrir, con el paso del tiempo se van complicando: alargando y ampliando el pie y el puente.

Entre el material de El Castejón, no se ha encontrado ninguna pieza completa de este modelo, circunstancia que nos condiciona al pretender clasificar los fragmentos identificados. Como podemos ver en la figura 205, el recuperado en el enterramiento 64, corresponde al puente, laminar y fino, que cabe considerar propio de los modelos más antiguos, al igual que el fragmento de pie del enterramiento 73, por ser poco desarrollado. En cuanto al tercer ejemplar también le podemos atribuir su ejecución a los momentos iniciales, dada su tosquedad aunque este hecho puede explicarse también por ser una pieza de elaboración en talleres locales.

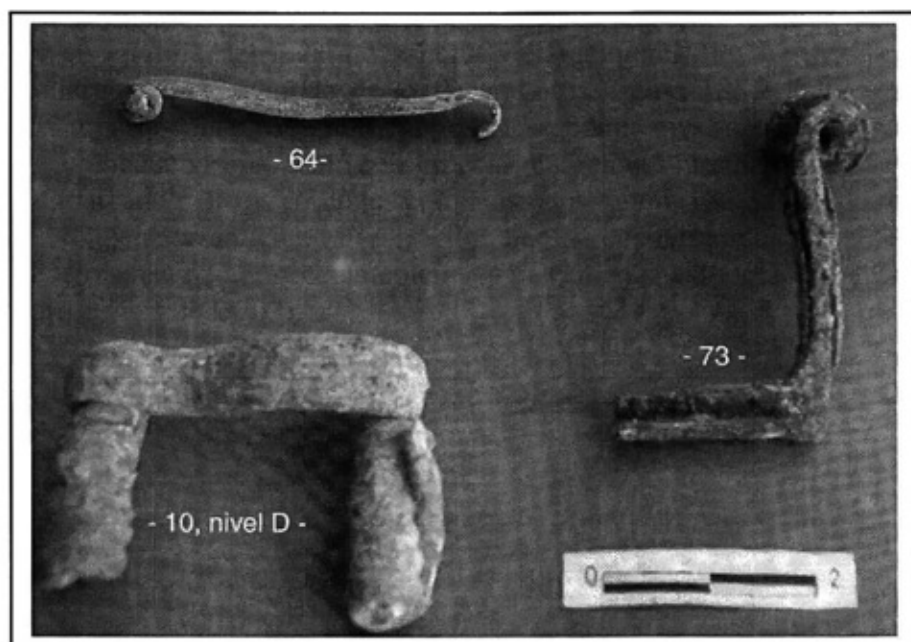


Figura 205.- Fragmentos de posibles fibulas de doble resorte.

Como podemos comprobar, en el ajuar de cada uno de ellos, se encontraba el correspondiente torques, no sabemos de momento si esta asociación esconde un significado concreto.

En otros lugares de la Comunidad Foral Navarra se conocía la existencia de este tipo de fibula: en el Alto de la Cruz está bien documentada, tanto en el PII a como en PII b; para Maluquer de Motes tales piezas deben considerarse en el caso del PI a, entre el 800-650 a. C., caracterizadas por tener el pie corto y sencillo, y las del PII b, entre el 650-550 a.C. con el puente laminar y el pie ancho y arrollado (Maluquer de Motes, J. 1954, 135); en la necrópolis de La Torraza, en Valtierra, se consideran también de este tipo dos pequeños fragmentos de pie (Maluquer de Motes, J.1957, 39). Por último en Altikogaña, se localiza en superficie una pieza bastante completa, de una buena

ejecución técnica, que al igual que el fragmento del enterramiento 64, tiene el puente laminar, (Castiella, A. 1986, 168). Sin embargo nos sorprende no encontrar este tipo de fíbulas entre las piezas incluidas en el reciente catálogo referido a la necrópolis de El Castillo, en Castejón, circunstancia que no quiere decir que no se encuentre entre los elementos de ajuar, pues lo expuesto es una parte muy reducida de lo encontrado en esta interesante necrópolis.

La fibula de **tipo de bucle**, es fácil de identificar por las características que la definen. No se encuentra ninguna completa y las que consideramos como tal, están bastante castigadas por los ritos padecidos. En las figuras que ilustran estas páginas, figuras 206-208, podemos ver en detalle lo que decimos.

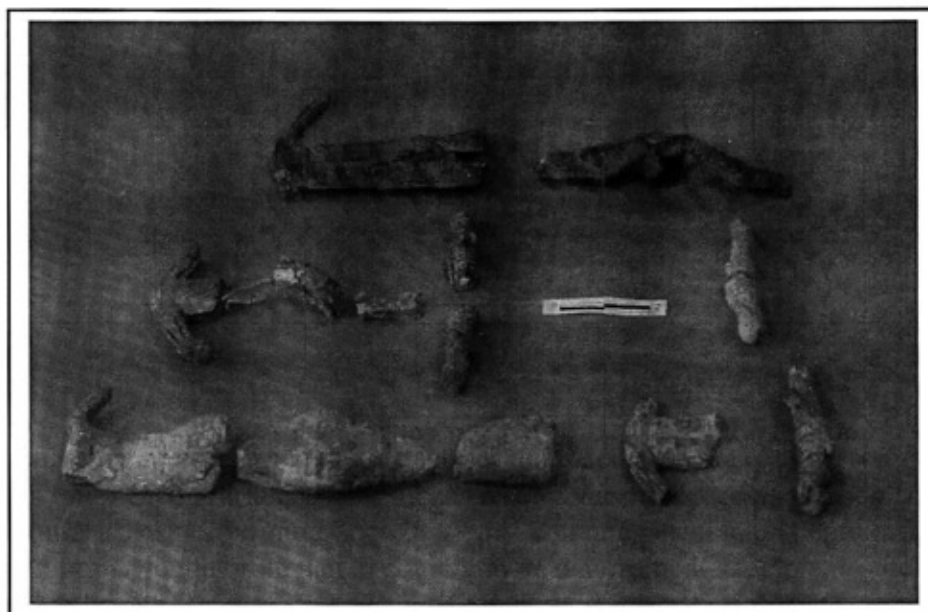


Figura 206.- Conjunto de las fíbulas consideradas del tipo bucle.

En el caso de los fragmentos recuperados en el enterramiento 2, figura 207,1, responden a una pieza de claro diseño en el que el desarrollo del pie es muy grande como ocurre en modelos de este tipo que están bien representados en los ejemplares recuperados en el Alto de la Cruz, y no parece tener mayor dificultad la identificación de los mismos con el tipo que estudiamos. El ajuar de este enterramiento contiene a su vez varios fragmentos de un torques de vástago liso, que junto a pequeños fragmentos de arandelas y otros elementos, podemos considerar que se trata de un enterramiento de una cierta relevancia. La duda es mayor a la hora de clasificar los fragmentos del enterramiento 68 y 15 por el reducido tamaño de lo conservado y lo castigados que se encuentran por el fuego como podemos comprobar en la figura 207, 2 y 3, pues nos faltan los fragmentos del puente, y los del pie y muelle, que son los que mejor la definen.

En el caso del enterramiento 68, el ajuar constituye uno de los conjuntos más ricos de la necrópolis, figura 154, cuenta con dos espléndidos collares y un broche de cinturón de morfología cuadrada, que atendiendo a la posible fibula de bucle hemos fechado a mediados del siglo VI a. C., es la fecha más antigua asignada a los distintos ejemplares de fíbulas de bucle encontradas en el Alto de la Cruz (Taracena, B. Farrés,

G. 1954, L.XXII y Maluquer de Motes, J.1954, 144). El enterramiento 15 contenía, como podemos ver en la figura 101, una pequeña pieza áurea, junto a otros fragmentos de piezas muy castigados por el fuego, que no nos permiten precisar la datación.

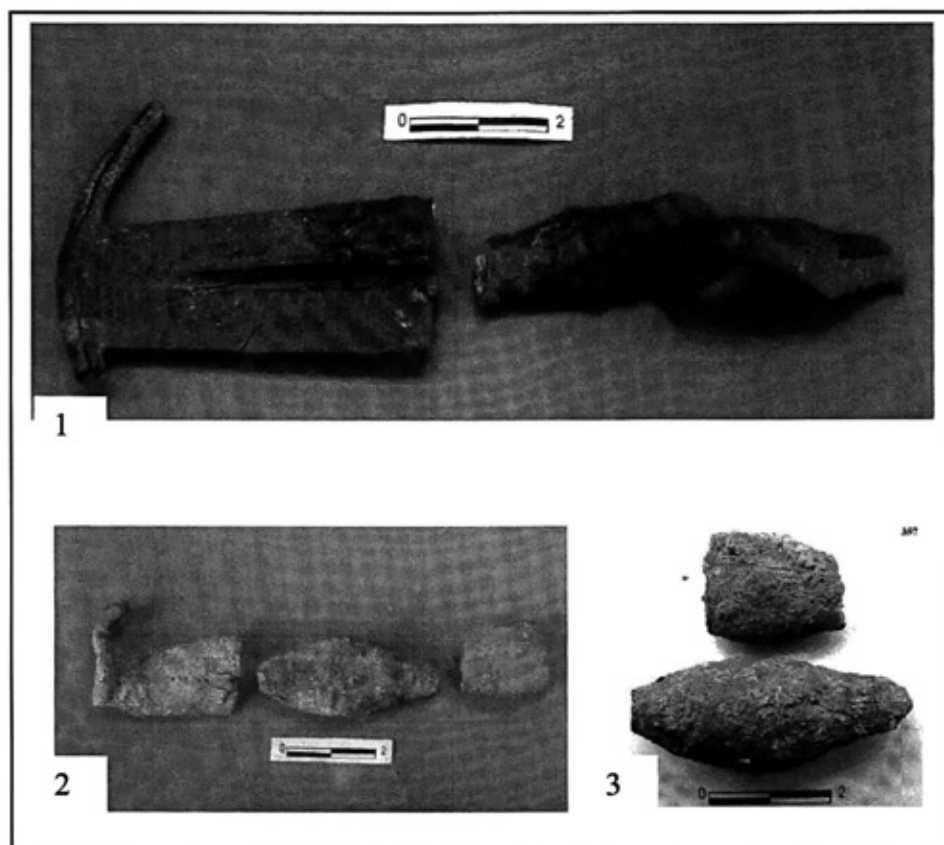


Figura 207.- Fragmentos de fibulas de bucle recuperadas nº 1 en el enterramiento 2; nº 2, en el 68 y nº 3, en el 15.

El ejemplar del enterramiento 58, figura 208,1, bien podemos incluirlo en el tipo que ahora estudiamos, sin embargo, tiene rasgos que lo asemejan a una variante del mismo, que Argente ha denominado **de áncora**, e identifica con el modelo 5, modelo al que sí corresponde los fragmentos que formaban parte del ajuar 72, que podemos ver en la misma figura. (Argente, J. L. 1994).

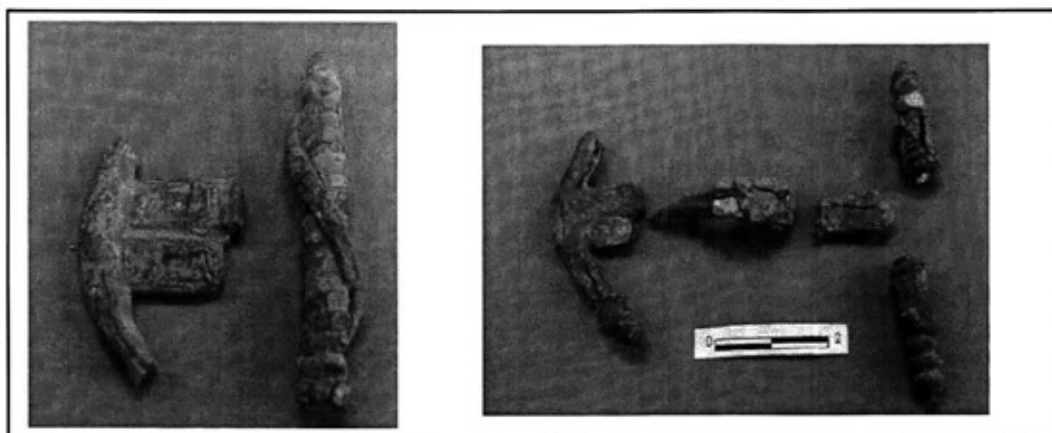


Figura 208.- Fragmentos de fibula del modelo de bucle. Enterramiento 58 y 72.

En número de diecisiete son, entre piezas y fragmentos, los que podemos englobar en el amplio grupo de **pie vuelto con botón terminal**, en el que podemos diferenciar las once de este tipo propiamente dicho, que podemos ver en conjunto en la figura 209, y el grupo de seis, denominado por Maluquer de Motes, como **navarro-aquitanas**, denominación no seguida por todos los autores, figura 213.

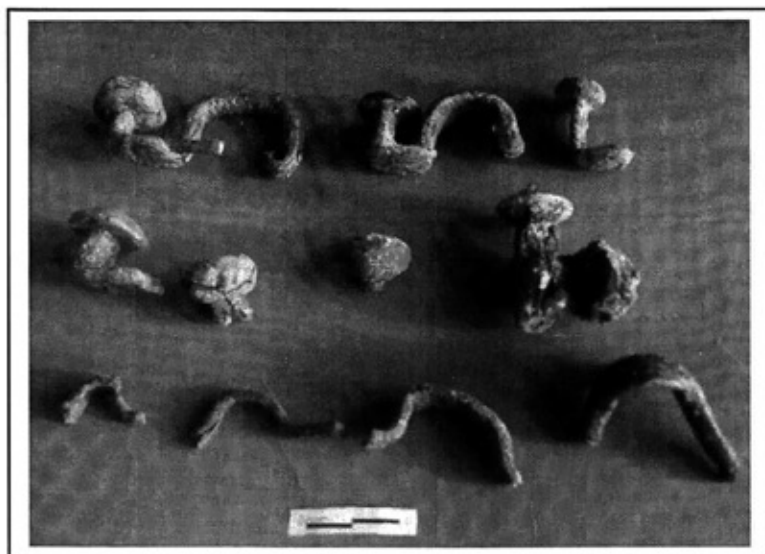


Figura 209.- Conjunto de fibulas de pie vuelto con botón terminal.

Los once ejemplares de pie vuelto con botón terminal, tienen, con algunas reservas, un diseño sencillo. Son piezas de tamaños varios, pero dentro de lo que podemos considerar pequeño, con diferentes rasgos como vamos a ver a continuación al analizarlas con más detalle.

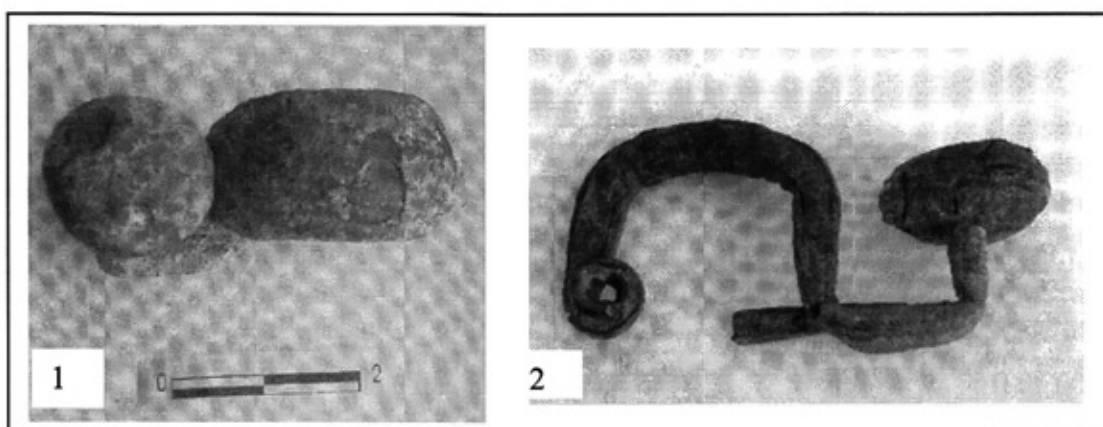


Figura 210.- Ejemplares de fibulas de pie vuelto 1, nivel superior; 2, enterramiento 56.

Los ejemplares de la figura 210, se encuentran casi completos, falta en ambos el muelle y la aguja, pero nos muestran el diseño proporcionado de todas sus partes. En el caso del ejemplar del enterramiento 56, figura 210,2, el resto de su ajuar, figura 143, no permite precisar una cronología para este tipo de fibula, que genéricamente se encuadra en la I Edad del Hierro.

Piezas similares a estas serían los fragmentos que reunimos en la figura 211, en estos casos, hemos recuperado el remate del pie, en forma de botón, que asimilamos a este tipo de fibula. Podemos comprobar que son de tamaño reducido, de forma redondeada o cónica, destacando el fragmento recuperado en superficie, nº 42, de inventario, figura 211,5, que pudo llevar dos pequeños discos similares a los recuperados en el nivel B, tal como podemos ver en la figura 211, 6. Estos discos son por otra parte frecuentes en este tipo de fibulas, en ocasiones como remate del pie o del muelle.

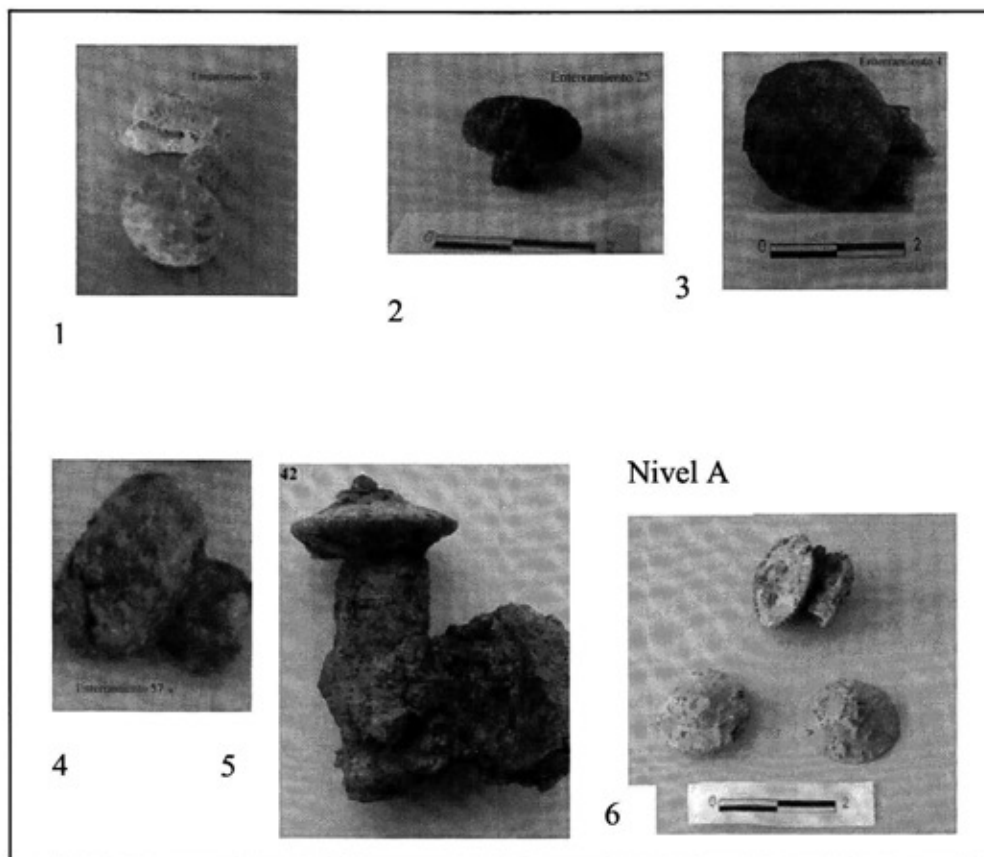


Figura 211.- Remate en botón de fibulas de este modelo.

El mismo número de fragmentos se identifica como correspondientes al puente, aunque en estos casos, falte el atributo que les caracteriza, el pie. Son, como podemos ver en la figura 212, muy pequeñas y de las cuatro, el ejemplar del nivel A destaca por su calidad técnica, vemos que en esta pieza, 211,4, el puente se amplía, hasta alcanzar una forma circular que se decora con fuertes estrías. Este mismo diseño lo encontramos en varios ejemplares de la zona francesa de Avezac-Prat (Mohen, J. P. 1980, Pl. 51).

Al ser un diseño fácil, es muy frecuente tanto en El Castejón como en otros lugares de Navarra así en La Atalaya están localizados ocho ejemplares a los que se considera, dada la variedad de los diseños, que el tipo no está aún fijado, si bien luego alcanzará gran difusión en las culturas de la Edad del Hierro en la Meseta (Maluquer de Motes, J. Vázquez de Parga, L. 1957,140) y en Altikogaña con seis. Los ejemplares de El Castejón se caracterizan por la sencillez de su diseño.

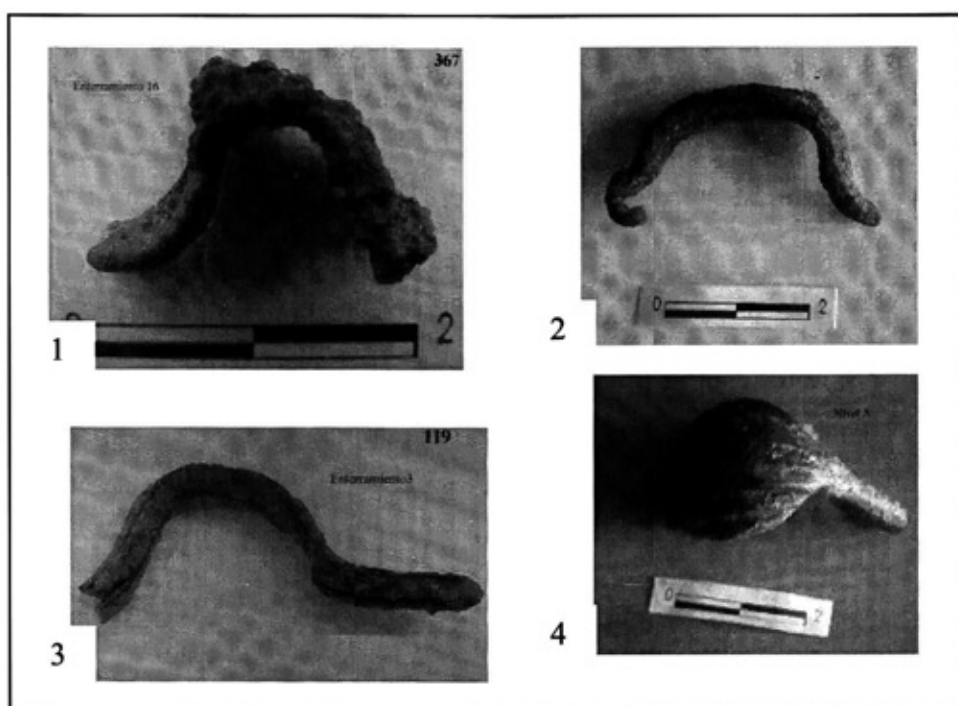


Figura 212.- Fragmentos de puente de fibulas de pie vuelto.

El grupo de piezas que analizamos a continuación constituyen una variante de las de pie vuelto, por la singularidad que ofrece el desarrollo del resorte bilateral; fueron denominadas **navarro-aquitanas** por Maluquer de Motes al apreciar las semejanzas que tenían las fibulas localizadas en La Atalaya, con las recuperadas en distintos lugares de la región Aquitana.

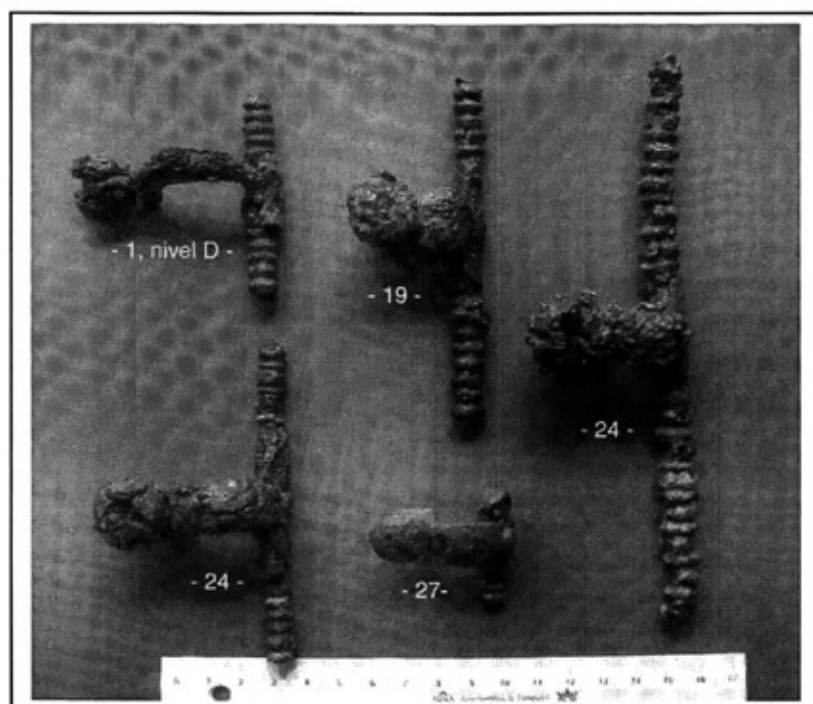


Figura 213.- Fíbulas de tipo de pie vuelto: navarro-aquitanas, procedentes de distintas incineraciones.

Los magníficos ejemplares de la necrópolis de El Castejón, como podemos ver con más detalle en la figura 213, se diferencian por el tamaño, pero ofrecen una total similitud formal y técnica. Fueron realizados en hierro y bronce: el hierro para el puente y el pie, mientras que el muelle fue hecho alternando discos de hierro y bronce.

El puente y el pie son de diseño similar en todos los ejemplares, varía únicamente el hecho de tener una mayor o menor amplitud del puente, tal como podemos comprobar en la figura 214, 1 y 3; la terminación del pie en un botón hemisférico de igual diseño, se repite en todos los casos. El muelle sigue siempre el mismo esquema, con unos discos de tamaño reducido que alternan como es frecuente en este modelo, el empleo del hierro y el bronce; el remate del muelle no siempre se ha conservado, pero cuando lo ha hecho, está en justa proporción al tamaño del muelle, figura 214, 2 y 4. Un detalle singular es el que nos ofrece el ejemplar del enterramiento 27, el único que no ha sufrido los rigores del fuego y conserva, figura 214, 4, un pequeño botón, a modo de remate, en el punto de unión del arco con el muelle.

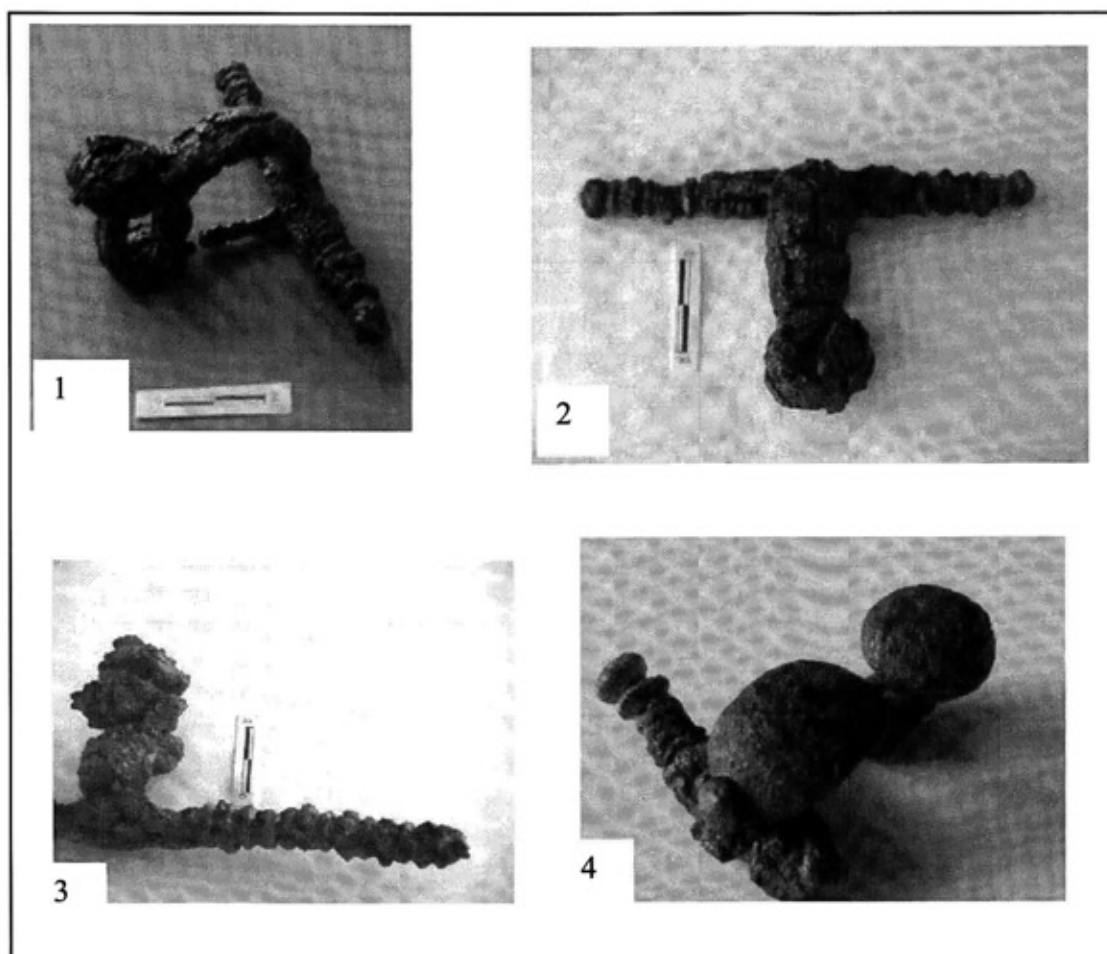


Figura 214.- Distintas posiciones de estas piezas.

Este tipo de fibula fue identificado en Navarra por Maluquer de Motes, como decíamos, al estudiar el ajuar de la necrópolis de La Atalaya (Maluquer de Motes, J.1957, 139). Las piezas de La Atalaya, se reducen a fragmentos de dos ejemplares, y tienen una clara diferencia en el diseño respecto a las de El Castejón, ya que, como podemos ver en la figura 215, 1 y 2, el muelle o bien es una barra lisa con un pequeño

número de discos en los extremos, o los discos se suceden en mayor número, ocupando buena parte de la barra que constituye el muelle. El hallazgo del conjunto de El Castejón, viene a confirmar que este diseño realmente tuvo éxito en Navarra, además, en fechas recientes, en la excavación de la necrópolis de El Castillo en el lugar próximo a Arguedas, en Castejón, se han recuperado algunas fibulas de este tipo, como podemos ver en la citada figura 215, 3 piezas que corroboran la aceptación que tuvo el tipo en esta zona.

Se trata de una pieza característica de la I Edad del Hierro que fue bien estudiada por Mohen en su obra *L'âge du fer en Aquitaine*. Mohen no tiene inconveniente ante el importante número de piezas encontradas en considerarlas un tipo propio de la zona, y lo identifica como tipo aquitano, en las que diferencia las que tienen un muelle largo no desbordante, tipo 3222, en las que se pueden incluir los ejemplares de El Castillo, de las de muelle desbordante, tipo 3223, que corresponderían a las de La Atalaya y El Castejón, dentro de la tipología establecida. En la figura 128 de la citada publicación incluye los lugares donde esta pieza se localiza y en las láminas correspondientes los dibujos que acreditan su agrupación (Mohen, J.L.,1980).

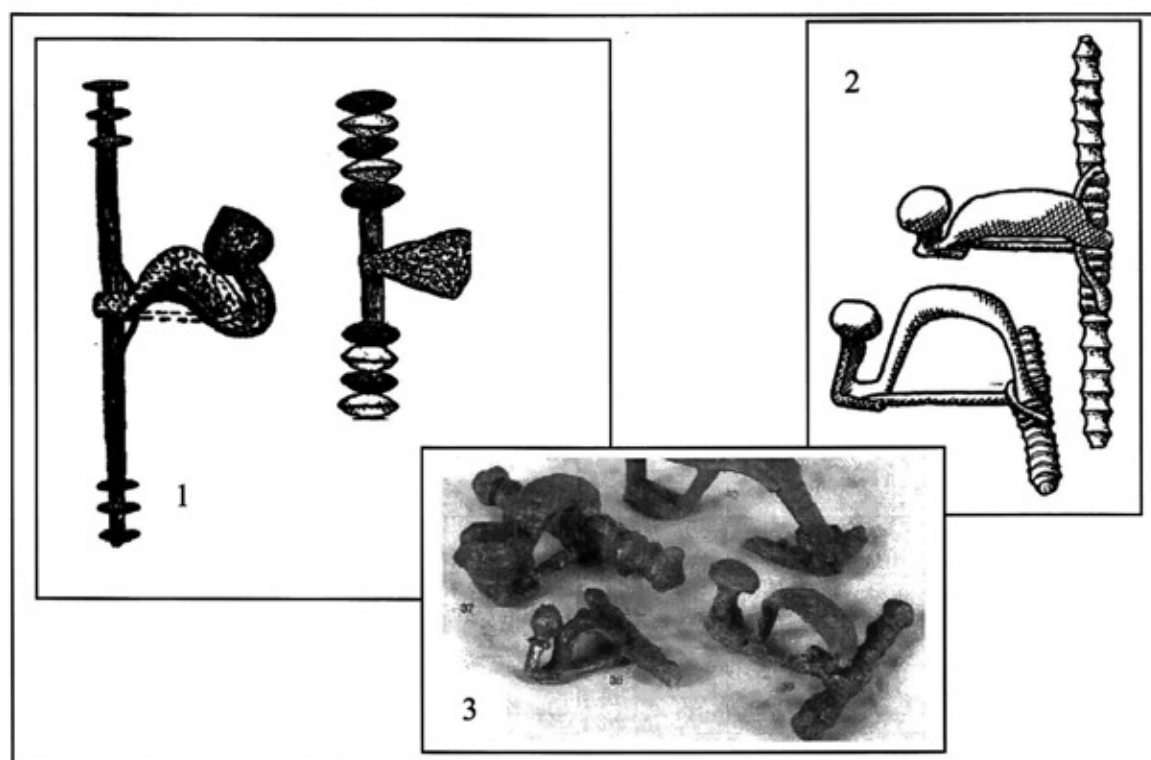


Figura 215.- 1, fibulas navarro-aquitanas localizadas en La Atalaya, según Maluquer de Motes. 2, fibulas aquitanas de Avezac-Prat, según Mohen, y 3, fibulas asimilables a este tipo, El Castillo, Castejón, (Faro, J. A.2002).

En cuanto a la cronología de estas piezas podemos afirmar con Mohen que es un vestigio bien característico de la I Edad del Hierro, para este autor, es uno de los elementos que le permite determinar distintos periodos dentro de la Edad del Hierro así, el segundo periodo, con una cronología entre el 600-540 a.C., estaría representado por el tipo 3222; y el periodo tercero, entre el 540-450 a.C., por el tipo 3223.

En Navarra estas piezas están bien representadas y los ejemplares de El Castejón nos indican una uniformidad que responde a una autoría común, realizadas en algún taller que se adaptaba a los gustos de sus clientes y que por eso se diferencian las que lucían las gentes de El Castejón, de las de El Castillo, o al otro lado de los pirineos. El importante número de piezas que van conociéndose en esta zona, confirma que fue acertada la denominación dada por Maluquer: navarro-aquitano, pero habrá que estar atentos a nuevos hallazgos para poder corroborarlo definitivamente.

Por último analizamos un grupo de cuatro ejemplares que corresponden al tipo denominado **fibula-placa**. Las tres piezas de la figura 216, tienen la placa rectangular y la pieza de la figura 220, circular.

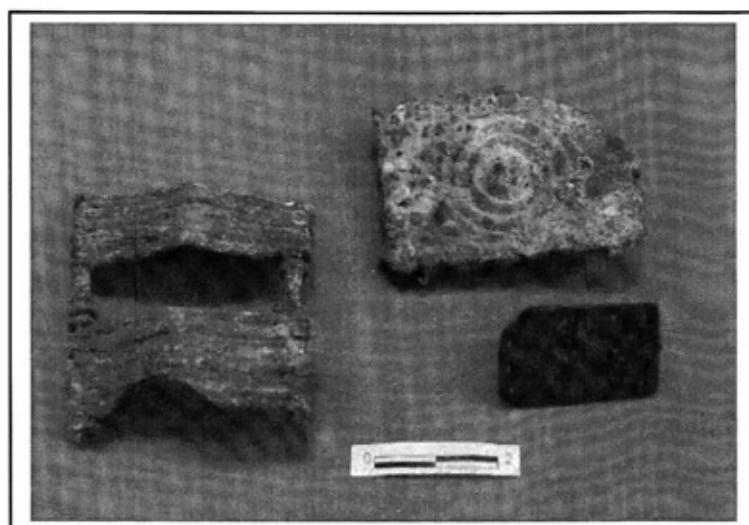
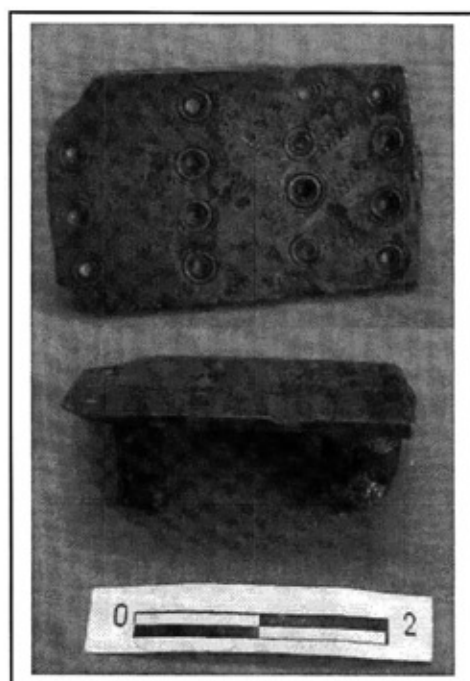


Figura 216.- Ejemplares de fibulas – placa rectangular procedentes de El Castejón.



De las tres fibula-placa, esta que vemos en la figura 217, se recuperó en el nivel superficial de la necrópolis.

Se encuentra en un estado de conservación óptimo, probablemente no sufrió los efectos de la cremación.

Observada con detenimiento se advierte que junto a la precisión en el manejo del troquel y la incisión, no hay mucho cuidado en la distribución del diseño. A pesar de estas advertencias, resulta una pieza muy bella, de reducidas dimensiones, 2,8 cms., a la que le falta la aguja. El pie y la cabeza son similares a las que tienen los ejemplos aquitanos (Mohen, J. P.1980, Pl.57,14 y 15).

Figura 217.- Fíbula-placa recuperada en el nivel superficial.

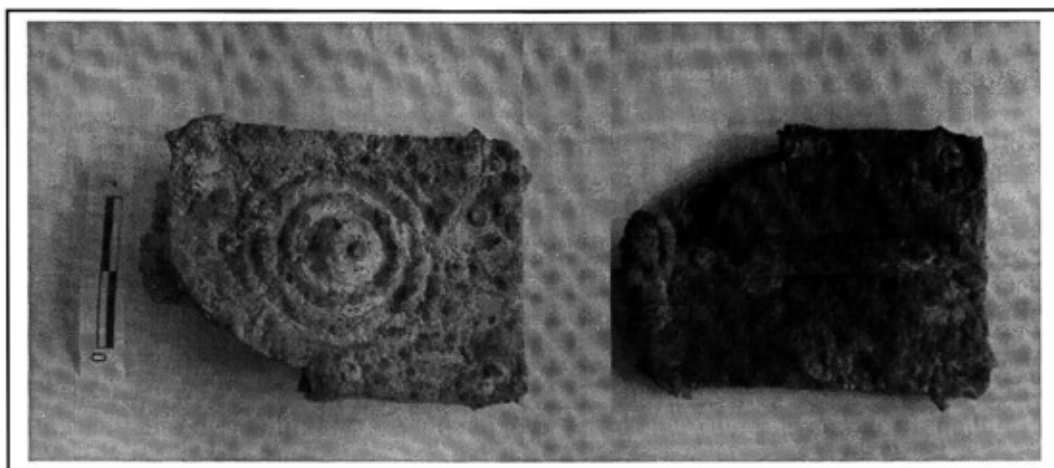


Figura 218.- Fíbula placa localizada en el enterramiento 70.

De dimensiones similares, pero más castigada por el fuego es este segundo ejemplar de fibula-placa. Como podemos comprobar, en la cara principal, en su parte central se realizaron una serie de círculos concéntricos, motivo habitual en esta época que se representa en numerosas piezas. La parte posterior nos permite comprobar como por medio de una estrecha tira, sujeta por dos remaches, se soporta el muelle y la correspondiente aguja, ya perdida, así como el pie que tampoco se conserva.

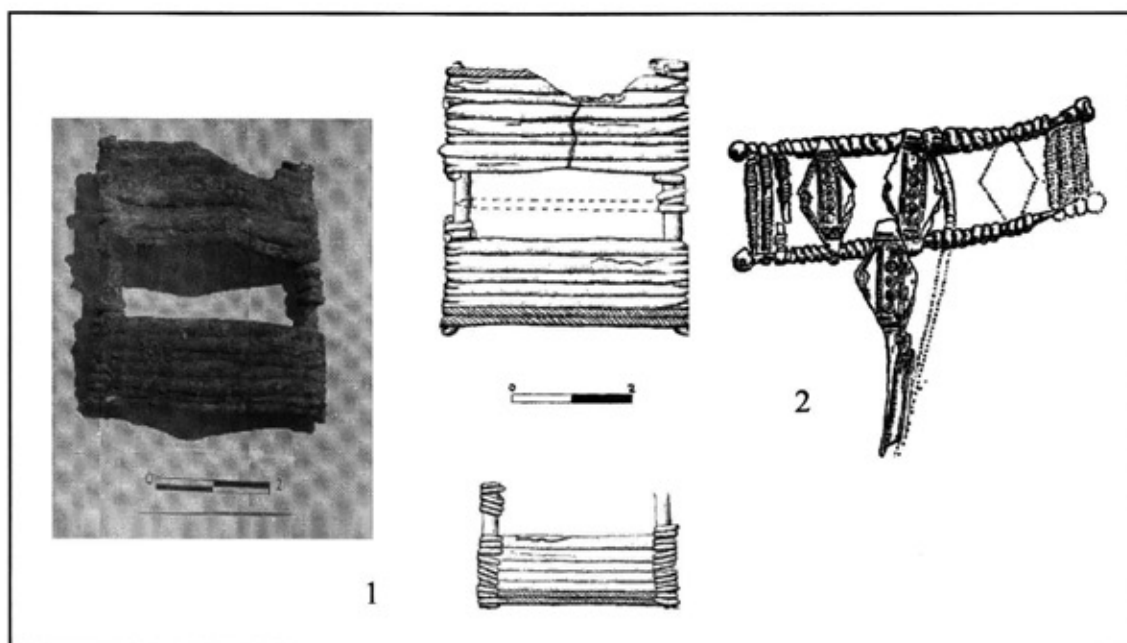


Figura 219.- 1, Novedoso diseño de posible fibula placa o parte de una fibula de bucle de El Castejón. 2, fibula de bucle procedente de Agullana, según Cuadrado.

En la figura 219, 1, vemos con detalle este fragmento de fibula que puede ser un diseño más, dentro del modelo de fibula-placa que estamos estudiando. El modelo ofrece algunas peculiaridades pues la placa no es tal ya que tiene la zona central vacía, pero la forma y tamaño son similares. En nuestra búsqueda de paralelos a estas piezas, hemos reparado en un ejemplar de tipo bucle, localizada en la necrópolis de Agullana

(Gerona), y que reproducimos en la figura 219, 2 para comprobar que nuestra pieza, también puede ser parte de una fibula de bucle con las características que vemos.

Por último incluimos en este apartado un fragmento de una posible fibula-placa, que, como podemos ver en la figura 220, presenta algunas diferencias: la placa es circular y tienen el resorte o muelle en un lateral, no debajo de la placa, como otros ejemplares meseteños y aquitanos, salvo un ejemplar fragmentado recuperado en el túmulo G de Mios (Girona) que al igual que nuestro ejemplar, tiene el resorte lateral Mohen, J. P. 1980, Pl.147,7). Es una pieza de tamaño pequeño, la placa que cubre el círculo, marcado por un alambre, no es muy consistente, nos recuerda al diseño recuperado en la necrópolis próxima de El Castillo, como podemos ver en la figura 220,3, razones todas por las que la presentamos con las consabidas reservas

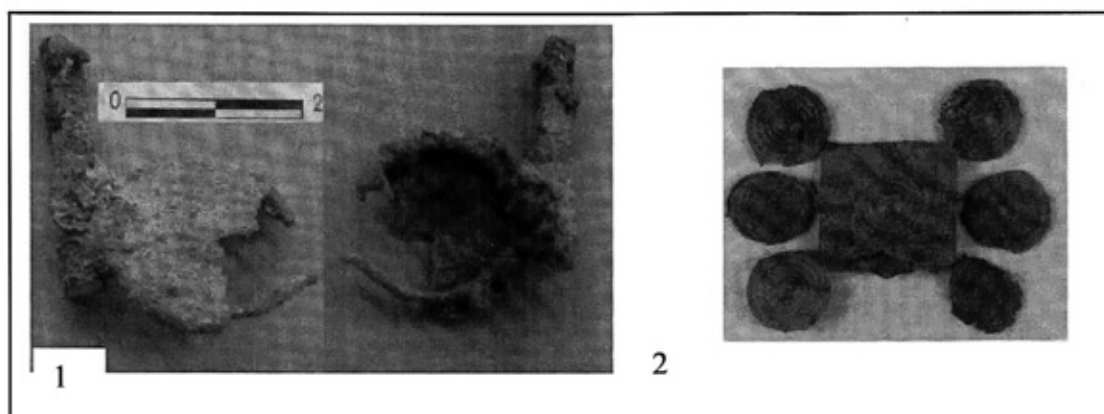


Figura 220.- 1 Anverso y reverso de una posible fibula-placa de El Castejón. 2, Fibula placa de El Castillo (Faro, J.A.2002).

De todos los tipos de fibulas recuperadas en los ajuares de las gentes de El Castejón, el que resulta más novedoso en nuestro territorio es el que acabamos de estudiar, denominado fibula-placa, pues no estaba documentado hasta ahora en Navarra.

Creemos que el primer intento de clasificación de una pieza de este tipo se debe a M^a L. Cerdeño al estudiar los ejemplares procedentes de Molina de Aragón en 1980. Resultaba un diseño poco frecuente, en el que la aguja y el pie quedaban ocultos por la placa que era, circular en un caso, y rectangular en otro (Cerdeño, M^a L.1980). En su búsqueda encuentra más casos de fibulas con la placa circular, como es el caso de los ejemplares de la necrópolis de Navafría en Clares, provincia de Guadalajara y otro en la necrópolis de Mas de Mussols en La Palma, Tortosa, pero en este caso la sujeción de la aguja responde al tipo de doble resorte razón por la que Rosario Navarro las considera una variante de este tipo. Esta autora advierte de las semejanzas de estos ejemplares con otros localizados en el sur de Francia concretamente en las necrópolis de Grand-Bassin II y Avezac-Prat, (Navarro, R. 1970). En el yacimiento de La Umbría, Daroca, se recupera según Aranda, un ejemplar de placa circular junto a otro del tipo navarro-aquitano. (Aranda, A. 1991).

Los ejemplares de Molina de Aragón, dado la sencillez de su ejecución parecen responder a un tipo simple y primitivo y en cuanto a su origen, siguiendo a Cerdeño *“parece clara su filiación europea no solo por haber aparecido en una necrópolis de*

incineración de los campos de urnas sino porque, además, no conocemos nada semejante en el ámbito mediterráneo que permita volver los ojos hacia las culturas orientales”. (Cerdeño M^a L. 1980, 138)

Años más tarde, en 1994, J.L. Argente, las incluye en su estudio sobre las fibulas de la Meseta oriental, y corresponden al tipo 9 b y dice de ellas: “*solo en la Meseta oriental se produce el tipo de fibulas que ahora tratamos. Presentan en la zona catalana unos ejemplares que nos indican el posible camino que pudieron llevar los ejemplares del modelo 9, camino que sería marítimo, posiblemente procedente de Italia y que a través del valle del Ebro, llegaría a la Meseta, utilizando la vía de penetración del valle del Jalón*” nosotros, continuando con el texto de Argente añadimos que por la vía del Ebro alcanzó el actual territorio de Navarra y llegó hasta las gentes de El Castejón como lo demuestran los ejemplares expuestos.

Como hemos dicho, en las excavaciones en curso de la necrópolis de El Castillo, localidad próxima a Arguedas, se han localizado varias fibula-placa de diseño similar entre ellas, como se puede ver en el catálogo de reciente publicación correspondientes a las piezas 2.33 a 2.36, y algo distintas a las de El Castejón ya que a la placa, se añaden en los cuatro ángulos, pequeños adornos circulares decorados con círculos concéntricos.

Los hallazgos navarros, ponen en evidencia que el tipo de fibula-placa no se circunscribe a la meseta oriental, y si hemos de incluir también los ejemplares franceses localizados en varios enterramientos de las necrópolis de Mailac: Grand-Bassin II; las de Ger y Avezac-Prat, el panorama resultante, como podemos ver en la figura 221, se amplía considerablemente y nos permite comprobar que determinadas novedades, como puede ser el diseño concreto de una pieza, llegan aprovechando la vía del Ebro, y se transmiten por sus afluentes, que actúan como rutas secundarias. Y que a ambos lados de la cordillera pirenaica, hay relación a través de los pasos naturales de su lado oriental.

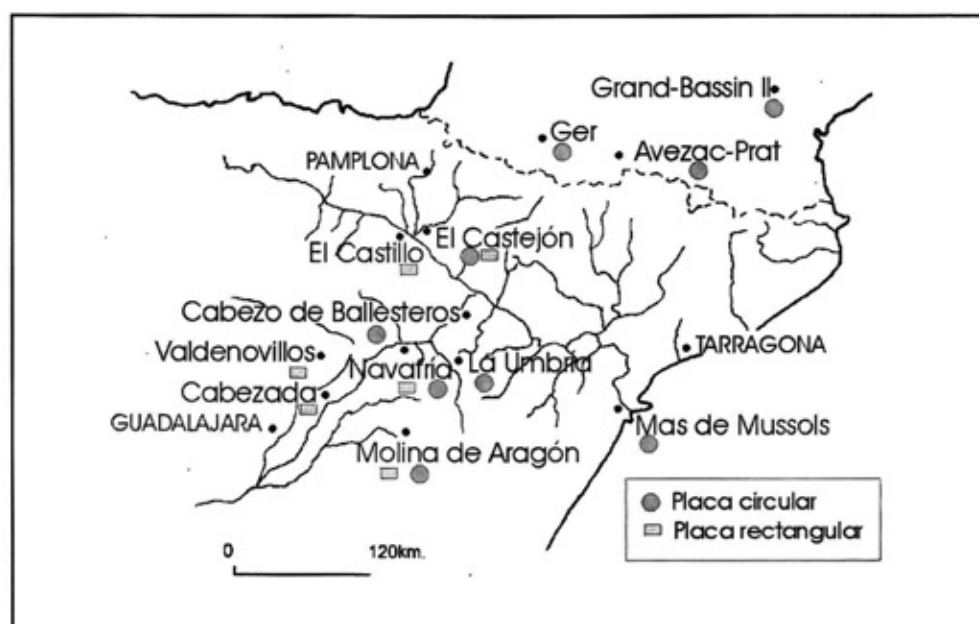


Figura 221.- Dispersión de las fibula-placa en el noreste peninsular.

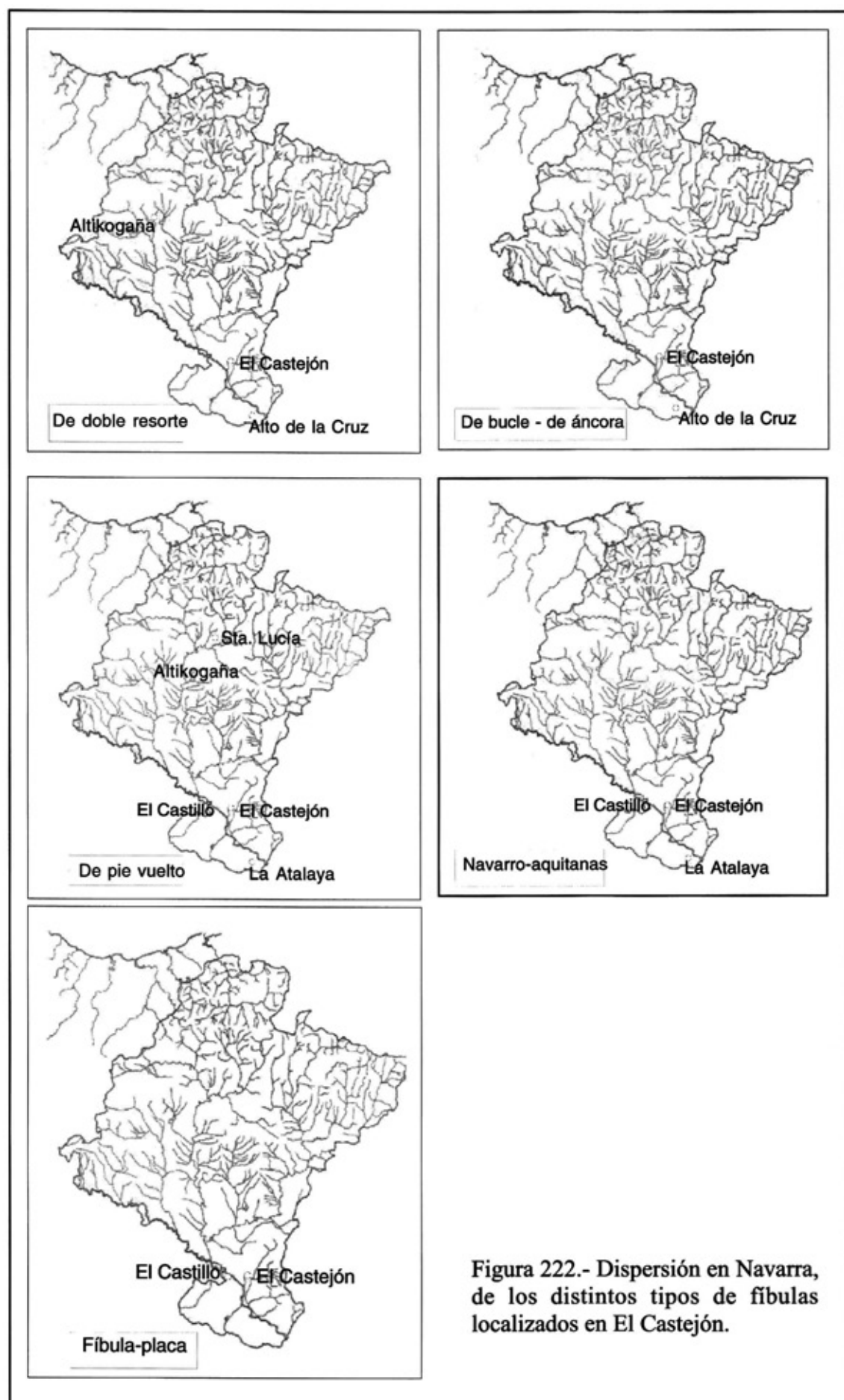


Figura 222.- Dispersión en Navarra, de los distintos tipos de fibulas localizados en El Castejón.

El resto de los tipos de fibulas reseñados hemos visto que son diseños ya conocidos en los yacimientos navarros, como queda reflejado en la figura 222, veamos a continuación que cronología puede considerarse adecuada para cada uno de estos tipos diferenciados y sus correspondientes enterramientos.

Las fibulas de doble resorte están bien representadas en nuestro territorio así veíamos como en el poblado del Alto de la Cruz se contabilizan siete ejemplares, proceden del PII en sus niveles a y b para los que se atribuye una datación entre finales del siglo VIII y mediados del VI a. C. otro ejemplar, encontrado en superficie, procede del lugar conocido como Altikogaña, en el término de Eraul en Tierra Estella, es un fragmento de puente laminar y amplio desarrollo del pie, muy similar a alguno de los ejemplares del Alto de la Cruz y del fragmento del enterramiento 64.

Además de las cronologías atribuidas a la fibula de doble resorte localizadas en el Alto de la Cruz, que al proceder de niveles medios, tienen una datación amplia, consideramos la propuesta por Cuadrado, que abarca desde algo antes del 650 para los ejemplares más antiguos, con una evolución que llega al 550 a.C. (Cuadrado, E. 1963). Respetamos para las piezas de El Castejón esta cronología antigua, puestos que los fragmentos disponibles están lejos en su morfología de los rasgos que presentan los ejemplares evolucionados y veremos como pueden encajar estas dataciones con el resto de los elementos de ajuar en los que se encuentran. En el enterramiento 64 coincide con un magnífico broche de placa triangular al que habíamos considerado de una cronología entorno al 500 a. C. y un torques del que como más adelante veremos, es difícil precisar cronología; en el caso del enterramiento 73 tenemos de nuevo la asociación con un torques, de vástago sogueado, que cabe atribuir una fechación tardía. Por último el ejemplar del enterramiento 10 del nivel D, aparece asociado a un torques de vástago liso y otros elementos de fechación imprecisa. Por tanto, atendiendo a esta pieza, los conjuntos en los que se encuentran: 64, 73 y 10 del nivel D, hemos de considerarlos de los más antiguos de la necrópolis pero en el caso del enterramiento 64, el broche de placa triangular nos indica

Los fragmentos de fibulas de bucle-áncora localizados en el Alto de la Cruz, en el nivel superior del poblado, tiene una cronología del 440 al 330 a.C. fecha que indica la perduración de este tipo que se documenta desde la segunda mitad del siglo VI hasta mediados del IV a. C. El modelo de áncora, fue también reconocido en el PI a del Alto de la Cruz. Las piezas de este tipo recuperadas en El Castejón, están muy castigadas por el fuego y solo la recuperada en el enterramiento 2 nos permiten comparación, vemos que se trata de un ejemplar similar a los del poblado de Cortes; la fecha de mediados del siglo V a mediados del siglo IV, puede ser adecuada a este conjunto que dispone, entre otras piezas, de un torques de vástago liso.

El grupo más numerosos es sin duda el de las de pie vuelto con botón terminal pues bajo este enunciado tienen cabida modelos sencillos como son la mayoría de los recuperados en El Castejón y otros mas complicados como la variante que Maluquer de Motes denominó navarro-aquitana.

La variante navarro-aquitana, está bien documentada en el área y como hemos explicado páginas atrás su producción tienen lugar en la I Edad del Hierro y es un modelo que se expande por un área que es en buena medida coincidente con las fibula placa.

3.- Torques

Podemos decir que los torques son piezas habituales, hasta cierto punto, en los ajuares de esta época y en este área. Decimos hasta cierto punto porque no están presentes en muchas de las necrópolis conocidas, pues estamos refiriéndonos a una pieza que no tiene funcionalidad alguna, es un mero adorno, que probablemente implica prestigio a quien la lleva.

Como claramente expone Patrice Brun, estas piezas son habituales en los enterramientos femeninos de este momento (Brun, P.1987), por eso no debe extrañarnos el recuperarlas en estos conjuntos, que por otras razones hemos considerado femeninos

El torque es una pieza utilizada en muchas culturas y en distintas épocas con significados distintos; su historia es larga y compleja y no este el lugar para tratar sobre ello. Los recuperados en esta necrópolis, alcanzan un número similar al de otras piezas como los broches y al igual que ellos, no encontramos piezas grandes, propias de los guerreros. La mayoría de los torques, como podemos ver en la correspondiente foto de conjunto, figura 223, son de tamaño reducido; y a pesar de tratarse de piezas bronceíneas, creemos que las personas que las lucieron, o bien tenían una posición económica holgada como para costearse una pieza de estas características para su adorno, o la ostentaban por que ese hecho implicaba un rango o estatus concreto, que no conocemos. Se cual sea la explicación, es una pieza poco frecuente entre el ajuar de las gentes de El Castejón pues está documentada con seguridad en diez casos. Pero si este número inicialmente puede parecer reducido, veremos que estamos ante uno de los conjuntos más numerosos hasta ahora conocidos.

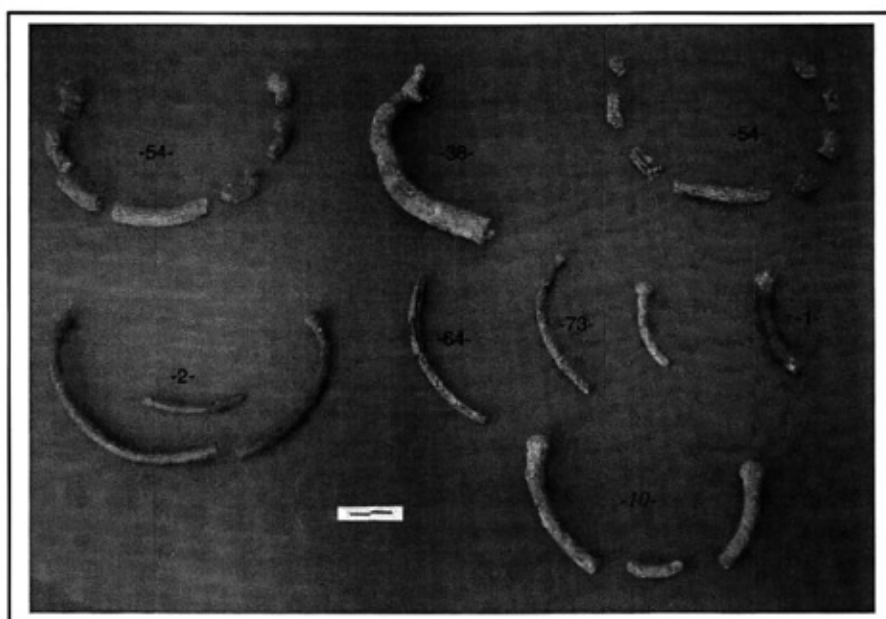


Figura 223.- Conjunto de torques recuperados en los distintos enterramientos.

Vamos a comenzar por analizar la pieza mas completa. Se trata de la procedente de la sepultura 35 que, como podemos ver no esta incluida en la figura del conjunto (pues en esos días fue cedida para la exposición: Torques: belleza y poder, que se iba a realizar en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid). Es el único elemento del ajuar conservado en ese enterramiento y dado su buen estado, dudamos hasta que haya sufrido la correspondiente cremación, parece más bien que lo salvaron de las llamas. Vemos en la figura 224 que presenta en la mitad superior, fuertes estrías a modo de gallones, hasta los 2,5 cms. del remate, constituido por pequeños tampones, mientras que la mitad inferior es lisa. A su buen estado de conservación podemos añadir una buena ejecución técnica.

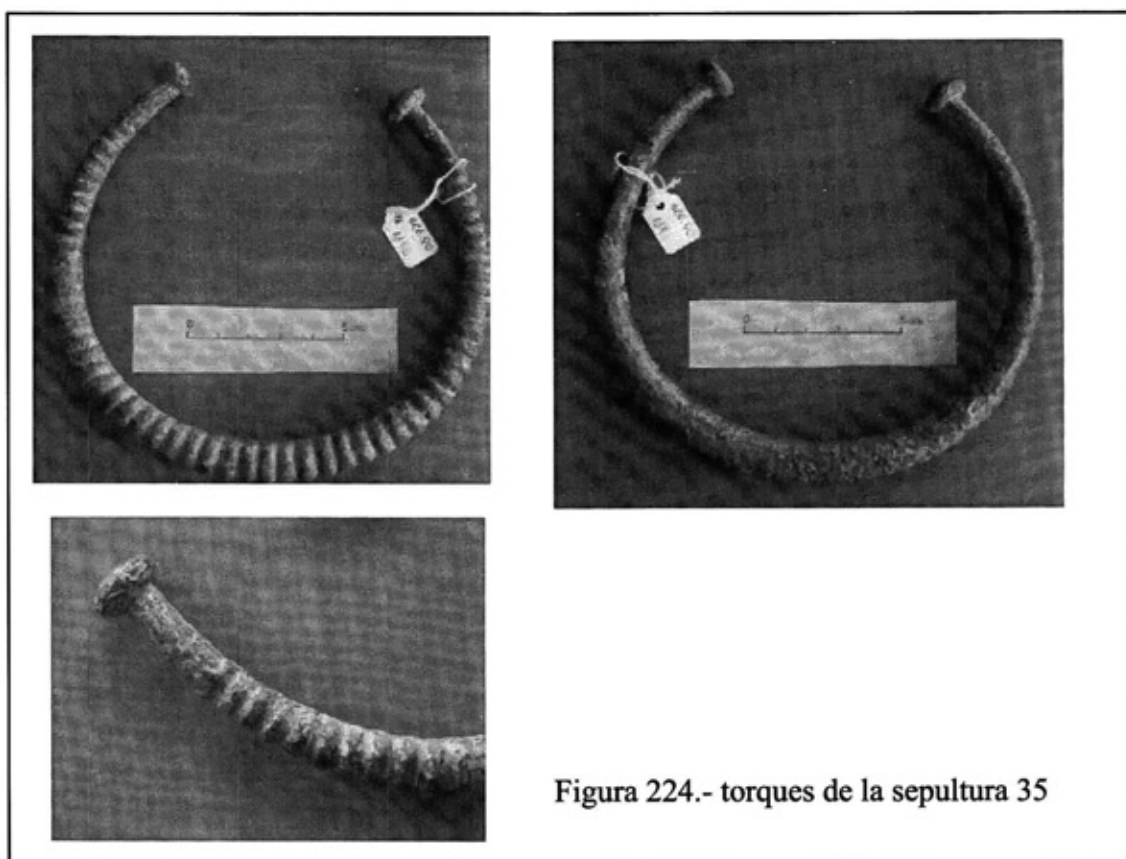


Figura 224.- torques de la sepultura 35

Del enterramiento 73 procede este fragmento de torques, figura 225, realizado por el procedimiento de la cera perdida que tiene el vástago sogueado, tratamiento que afecta a la totalidad de la pieza, de sección circular de 4 mm. de diámetro, que al llegar

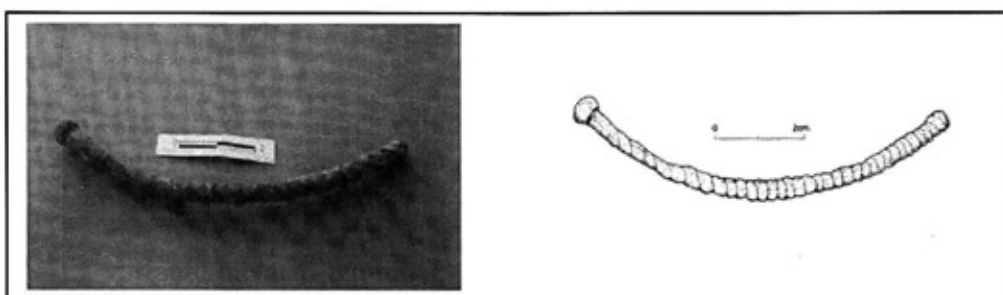


Figura 225.- Fragmento de torques sogueado. Enterramiento 73.

al extremo, tiene la sección cuadrada y una fuerte línea incisa, da paso al remate poco voluminoso.

El resto de las piezas son de vástagos lisos, la más completa se recupera en el enterramiento n° 2. Podemos decir que su estado de conservación es bueno aunque son evidentes los efectos del fuego que lo han distorsionado, y solo conserva uno de los remates o tampones. De nuevo es evidente que el grueso del vástago, entre 5 y 7 mm. y el tamaño de la pieza, es propio de una mujer.

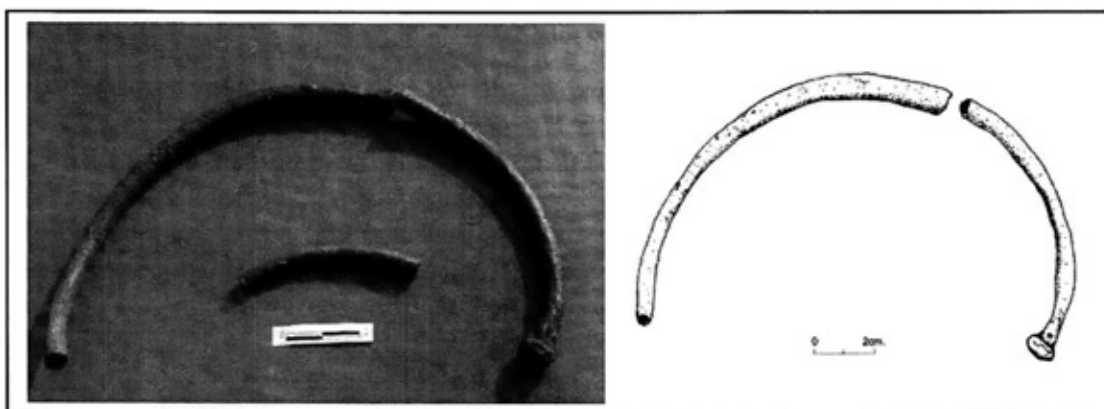


Figura 226.-Fragmentos de torques, enterramiento 2.

A los tres fragmentos se les asignó el mismo número, el de menor tamaño, presenta unas roturas limpias, como si estuviesen cortadas intencionadamente, al igual que el fragmento grande en el punto donde parece que tenía que estar el remate, mientras que en el corte opuesto, está distorsionado por la acción del fuego. La parte en la que se conserva el remate vemos que este es pequeño y no tiene incisión en ese punto, parece como si el remate fuera aplicado, y en la unión queda una pequeña rebaba.

De morfología similar, es decir vástago liso de 6 mm. de sección es este ejemplar, fragmentado, procedente del enterramiento n° 10 del nivel D. La pieza estaba rematada por sencillos tampones que se inician después de una marcada línea incisa

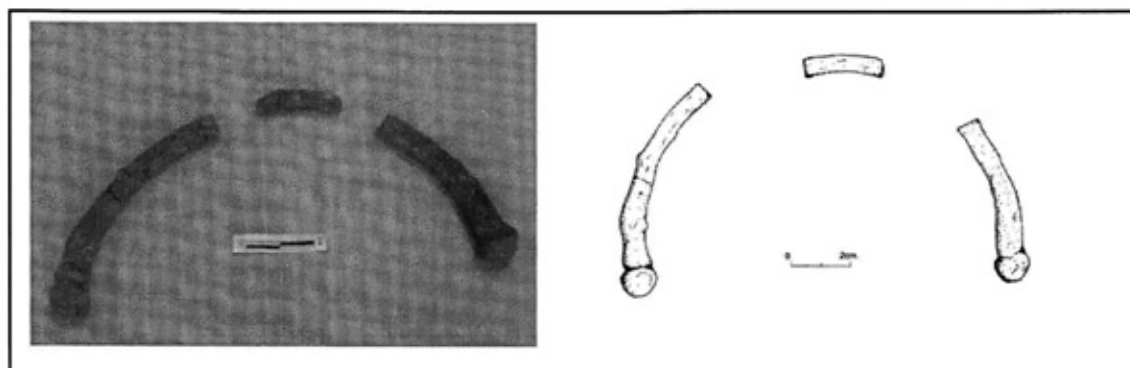


Figura 227.- Fragmentos de torques recuperados en el enterramiento 10 nivel D.

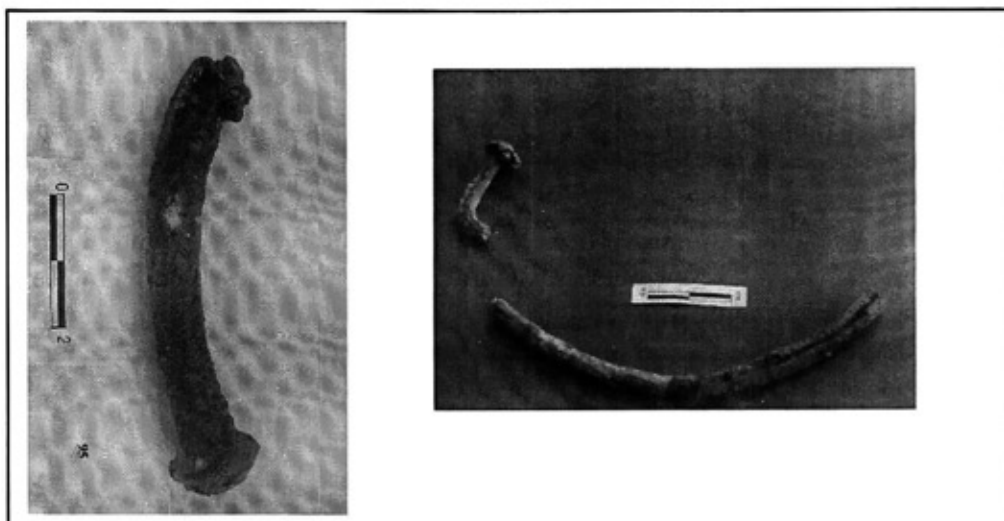


Figura 228.- 1. Fragmento de torques del enterramiento 1. 2. Fragmento de torques del enterramiento 64.

Este pequeño, pero significativo fragmento, que reproducimos en la figura 228,1, es lo que nos ha llegado de un torques que formaba parte del ajuar del enterramiento 1. Podemos ver que se trata de nuevo de un vástago liso de sección circular, con 8 mm. de diámetro, rematado por ligero abultamiento al igual que hemos visto en los casos anteriores. Mas dificultad tenemos para describir el torques que incluimos en la misma figura nº 2, por estar muy alterado por la acción del fuego. Se recupera junto a otros elementos de ajuar, del enterramiento 64, entre los que destaca un magnífico broche de cinturón de placa triangular y el puente de una fibula de doble resorte. El diámetro de la pieza nos lleva a considerarla como torques aunque su grueso, de sección irregular, y tendencia cuadrangular sea tan solo de 4 mm., grueso que hemos visto en otros torques.

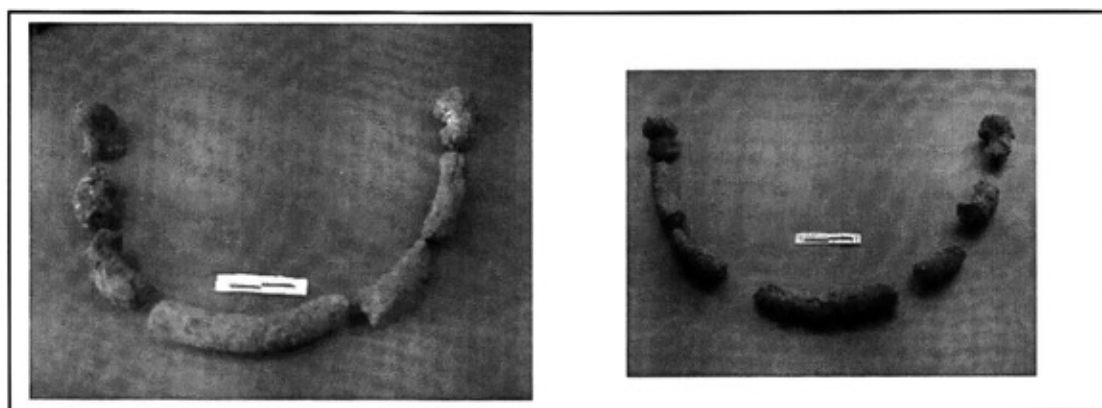


Figura 229.- Torques del enterramiento 54.

En el enterramiento 54 encontramos varios fragmentos de vástago liso de sección circular, que formarían parte de dos torques. A pesar del grado de destrucción en el que los recuperamos, podemos ver en la figura 229 como se trata de piezas de 9 mm. de diámetro, de vástago liso, y de remates similares a los de otros torques, pues se trata de simples abultamientos.

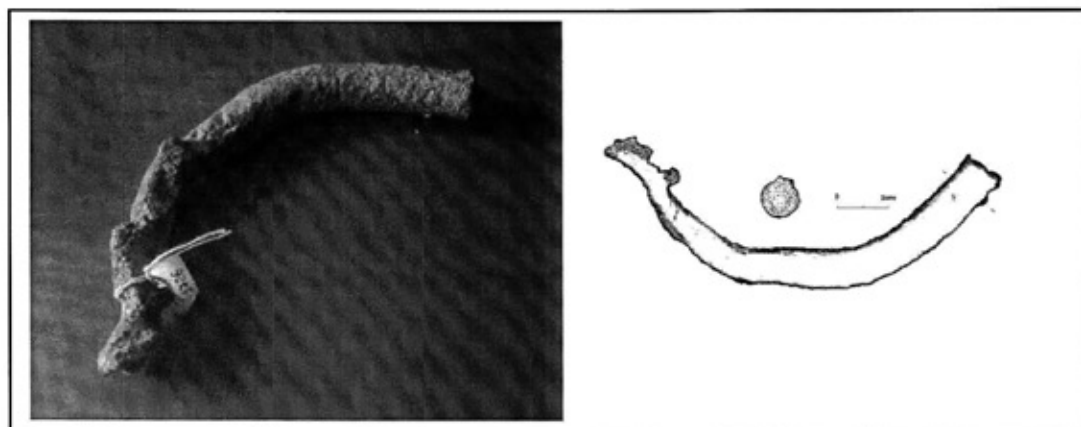
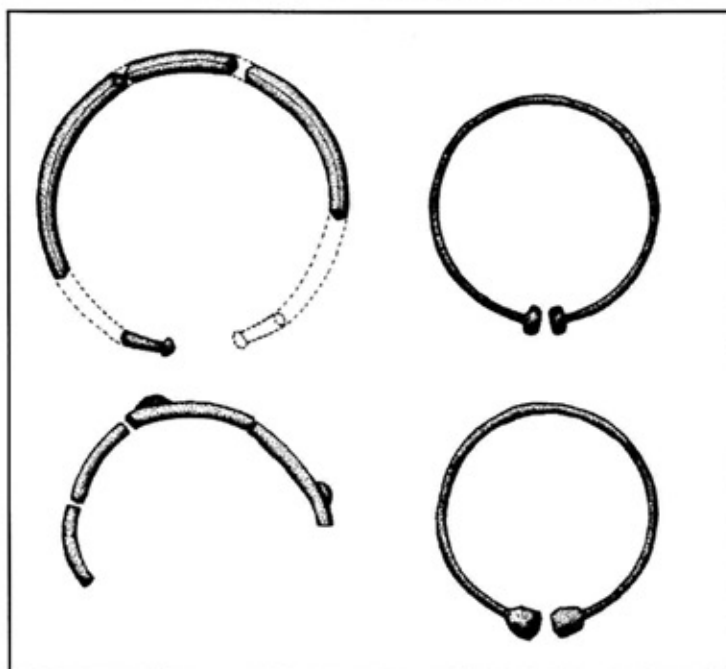


Figura 230.- Fragmento de torques del enterramiento 38.

Este fragmento de torques forma parte del rico ajuar del enterramiento nº 38 que recordamos estaba formado por un bonito collar; broche de cinturón, fíbula de pie vuelto y un largo etc. Como el resto del ajuar, ha sufrido notablemente los estragos del fuego. Es el de mayor tamaño de los encontrados pues la sección alcanza los 1,4 cm. de diámetro y poco mas podemos decir al respecto, salvo que también parece que el vástago pudiera estar cortado intencionadamente.

Una vez analizados individualmente los torques de El Castejón, veamos donde y en que proporción se recuperan también estas piezas en un área próxima a nuestro yacimiento.

En el ajuar de las gentes enterradas en La Atalaya, a juzgar por el número de torques contabilizados, cuatro, podemos considerarlos como una pieza poco frecuente: tres se recuperan en enterramientos, junto a otros elementos de ajuar, más un ejemplar fragmentado recuperado en superficie, de las casi 70 sepulturas excavadas.



Los modelos, como podemos ver en la figura 231 son similares a los que acabamos de analizar procedentes de El Castejón. En el poblado correspondiente, el Alto de la Cruz, no se documenta ninguno, este dato nos parece significativo porque una vez más se constata que los adornos personales son

Figura 231.- Torques procedentes de La Atalaya de Cortes. Según Maluquer de Motes y Vázquez de Parga, 1957,149.

muy escasos en los poblados y especialmente este tipo de piezas que por su significado especial, acompañaban a su dueña.

En la necrópolis de La Torraza en Valtierra, no se ha documentado ningún torques, tampoco es de extrañar, dada la escasa superficie excavada.

En la reciente excavación de la necrópolis de El Castillo, se han recuperado varios torques en los que la similitud con los de El Castejón es evidente sobre todo en el ejemplar nº 2.52 del catálogo que es idéntico al recuperado en el ajuar del enterramiento 35 (Faro, J. A. 2002, 214).

En el resto de los lugares de Navarra, el torques es una pieza poco frecuente pero no desconocida, ya que está documentada, como podemos ver en la figura 232, en distintos puntos que analizamos a continuación.

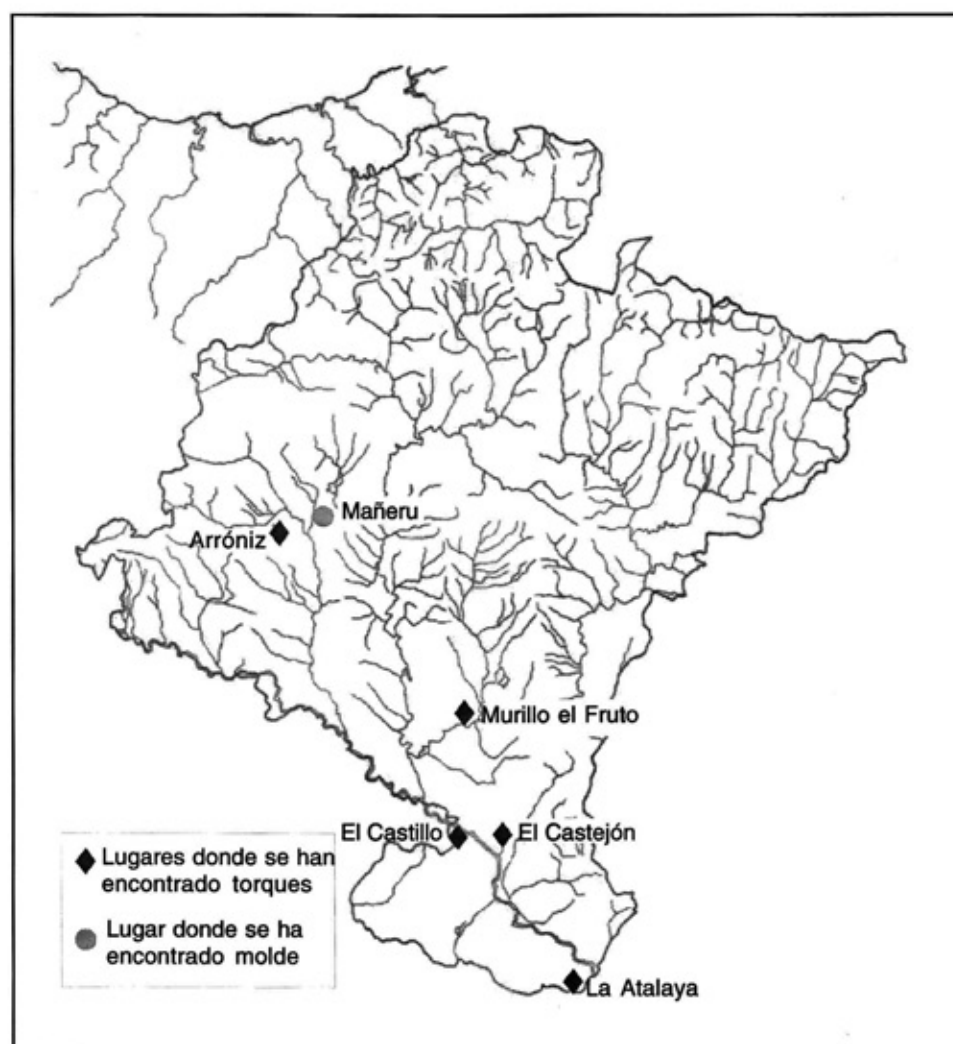


Figura 232.- Lugares en Navarra donde se han encontrado torques.

Años atrás estudiamos los torques recuperados en superficie en distintos puntos de la Comunidad Foral; y como podemos advertir no están asociados a lugares de enterramiento conocidos; nos referimos al magnífico ejemplar recuperado en Murillo el

Fruto, figura 233,1; es el único completo y presenta un vástago con fuertes estrías en sentido longitudinal hasta unos centímetros del remate, que es un sencillo tampón. Los fragmentos recuperados en el término de Arróniz, figura 233,2 y 3, responden a un modelo sencillo que no difiere de los recuperados en El Castejón; se encuentran en el Museo de Navarra (Castiella, A. 1986).

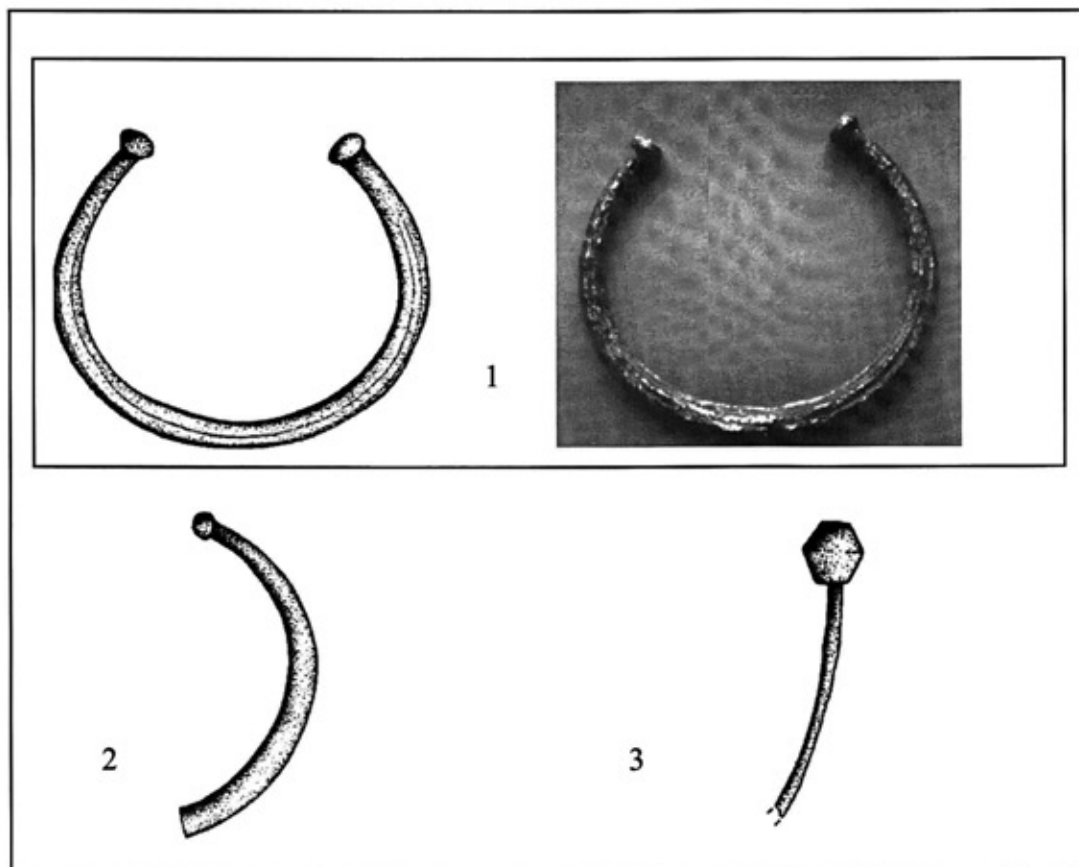


Figura 233.- Otros torques localizados en Navarra. Según Castiella, 1986.

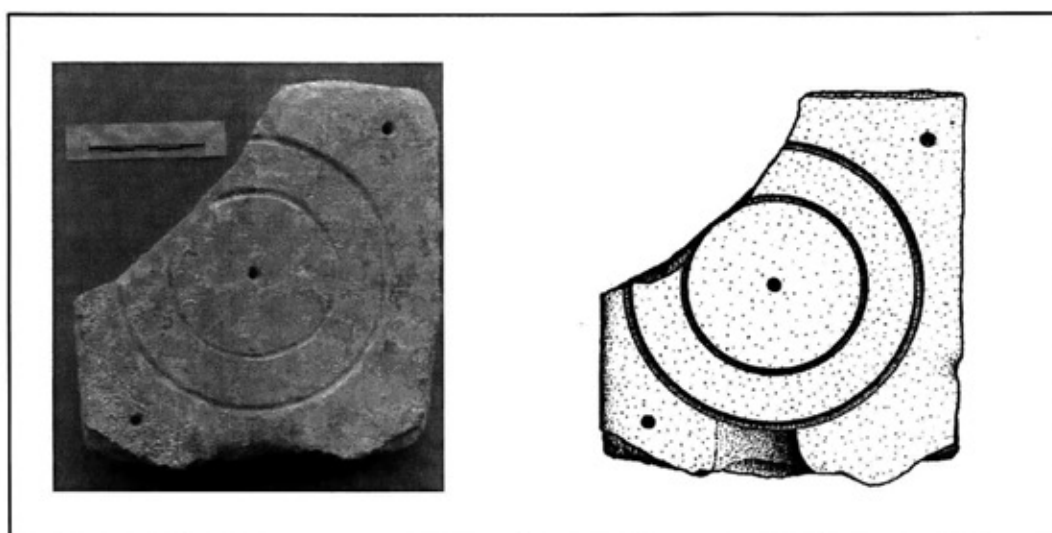


Figura 234.- Molde de fundición de posibles torques localizado en prospección de superficie en el término de Mañeru. Según Castiella, 1993.

Añadimos a estos datos, el hallazgo en superficie de un molde de fundición que dado el tamaño de los aros, pudiera corresponder para la fabricación de piezas de este tipo, los de sección fina, aunque falta el remate que los define, que bien pudieron ser añadidos después.

Si rastreamos la bibliografía referida a zonas próximas en España, donde pueden estar documentadas estas piezas, nos encontramos con pocos datos al respecto. La escasez de estas piezas queda bien reflejada en las palabras de Lorrio cuando afirma que *"el hallazgo de torques en el área celtibérica estricta resulta claramente excepcional"*, pues recuerda que los torques conocidos son piezas de plata procedentes de depósitos y solo se conocen dos ejemplares en ámbitos funerarios, concretamente en la Mercadera (Soria); y en Carabias, ambos sin contexto (Lorrio, A. J. 1997, 228). Ya en 1980, Royo da la noticia de un torque encontrado en la necrópolis tumular de Corral de la Mora, Uncastillo, es similar a los encontrados en La Atalaya, es decir de vástago liso y terminación en sencillos tampones, se recupera junto a un broche de cinturón de placa triangular y un solo garfio (Royo, J. I. 1980, 299).

El mayor número de paralelos lo tenemos en la zona francesa, en Aquitania, donde están muy bien representados en numerosas necrópolis. Encontramos ejemplares similares a los diseños de El Castejón y de otros ejemplares navarros: en los casos de torques decorados, la pieza completa del enterramiento 35 con sus estrías transversales se localiza en la necrópolis de Avezac-Prat (Mohen, J. P. 1980, Pl.59); en el túmulo G de Mios en Pujaut, Gironde (Mohen J. P. 1980, Pl.147), en la región de Mont-de Marsan en las Landas (Mohen, J. P. 1980, Pl. 125), entre otros. Uno de los diseños más frecuentes corresponde al del vástago con estrías longitudinales, este modelo, llamado tipo aquitano, está bien representado en el túmulo L7, sep.3, de Ossun, en la llanura de Ger ((Mohen, J. P. 1980, Pl.59), resulta de una gran semejanza con nuestro ejemplar de Murillo el Fruto, al igual que el procedente de la región de Mont de Marsan (Mohen, J. P. 1980, Pl.125), o de una sepultura de Avezac-Prat (Mohen, J. P. 1980, Pl.65); en el caso de vástago en torsión que veíamos en el enterramiento 73, se localiza un ejemplar similar, también fragmentado, en el depósito de Rossay (Mohen, J. P. 1980, Pl.198), zona del centro-oeste francés linde con la Aquitania y otro en la región de Mont-de Marsan (Mohen, J. P. 1980, Pl. 125). El grupo más numeroso en Aquitania corresponde a los torques de vástago liso con terminaciones en tampones de tamaños distintos.

Cronológicamente estas piezas se clasifican en los distintos periodos establecidos para la I Edad del Hierro en Aquitania que para Mothen son: el primer periodo entre el 725-600 a. C.; el segundo periodo entre el 600-540 a. C y el tercero entre el 540-450 a.C. (Mohen, J.P. 1976, 764).

En la evolución que experimenta esta pieza, a la que nos referíamos al comenzar este apartado, consta el uso por parte de las mujeres en un momento concreto que culturalmente corresponde al final de la I Edad del Hierro y comienzo de la II Edad del Hierro, la necrópolis de El Castejón corresponde a este momento avanzado de la I Edad del Hierro, por eso, no es extraño que se pueda certificar el uso de torques por parte de algunas mujeres, en un reflejo claro de la aplicación de esa costumbre. No era una pieza habitual, la llevan las menos, las que tenían algún poder, del tipo que fuera, el resto adornaba su cuello con collares.

Y al finalizar este apartado, queremos llamar la atención de dos hechos: uno el tipo de rotura de alguna de las piezas, nos referimos a los ejemplares de los enterramientos 2, 10, 38 y 73, que presentan una superficie recta y limpia frente a las roturas del resto de los ejemplares, más propias de los efectos del fuego padecido. No sabemos si este hecho pueda implicar algún rito concreto, como el impedir su uso, del mismo modo que la espada del guerrero se inutilizaba; y la otra recalcar la circunstancia de que el torques, en el estado actual de nuestros conocimientos, es una pieza que en la Península Ibérica, en esta época y de este material, bronce, prácticamente se circunscribe al territorio navarro, donde está bien documentada como parte del ajuar en los enterramientos.

Los numerosos ejemplos de torques en el mediodía francés, coincidentes con la zona donde encontramos las fibulas llamadas navarro-aquitanas y de placa, nos están quizás indicando la afinidad de un grupo que se reparte en ambas zonas.

4.- Collares

El collar es una pieza formada por un número importante de elementos pequeños que fueron ensartados en un hilo o cuerda para ser colocados entorno al cuello, podían ser de una o varias vueltas. Se usan de los tiempos más remotos con múltiples variantes pues responden a una necesidad exclusiva del hombre, la de embellecerse y engalanarse.

Los recuperados en El Castejón son en su mayoría de metal, bronce, el diseño de las piezas responde fundamentalmente a arandelas, trabillas y cuentas muelle, cuya morfología podemos ver en la figura 235, así como el montaje que de las mismas hemos hecho.

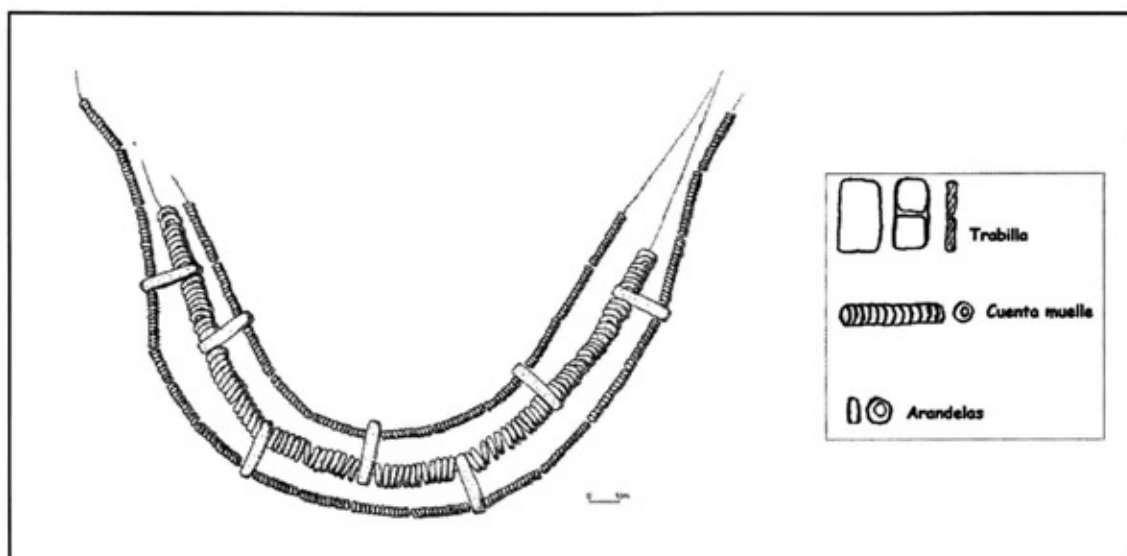


Figura 235.- Reconstrucción de un collar a partir de las piezas recuperadas.

En ocho enterramientos el número de piezas era lo suficientemente abundante como para poder reconstruir el collar, hemos repetido el mismo esquema, aunque el resultado no ha sido siempre idéntico, como podemos ver en la figura 236.

En treinta y un enterramientos hemos detectado alguno de sus componentes: trabillas, arandelas o cuentas muelle, estas últimas, más abundantes que las lisas, este número convierte al collar en la pieza más frecuente o popular entre las mujeres que fueron enterradas en este lugar. En el ajuar de los enterramientos 24 y 68, como podemos ver en las correspondientes figuras 114, 154 y 236, el número de piezas ha permitido la reconstrucción de sendos collares en cada uno de ellos. La duplicidad de piezas no es muy frecuente, pero no es la única repetida; en el enterramiento 24 vemos duplicadas las fíbulas y los broches de cinturón.

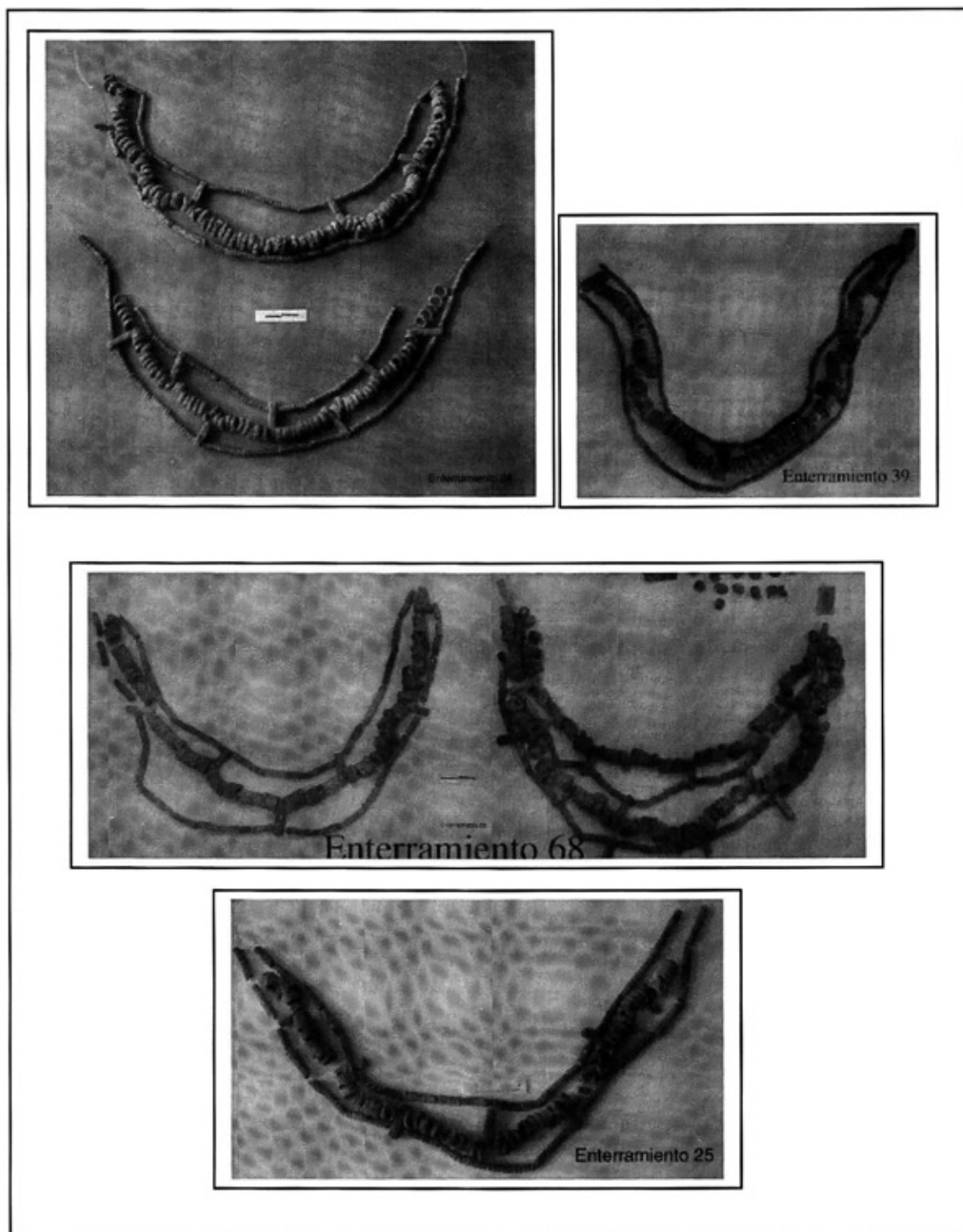


Figura 236.- Collares recuperados en distintos enterramientos.

Estas piezas que identificamos como arandelas, trabillas y cuentas muelle, no son exclusivas de las gentes de El Castejón. En las cercanas necrópolis de La Atalaya; La Torraza y El Castillo, se encuentran similares y son también muy abundantes en número, es por tanto un modelo habitual en la zona.

Además de esta composición, hemos “montado” otras, que atendiendo a las piezas recuperadas resultan más sencillas, es el caso de las piezas rescatadas en el enterramiento 10 del nivel D, que junto a un torques, y a juzgar por los demás vestigios que nos han llegado, debió estar formado por pequeñas cuentas lisas y arandelas, figura 237,1 o el más sencillo procedente del enterramiento 1, figura 237,2, que son simples arandelas o cuentas de tamaño pequeño.

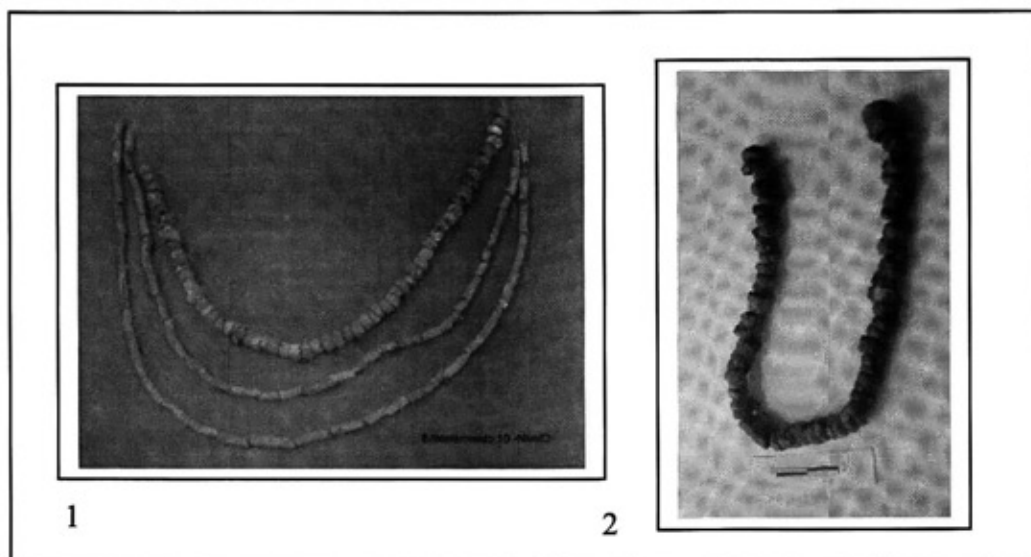
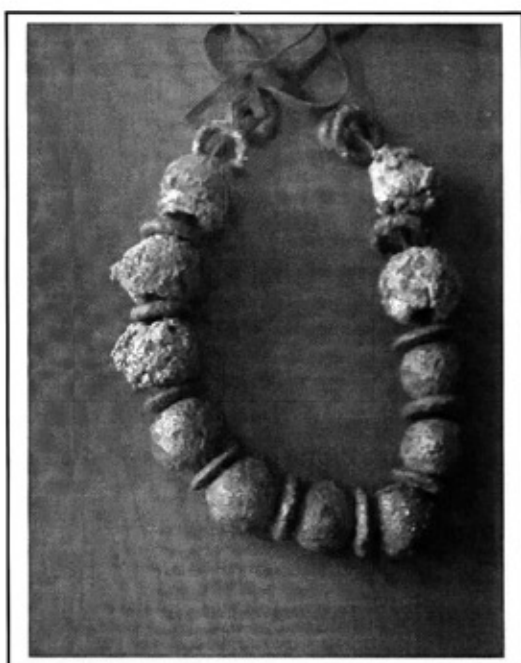


Figura 237.- Ejemplares de collares sencillos.



Sin embargo, las piezas recuperadas en el enterramiento 38, como podemos ver en la figura 238, son cuentas y arandelas de buen tamaño, hemos podido ensartar las que están mejor conservadas. Recordemos que este ajuar estaba provisto de otras piezas importantes como un potente torques y un sencillo broche de placa cuadrangular.

Figura 238.- Collar de gruesas piezas recuperado en el enterramiento 38.

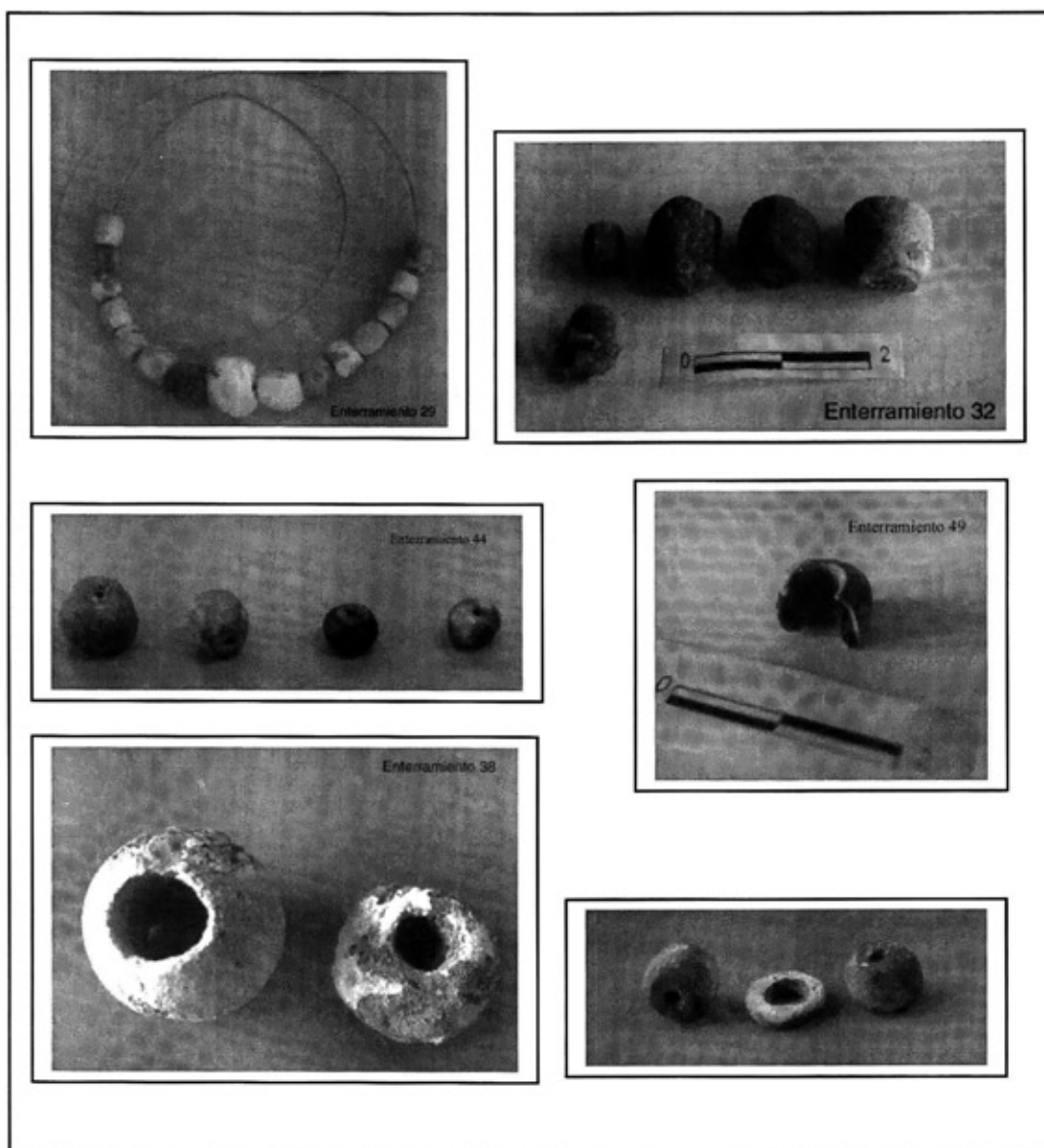


Figura 239.- Distintos tipos de cuentas óseas.

También se hicieron collares de cuentas óseas y cerámicas, de gran similitud formal que probablemente repiten diseños antiguos y frecuentes en su momento. En el caso de los ajuares de El Castejón, la fragilidad de las piezas y las condiciones que han tenido que sufrir, sumado a que son diseños pasados de moda, pues están hechos en un material que ya no resulta novedoso como el metal, justifica que en su recuento, resulte tan escaso en número.

No obstante entre las piezas recuperadas, hechas en hueso y /o cerámica, encontramos diseños distintos, que como podemos ver en la figura 239, con un predominio de la cuenta de tipo cubilete que tiene la perforación: fina, normal y grande. Solo en un caso la cuenta es de tipo rueda. Creemos que las cuentas del enterramiento 38 son claramente de cerámica, pero la intensidad del calor que han padecido, resulta difícil determinar la materia prima.

Están bien representadas en siete enterramientos pero solo hemos podido engarzarlas a modo de collar, las recuperadas en el enterramiento 29, donde hay elementos suficientes para entender que podían ir del modo que reproducimos en la figura 239,1, a partir de una cuenta gruesa en el centro, van decreciendo en tamaño hacia los extremos. En este mismo ajuar se recuperan piezas metálicas suficientes para considerar que tuvo también un collar metálico.

No es de extrañar que en las necrópolis próximas, a las que venimos refiriéndonos: La Atalaya; La Torraza y El Castillo, sean estos elementos tan frecuentes como en El Castejón. Y por las referencias gráficas podemos comprobar que el collar en distintas modalidades fue una pieza habitual. Lo hemos visto en El Castillo, similares a los reproducidos en la figura 236 y en La Torraza y La Atalaya más sencillos.

Otro tipo de cuentas utilizadas para collares eran las de pasta vítrea, que en este caso son claramente menos frecuentes que las realizadas en hueso y cerámica. En los ajuares de El Castejón están documentadas en cuatro enterramientos y solo dos, como podemos ver en la figura 240, están completas. Son también habituales en los ajuares de las necrópolis cercanas a las que venimos refiriéndonos y al igual de lo que

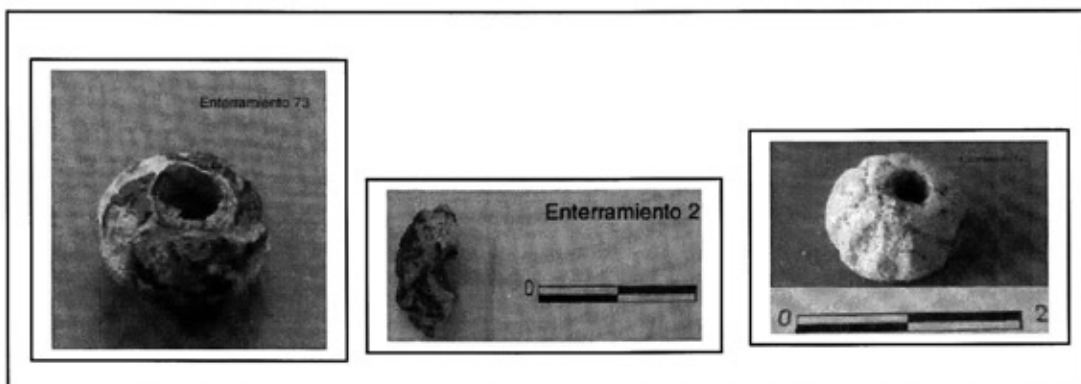


Figura 240. Cuentas de pasta vítrea procedentes de distintos enterramientos.

Por último nos referiremos a los colgantes pues son una modalidad del collar ya que adornan el cuello y van ensartados de igual modo, pero en solitario. Resultan, como podemos ver en la figura 2 , piezas de una belleza singular y fueron realizados en piedra, por eso los analizamos en el apartado correspondiente.

5.- Pulseras y brazaletes

Estudiamos en el mismo apartado las pulseras y brazaletes por la similitud de ambos. Son piezas exclusivamente de adorno, habituales en los enterramientos femeninos de esta época. Dada su entidad y los rigores de la cremación a la que se vieron sometidos, en pocos casos se han encontrado completos y son esos ejemplares, cuyo aspecto podemos ver en la figura 241, los que nos permiten identificar los fragmentos y poder afirmar que estas piezas son muy frecuentes en los ajuares y determinados modelos, con varios ejemplares.

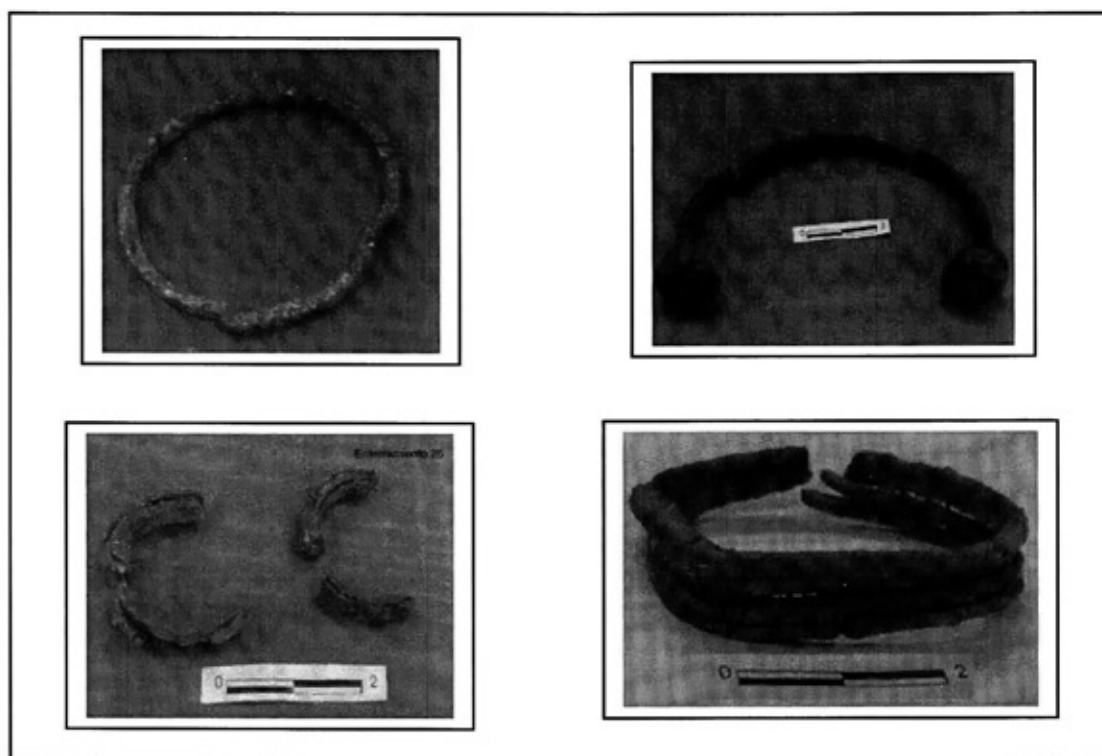


Figura 241.- 1 y 2, pulseras de un vástago; 3 y 4 de varios vástagos o brazaletes.

Dado el alto grado de fragmentación en que se encuentran, es en muchas ocasiones imposible identificarlas o determinar el número de piezas que hay en un ajuar; como ejemplo de lo que decimos, podemos ver los restos recuperados en los enterramientos 10 del nivel D y 54 en la figura 242, se trata de una cantidad importante de vástagos de sección circular que resulta quimérico averiguar su número, nos conformamos con poder determinar que se usaban varias a la vez.

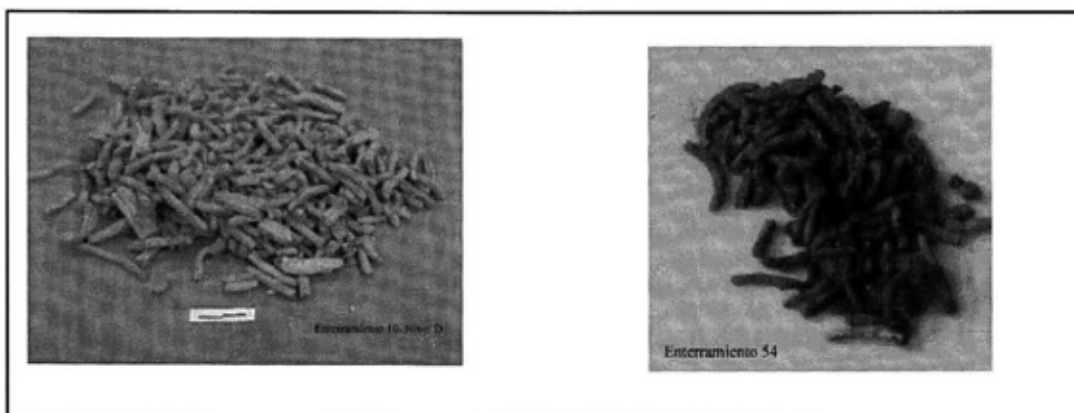


Figura 242.- Fragmentos de vástagos de posible pulseras.

En las pulseras de un vástago encontramos ejemplares de vástagos de distintos groesos pero siempre en sección cuadrangular, más o menos gruesa, como podemos ver en la figura 243.

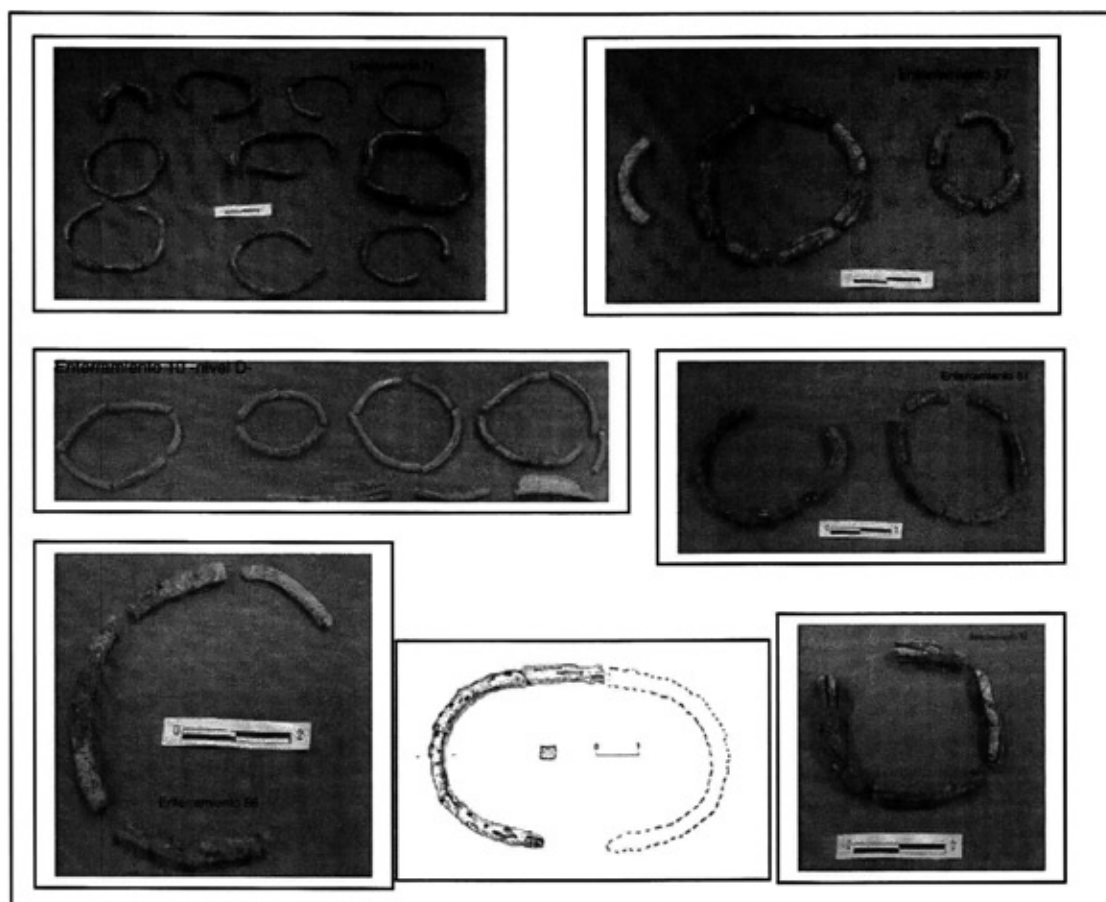


Figura 243.- Pulseras de vástago fino en sección cuadrada.

De un vástago rematado en sendos tampones o botones han sido localizadas en la variedad y número que recogemos en la figura 244.

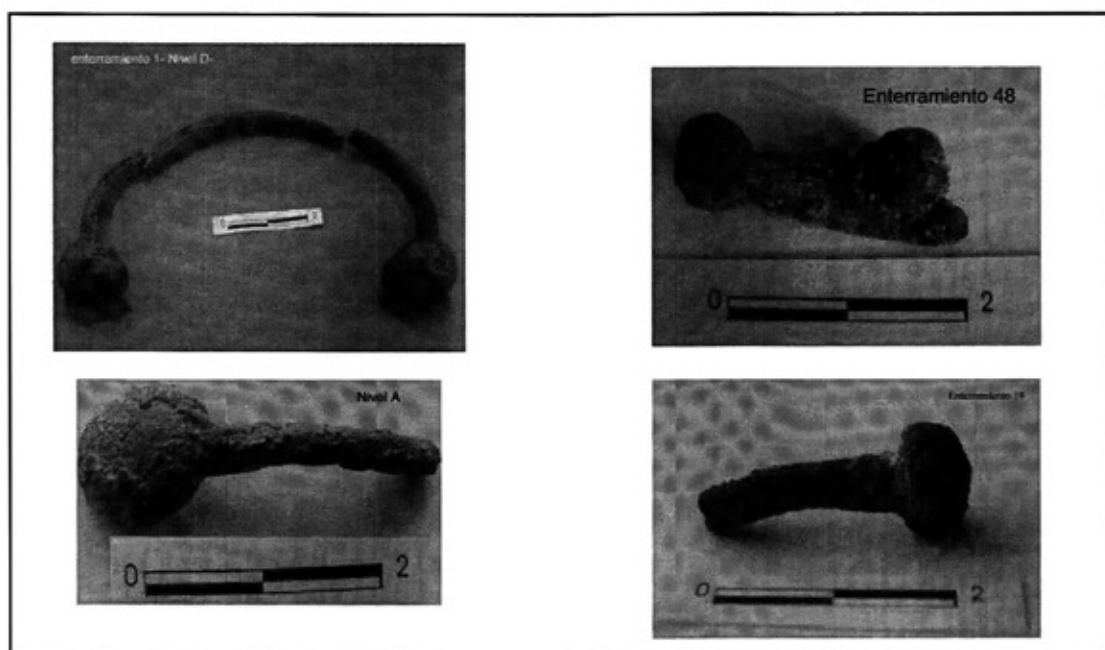


Figura 244.- Pulseras de un vástago con remate en tampón.

Este diseño es frecuente en los enterramientos de este momento y están bien representados tanto en lugares próximos como El Castillo nº 55 a 58 del citado catálogo, como en Aquitania, donde encontramos un ejemplar similar al del enterramiento 1 del nivel D, en el túmulo F de Pujat en Mios (Gironde), fechado en el segundo periodo, entre el 600 y 540 a.C. según Mohen (Mohen, J. P. 1980, Pl. 145).

En muchos casos el deterioro de la pieza es tal que no podemos determinar si la sección es cuadrada o circular o que número de vástagos tuvo. De más de un vástago se han recuperado completas en los niveles superiores A y B, figuras 67 y 79 y en el enterramiento 74, más o menos completo y un pequeño fragmento en el enterramiento 3 como podemos ver en la correspondiente figura 245.

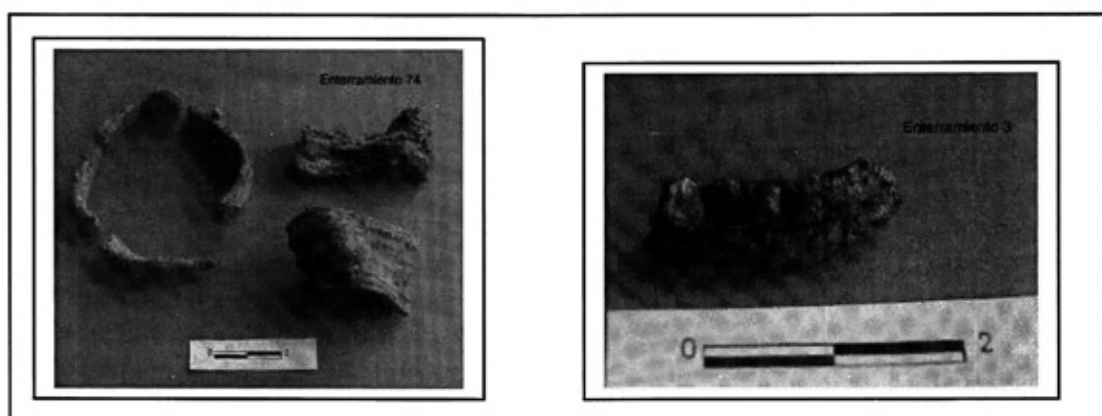


Figura 245.- Pulseras de varios vástagos o brazaletes.

Decíamos que la pulsera o brazaletes es una pieza habitual en esta época por tanto no es de extrañar que la encontremos en los yacimientos próximos a los que venimos refiriéndonos así en la necrópolis de El Castillo son varias las pulseras de un vástago macizo, en grueso variable y rematadas en pequeños tampones semejantes a las de El Castejón. En la necrópolis de La Atalaya están, así mismo, perfectamente documentadas.

6.- Anillos

Las dificultades expuestas para identificar las pulseras y brazaletes podemos aplicarlas a la hora de reconocer estas pequeñas piezas, los anillos. Cabe suponer que tuvieron un uso frecuente, por tanto sería mayor el número de los utilizados que el que encontramos entre los ajuar, probablemente no somos capaces de identificarlos entre los pequeños fragmentos que tenemos.

En la figura 246 hemos agrupado los cuatro anillos reconocidos: los tres primeros responden a un tipo similar que podemos llamar en cinta, proceden como podemos comprobar de enterramientos ricos y dado que el tamaño de la pieza es pequeño, hemos de pensar que estaría destinado al dedo meñique o a lo sumo en el índice; el cuarto, que se encuentra en un buen estado de conservación también pudo ser para un dedo índice no muy grande pero su diseño es distinto, en un sencillo aro

sobresale un pequeño motivo circular que contiene varios círculos concéntricos, motivo habitual en las piezas de la época.

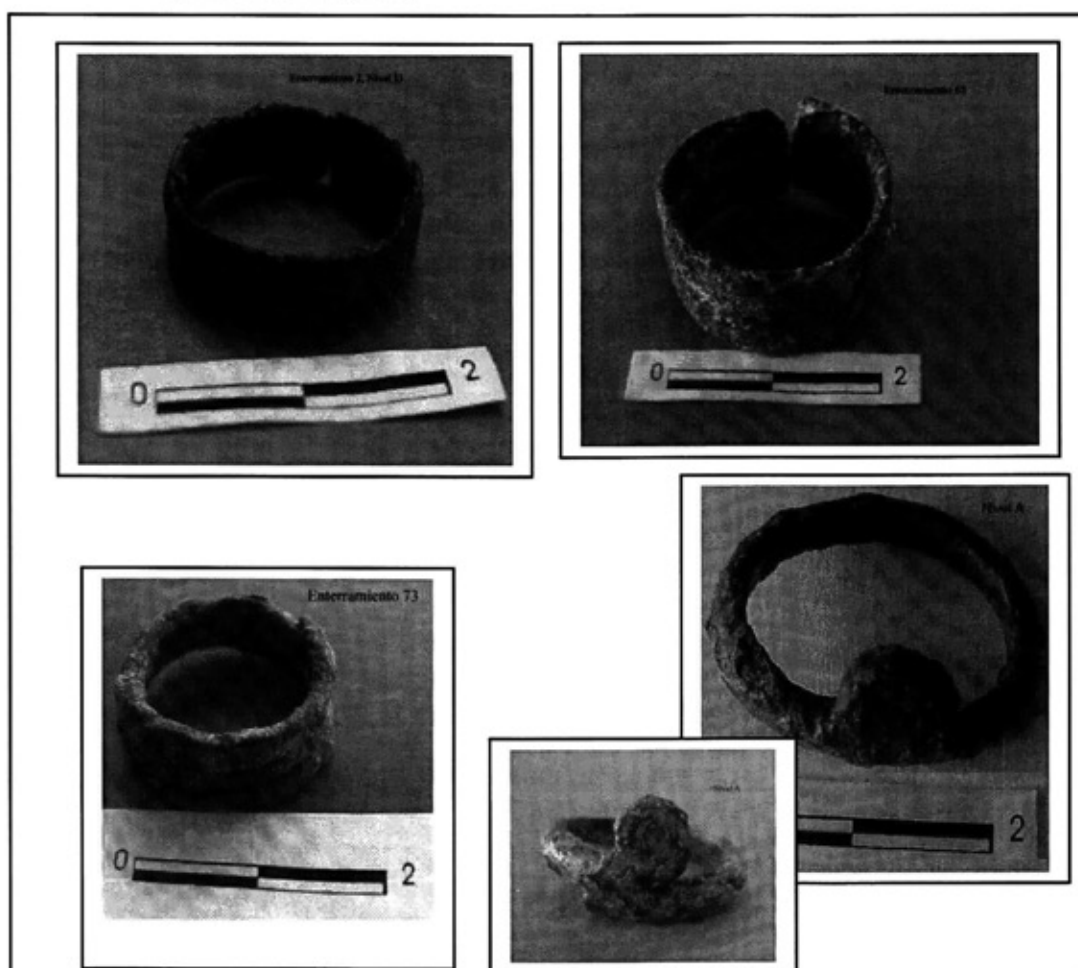


Figura 246.- Anillos recuperados en distintos enterramientos.

Los tres anillos similares de tipo que hemos denominado de cinta, la cinta o chapa es lisa en los dos primeros pero en el caso del enterramiento 73 presenta unas fuertes hendiduras. En el catálogo de El Castillo, no se incluyen ningún anillo, hecho que no quiere decir que no se hayan recogido. Tampoco están descritos como tales en las necrópolis de La Atalaya, pero sí en La Torraza con un ejemplar que por el dibujo podemos deducir que responde al tipo en cinta (Maluquer de Motes, J. 1957, fig. 8).

En las necrópolis de la Meseta, según Cerralbo, había muchas sortijas, siempre sencillas y respondían al tipo que ahora tratamos en cinta, era algo habitual en el ajuar femenino pero su fragilidad y sencillez han hecho que en numerosas ocasiones no hayan sido tenidas en cuenta.

7.- Pendientes

Los pendientes son objetos de adorno usados desde tiempos bien remotos y por tanto habituales en el ajuar de los enterramientos. Si añadimos a esto la facilidad de su

diseño, podemos suponer que su número tuvo que ser alto pero, no es esa la realidad que nos encontramos, pues son realmente escasos los ejemplares identificados.

Dada la sencillez de la pieza, los efectos de la cremación la han podido hacer desaparecer en casi todas las ocasiones por eso no es de extrañar que podamos identificarla cuando está prácticamente entera hecho que ocurre en tres casos que podemos ver en la figura 247.

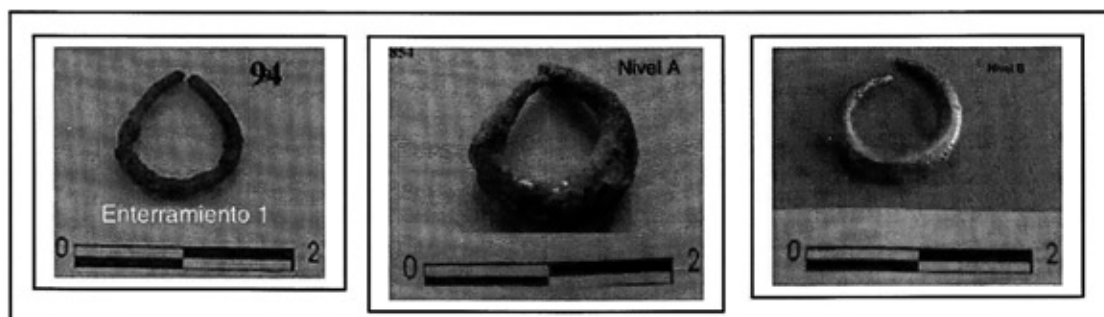


Figura 247.- Pendientes localizados en los ajuares de El Castejón.

Responden al mismo tipo, conocido como amorcillado o en creciente y están hechos el primer ejemplar en bronce, el segundo en plata y el tercero en oro. Es un tipo bien documentado y presente en numerosos lugares tanto en Navarra donde contamos con un ejemplar idéntico al de plata y áureo, procedentes de la necrópolis de El Castillo, (Faro, J. A. 2000, nº 59 a 63) como en diversos puntos de la Meseta occidental, así en la necrópolis de El Raso encontramos un ejemplar idéntico al hecho en oro, en este caso la pieza es interpretada como colgante de nariz y se considera un tipo propio del Hierro inicial (Fernández, F. 1997, foto 46), y en el ámbito celtibérico es considerado por Lorrio como pieza frecuente, propia de los lugares de influencia orientalizable o mediterránea durante los siglos VI y V a. C. (Lorrio, A. J. 1997, 230).

8.- Botones

A juzgar por las cantidades encontradas, el uso del botón realizado en bronce se generaliza muy pronto su uso, y al no ser tan frágil como otras piezas que estudiamos, se recuperan en cantidades importantes, en este tipo de lugares.

En el caso de las gentes de El Castejón, el botón más frecuente es el de diseño hemisférico, que reproducimos en la figura 248,1. De este mismo tipo se han localizado ejemplares en cinco enterramientos, pero en cantidades reducidas; en número de trece en el enterramiento 22; de cuatro a seis en los enterramientos 38 y 52; uno en el enterramiento 3 del nivel D, y en el enterramiento 19, como vimos, se contabilizaron cerca de dos centenares. En este ajuar localizamos otras dos piezas, que podemos ver en la misma figura 248,2, que interpretamos como posibles botones, en este caso geminados, de sección plana y con cuatro orificios cada uno.

El botón era una pieza necesaria, con una función práctica y decorativa, por eso es tan frecuente y se encuentra en diseños muy variados, ejemplos de lo que decimos tenemos en las necrópolis navarras donde son varios los modelos que se usaron, entre

ellos el que denominamos hemisférico que se documenta en muchos de los enterramientos excavados, y en ocasiones en número elevado; es también muy numeroso un diseño de casquete puntiagudo y elevado, con decoración de círculos concéntricos, pero no hemos localizado el tipo geminado con cuatro orificios que tenemos procedentes del ajuar del enterramiento 19, figura 248, 2.

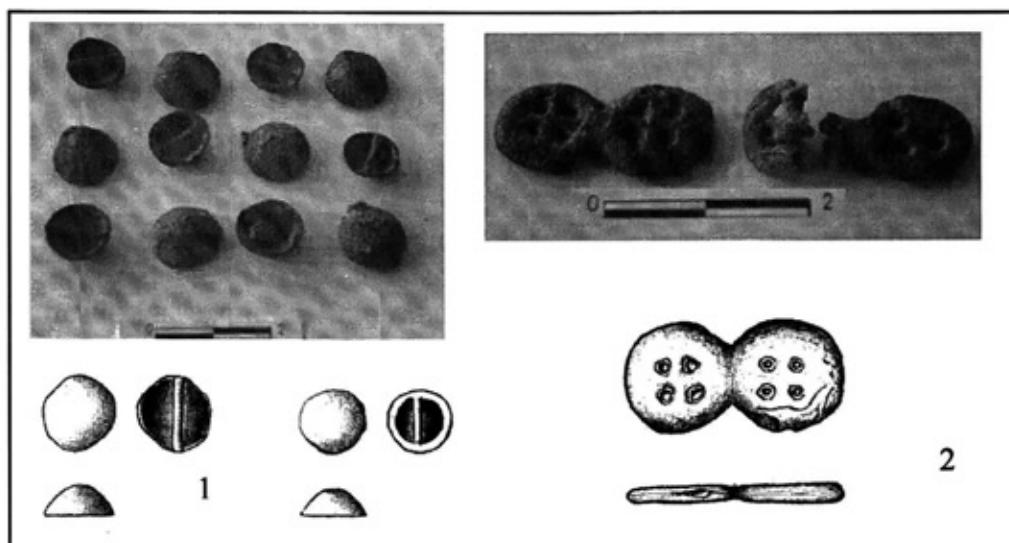


Figura 248.- Distintos tipos de botones localizados en El Castejón.

9.- Grapas

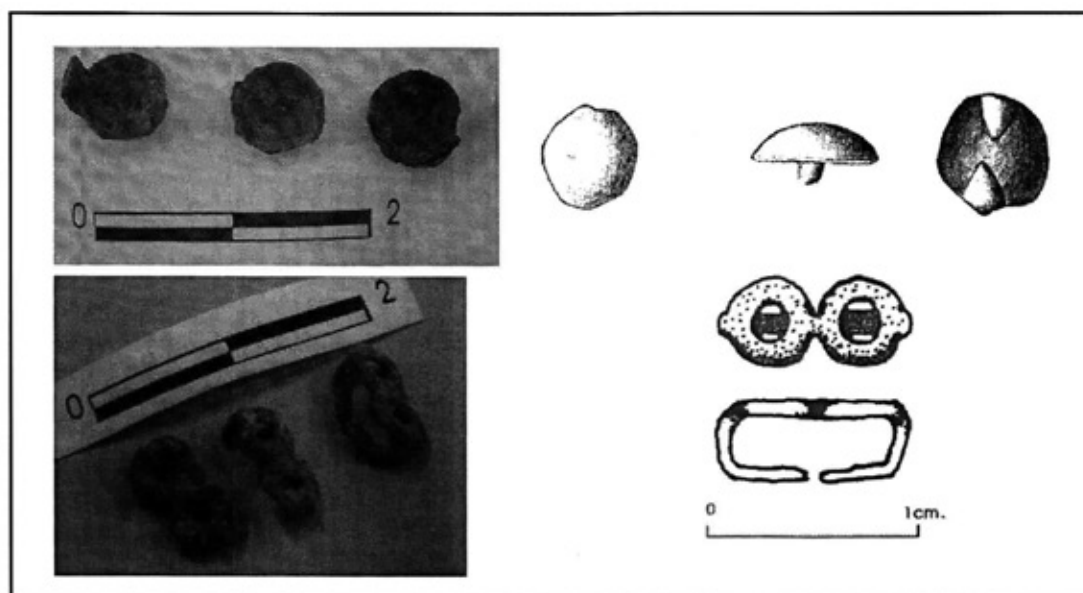


Figura 249.- Distintas morfologías de grapas.

Bajo esta denominación incluimos dos diseños, como podemos ver en la figura 249. Se trata de piezas, que en los ejemplares que aquí estudiamos, parece por el tamaño que sirvieron para sujetar la tela a un soporte, que también puede ser de tela, y lo hace

mediante esos pequeños ganchos. La parte visible, en el primer caso es similar al botón que hemos calificado como hemisférico, y en el segundo, sigue el esquema de un ocho, es por tanto una pieza con una función clara, de sujetar pero también tuvo su importancia como elemento decorativo. En algunos casos se recuperaron en número elevado, como en el enterramiento 1, y en el 68, pero completas en pocas ocasiones. Al igual que los botones, es una pieza abundante en las necrópolis de La Atalaya y La Torraza y no han sido incluidas en El Castillo, pero no quiere decir que no estén documentadas.

10.- Pinzas

El diseño de la pinza de depilar apenas ha variado desde las primeras que se hicieron hasta nuestros días. Solo hemos identificado un ejemplar que se encontraba completo formando parte del ajuar del enterramiento 23, asociada a un broche de cinturón de placa cuadrangular. Como podemos ver en la figura 250, es una pieza que destaca por su sencillez, está sin decorar, hecha en bronce, y se encuentra en un buen estado de conservación.

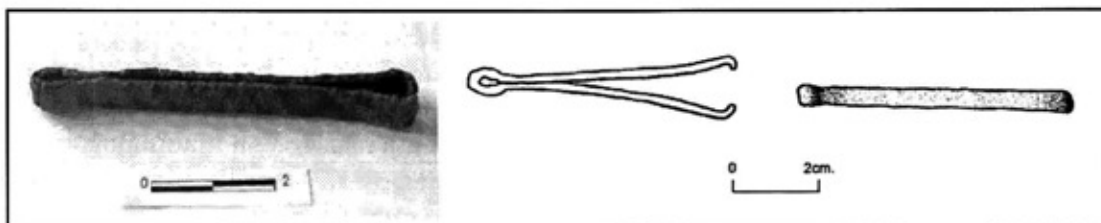


Figura 250.- Pinzas de depilar recuperadas en el enterramiento 23.

Las pinzas con frecuencia las encontramos asociadas a conjuntos propios de militares, pero también son frecuentes en tumbas con objetos de adorno, propias de mujeres, como el caso que nos ocupa; decíamos que la morfología de la pieza ofrece pocas variantes y estas cabe establecerlas según la materia prima y la decoración que ostentan. Nuestro ejemplar ya hemos visto que carece de decoración y se recupera formando parte del ajuar de un enterramiento sencillo que es uno más de una necrópolis que entendemos corresponde a enterramientos femeninos.

11.- Arandelas

La arandela es una de las piezas más frecuentes entre el ajuar de los enterramientos de esta época. En el de las gentes del Castejón, se recupera de distintos tamaños y secciones, en 34 enterramientos; son pequeñas las que formaban parte de los collares, figura 251, 1, y en estos casos, en ocasiones, las encontramos en gran número, pues así lo requería la pieza; las demás, son de tamaño medio y varía la apertura del orificio, como podemos ver en la citada figura 251.

Entre el material inventariado procedente de las necrópolis de La Atalaya y La Torraza, la arandela en una variedad de tamaños y secciones, es también una de las piezas más frecuentes pues, como decimos, formaba parte de buen número de piezas

que por desgracia no podemos completar, nos queda esta parte, la arandela, que es más resistente que otras.

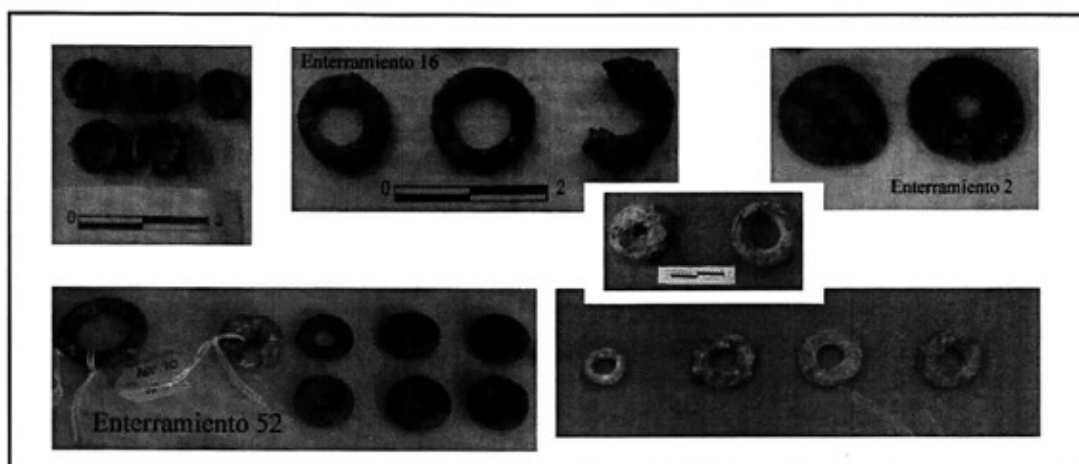


Figura 251.- Tipos de arandelas localizados en los distintos enterramientos.

12.- Otros

En este último apartado incluimos aquellas piezas cuya identificación no siempre resulta clara.

Comenzaremos por la recuperada en el ajuar del enterramiento 15, junto a un pequeño grupo de arandelas, se trata de una **pieza áurea** que como podemos ver en la figura 252, corresponde a un pequeño vástago macizo, de sección circular, que está enrollado a modo de espiral, tiene algo más de un centímetro de diámetro.



Figura 252.- Espiral áurea procedente del enterramiento 15.

Dechelette los denomina anillos-espirales y considera que pudieron servir como adorno del pelo y esta función es la que se sigue considerando como válida, a falta de otra propuesta. Es una pieza frecuente en lugares como las necrópolis de la época que ahora estudiamos, y también en depósitos y escondrijos (Dechelette, J. 1910, vol. II, 351).

En dos enterramientos, el 52 y el 60, hemos encontrado segmentos de una pieza que desconocemos como era completa y que función pudo tener. Se trata como podemos comprobar en la figura 253 de un **tubo** de reducido diámetro que fue **taladrado** de un lado a otro a cortos tramos, en toda su longitud. Una pieza similar la encontramos en numerosos enterramientos en la cercana necrópolis de La Atalaya en Cortes, Navarra.

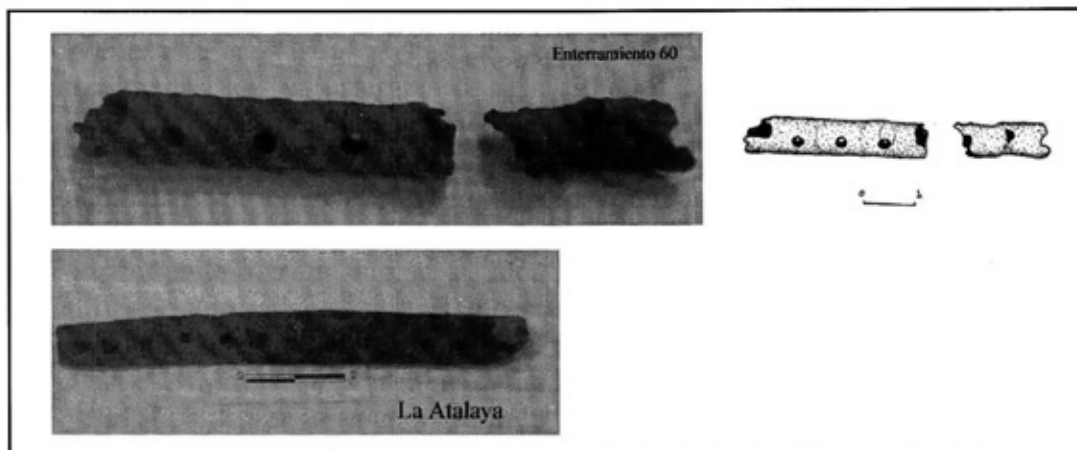


Figura 253.- Tubo perforado.

Los **discos** con decoración de círculos concéntricos, como los reproducidos en la figura 254 son bastante frecuentes en los ajuares de esta época, formaban parte de piezas como la fibula placa, otras veces fueron utilizados como apliques, etc. Pero en el caso de las piezas de El Castejón así catalogadas, no podemos determinar como estarían ensambladas.

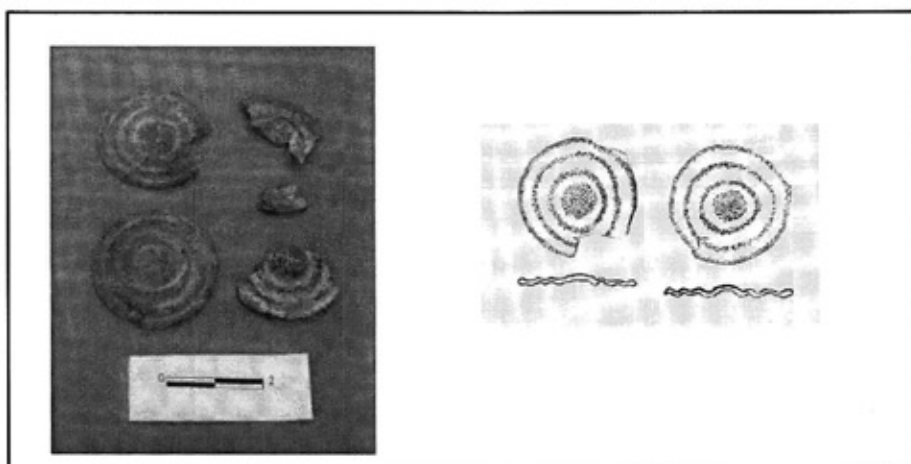


Figura 254.- Discos con decoración de círculos concéntricos procedentes del enterramiento 70.

Los **colgantes** parece ser que fueron piezas frecuentes en los ajuares de esta época, pero esto no responde a lo encontrado en El Castejón, pues en metal no tenemos seguridad de ninguno. Vamos a incluir en este apartado tres posibles piezas que reproducimos en la figura 255: la primera de ellas parece responder a un amuleto en el que se reproduce un pie, a la pieza le falta la argolla, parte fundamental para considerarla colgante, que permitía a su dueño el poder exhibirlo; la segunda pieza

incompleta, es también parte de una pieza que quizás pudo ser otro amuleto, de los denominados de rueda; la tercera, tiene un diseño que recuerda a un ocho, y conserva un orificio, pero no está claro si pudo ser o no colgante.

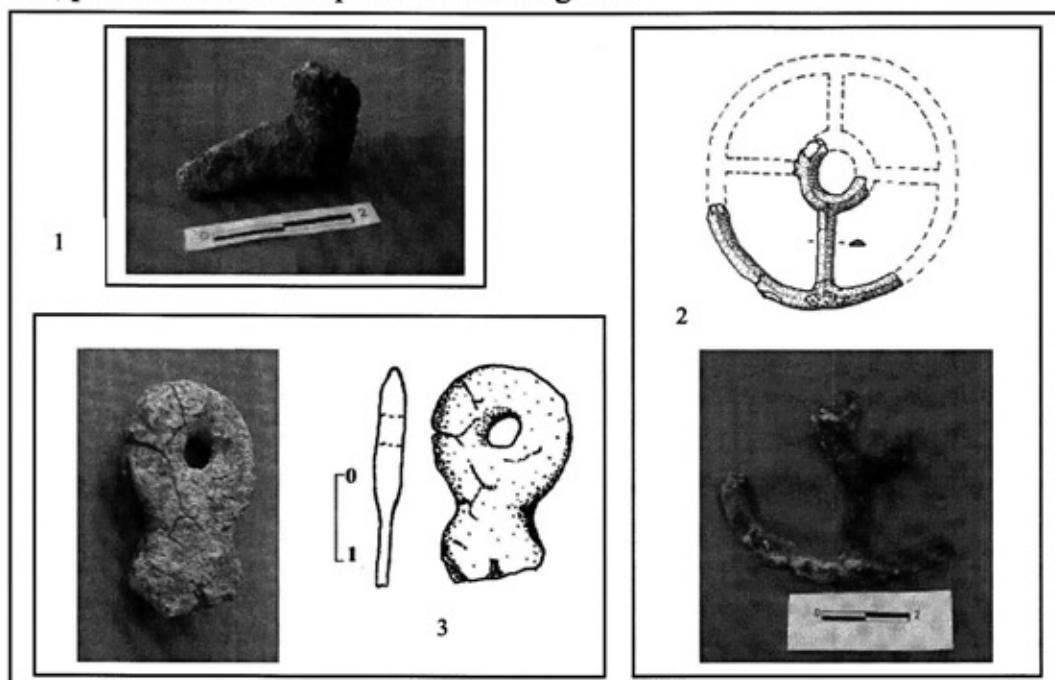


Figura 255.- Posibles colgantes o amuletos.

El hecho de haber encontrado paralelos a estas piezas en algunas necrópolis del ámbito celtibérico nos ha animado a incluirlas como colgantes. En el caso del ejemplar nº 1, está documentado, como recoge Lorrio en la necrópolis de Chera, en Molina de Aragón (Guadalajara) y otro en Numancia (Lorrio, A. J.1997, figura 95, 10 y 96, 19 a 22), al igual que la pieza nº 2, que se localiza en los mismos lugares de Chera y Numancia (Lorrio, A. J.1997, figura 95, 18 y 96, 16 a 18), con los que guarda gran parecido. Mayor dificultad tenemos para la pieza nº 3 ya que su similitud formal es menos segura, la asimilamos al colgante, tipo ocho, localizado en la necrópolis de Chera (Lorrio, A. J.1997, figura 95, 7 y 8).

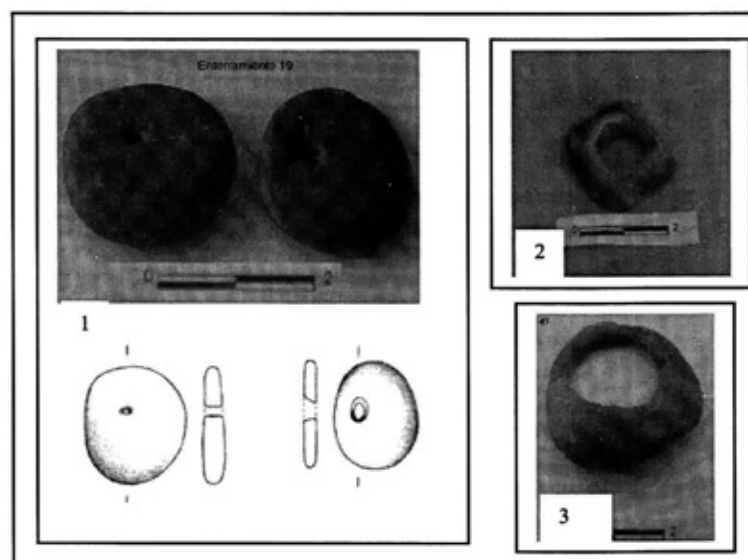
C.- Lítico

En los momentos finales de la I Edad del Hierro, son escasos los elementos del ajuar realizados en piedra estos, como veremos a continuación, se reducen a algunas bolitas, fusayolas, piedras de afilar y colgantes.

En el apartado de los collares, al tratar de los **colgantes**, nos hemos referido a alguno de los ejemplares elaborados en piedra. Se trata, como podemos ver en la figura 256 de piezas de una belleza singular. De las cuatro localizadas, solo las dos primeras fueron recuperadas formando parte del ajuar correspondiente, en este caso del enterramiento 19.

Estos colgantes, como podemos ver, fueron realizados sobre pequeños cantos de río de sección plana y forma ovalada; la perforación, no muy grande, se encuentra

descentrada y tiene signos evidentes del desgaste sufrido por el uso. En la cercana necrópolis de El Castillo, se recuperaron dos piezas similares tal como podemos comprobar en el citado catálogo, reproducidas con el nº 71 y 72. Es probable que fuera una pieza “frecuente” y quizás esconde un significado que no podemos comprender.



El colgante nº 2 de esta figura 256, se recuperó como vimos, en el nivel superficial, realizado también sobre canto de río en este caso de coloración clara y forma cuadrada, se le realizó una perforación muy grande que le proporciona una gran vistosidad. En el orificio son visibles las huellas del desgaste. El tercer colgante, fue hecho en una arenisca rojiza que permitió modelar

Figura 256.- Aspecto de los colgantes localizados en El Castejón.

una forma similar al pendiente amorcillado y se le realizó así mismo una enorme perforación, la pieza ha cedido en la zona más fina. Pensamos que al igual que hemos visto con las piezas procedentes del enterramiento 19 que se encuentran iguales en la necrópolis de El Castillo, puede ocurrir con los ejemplares dos y tres, pues la materia prima es fácil de conseguir y puede tratarse de un tipo de adorno frecuente, no hemos de pensar que estuvo reservado a las mujeres con menos poder adquisitivo, pues las encontramos formando parte del ajuar 19, que es un conjunto rico, como podemos comprobar en la figura 107.

Contamos con dos **fusayolas** que se localizaron en el nivel superficial A, y que vimos en el apartado correspondiente, ahora incluimos su dibujo completo, figura 257, para comprobar que se trata de dos tipos habituales en los ajuares de la I Edad del Hierro. Podemos sumar a estas la localizada en el enterramiento 17 realizada en hueso y comprobaremos que no es una pieza abundante en El Castejón, aunque si suele serlo en

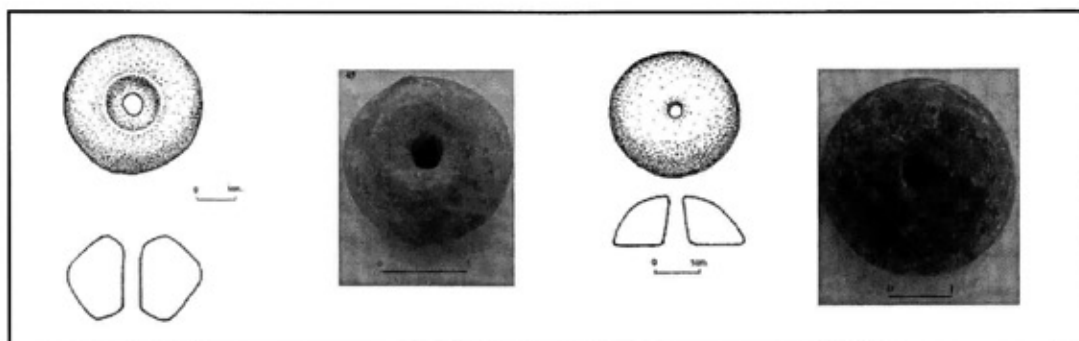


Figura 257.- Fusayolas de piedra.

los enterramientos femeninos pero quizás en aquellos en los que las mujeres realizaban trabajos que requieren telares y a juzgar por la escasez de estas piezas, podemos decir que no era una tarea desconocida, pero tampoco frecuente.

Son así mismo habituales las bolitas y piedras de afilar, en estos casos de reducidas dimensiones. En la figura 258 podemos ver un ejemplo de estas piezas. En el caso de las piedras de afilar con diseño alargado, se han localizado en el enterramiento 24, junto a un bolita, figura 258,1, y en el 27 de tamaño mayor la piedra de afilar y sin bolita.

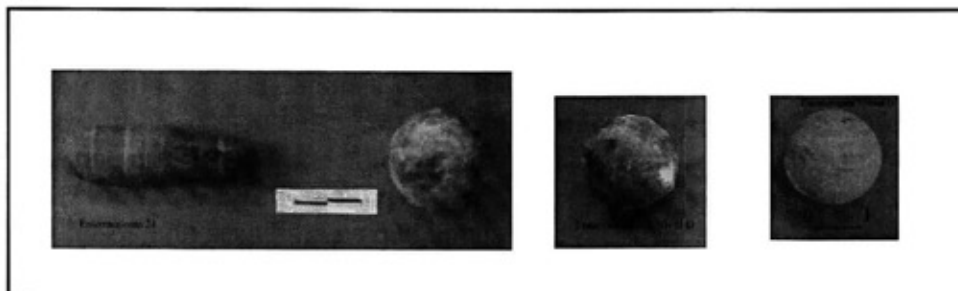


Figura 258.- Piedra de afilas y bolitas de distintos enterramientos.

Las bolitas de tamaño pequeño se recuperan en cinco enterramientos y no hay dato alguno que nos permita entender la función que tuvieron, por tanto nos limitamos a señalar su presencia.

V) .- A CERCA DE CÓMO PUDO SER LA VIDA Y LA MUERTE EN EL CASTEJÓN DE ARGUEDAS.

1.- Introducción

Decíamos en la primera página de este volumen, que la investigación arqueológica tiene como objetivo primordial la recuperación del pasado del hombre. Hemos aplicado el método arqueológico para recuperar ese pasado que se refiere a un reducido grupo de personas que habitaron durante varias generaciones en un pequeño cerro, que hoy denominamos El Castejón, sito en Arguedas, localidad de la ribera del Ebro navarra y que sabemos que enterraron a sus muertos, en otro cerro próximo, de topografía y denominación similar.

Por tanto, los datos recopilados nos permiten conocer el lugar que eligieron para vivir y en el que reposaran sus muertos. Este hecho no tiene de sorprendente más que la circunstancia de conocer ambos lugares y haber intervenido en ellos.

Apetecieron este lugar por la proximidad al Ebro como lo hicieron otros grupos de gentes; si volvemos de nuevo a la figura 2 podremos comprobar los lugares que hay documentados de esta época y como algunos de ellos están a corta distancia de El Castejón, y siempre próximos a un río, pues los ríos fueron las verdaderas vías de comunicación en la Edad del Hierro.